



Lemir 20 (2016) - Textos: 429-518

ISSN: 1579-735X

BAPTISTA REMIRO DE NAVARRA

# LOS PELIGROS DE MADRID



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

Si... dijeres que tan mala cosa y tan fría no se ha visto, me reiré de ti, porque... tanto tiempo habrás malogrado tú en leerlo como yo en escribirlo (Baptista Remiro de Navarra, *Los peligros de Madrid*, Prólogo).

## ADVERTENCIA

**P**OCOS ejemplares se conservan de los *Peligros de Madrid*. En España, que yo conozca, no hay otros que los de la BNE (Signs. R/4274 y R/13929). Para preparar esta edición he compulsado vía Internet el de la *Österreichische Nationalbibliothek* (Sign. 60.K.37). La excelente edición de M<sup>a</sup>. Soledad Arredondo (Madrid, Castilla-Comunidad de Madrid, col. *Clásicos Madrileños*, 1996) no sólo me ha servido para capturar ofimáticamente el texto-borrador —muy bien puntuado, por cierto— contra el que compulsé el original, sino para la detección de las numerosas alusiones a la obra poética de Luis de Góngora que de otro modo se me habrían escapado. En lo que se refiere a esas citas, yo no he hecho más que verificarlas antes de incorporarlas a mi anotación.

En lo relativo al texto propiamente dicho, he tomado mis propias decisiones —dejo nota de la menor intervención—, afloro muchas más erratas que las que informó Arredondo y lo he depurado de las lecturas que no corresponden a la *princeps* y que conjeturo que Arredondo metabolizaría inadvertidamente de la edición que empleó de partida —quizá la de González de Amezúa; Madrid, Sdad. de Bibliófilos Españoles, 1956—. Nada relevante: la anotación sí ha supuesto esfuerzo.

González de Amezúa calificó el estilo de Remiro de Navarra como «descuidado e incorrecto...», para desesperación de quien intente reproducirlo» (Prólogo, p. XLII). Suscribo eso —aunque yo emplearía «delirante»—; pero añado que también para desesperación del lector, que se extravía constantemente entre juegos de palabras que no siempre vienen a cuento y que más que agudezas gustosas resultan en jeroglíficos impenetrables. En fin, el propio Autor dice de uno de sus personajes: «No se había visto mayor tahúr de vocablos. ¡Dios nos libre!». Yo no he sabido librarne —que debiera—, pero siguiéndole el juego me paso a la remanguillé de «libre» a «libro» para recordar que no le hay tan malo que no tenga algo bueno; y pues no hay mal que por bien no venga, probablemente estos *Peligros de Madrid* inspiraron una década después a Juan de Zabaleta para escribir *El día de fiesta... en Madrid*, en que logró un perfecto cuadro costumbrista —con su buena dosis de crítica social— y cuya lectura es una delicia.

E. S. F.  
Barcelona, diciembre 2015

## ÍNDICE

Aprobación .....	433
Dedicatoria .....	434
Prólogo .....	436

### LOS PELIGROS DE MADRID, POR DON BAPTISTA REMIRO DE NAVARRA

Peligro I: En la Calle y Prado Alto.....	440
Peligro II: En El Soto .....	446
Peligro III: En casa .....	456
Peligro IIII: De noche .....	461
Peligro V: De El Trapo .....	465
Peligro VI: De la calle Mayor .....	474
Peligro VII: De la cazuela .....	484
Peligro VIII: Del Prado Bajo .....	493
Peligro VIIII: De los baños de julio.....	500
Peligro X: De la ausencia .....	508

LOS PELIGROS  
DE MADRID.  
POR  
DON BAPTISTA  
REMIRO DE NA-  
VARRA.

AL EXCELENTISSIMO  
*Señor Don Juan Domingo Ramirez de Mendo  
ca y Arellano señor de los Cameros , Marques  
de la Inojosa, Conde de Aguilar  
mi señor.*



CON LICENCIA.  
*En Zaragoza. Por Pedro Lanaja Impres-  
sor de la Vniuersidad. Año 1646.*

APROBACIÓN DEL DOCTOR  
DON GUILLÉN CENTELLAS,  
DOCTOR EN AMBOS DERECHOS

**P**OR comisión del señor Vicario desta ciudad he visto un libro cuyo título es *Peligros de Madrid*, y cuyo autor, don Baptista Remiro de Navarra, en que la decencia de las buenas costumbres está muy sin peligro, y muy advertidos los riesgos de todo género a quien no las sigue, porque el asunto y la pluma muestran con dichoso efecto la intención y el ingenio de su autor, y los peligros se veen conocidos con prudencia, reprehendidos con valentía y acabados con acierto, enseñando a huirlos para que tenga agora excepción Séneca cuando dice *Perniciosior hostis est fugientibus*.<sup>1</sup> Consta el libro de grande ardimiento en el pensar, de mucho aire en el decir, y espero que ha de tener en su favor la censura de los entendidos, porque por la materia es gustoso, y por la locución entretenido. Marcial se contentaba con que de sus epigramas pareciera bien la mitad; este autor puede aspirar a más, porque prometen mucho la variedad de los casos, la gala de los periodos y el donaire de los equívocos; y aseguro que en ningún libro de este estilo he visto tanto número ni tan dichosamente continuado. Juégase la palabra y se gana siempre sin faltar a la seriedad de las sentencias ni a la sustancia de los advertimientos, y juzgo que por premio de éste y para aliento de otros trabajos merece la licencia que suplica. Así lo siento. En Zaragoza, y marzo.

Doct. D. Guillén Centellas

1.- *Perniciosior est hostis fugientibus*: el enemigo es más peligroso cuando huye (Lucio Aneo Séneca, *Epístolas a Lucilo*, LXXXVIII).



AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR  
 DON JUAN DOMINGO REMÍREZ DE  
 MENDOZA Y ARELLANO,<sup>2</sup>  
 SEÑOR DE LOS CAMEROS, MARQUÉS DE LA HINOJOSA,  
 CONDE DE AGUILAR, MI SEÑOR

**P**ARA representar este borrón al mundo era preciso presentarle primero a V. E., cuya heroica protección no sólo será sombra que le ampare, sino sol que le ilumine. Dicen que los señores son como el fuego, que, acercándoseles, abrasan: otra mayor circunstancia experimenta estañada junto a V. E., pues teniéndole por su arrimo no la desharán, sino la vivificarán sus ardores, defendiéndola sus rayos y alumbrándola su esplendor. Admiración rara de la grandeza, que ensalzando y enriqueciendo a lo pobre y a lo humilde, queda con la igualdad de su ser, como el espejo que, ofreciendo formas repetidas, nunca mengua su luna.

No disculpo, señor, mi atrevimiento, que el instituto<sup>3</sup> destes renglones no es disculpar, sino ofrecérselos humildemente a V. E., cuyas prendas esclarecidas merecían por sí mismas ser grandes sin que las derivase la Fortuna del señor rey don Remiro de Navarra, de quien es V. E. decimosexto nieto, y de once reyes, sus predecesores, que enoblecieron las Coronas navarras. ¡Investigables secretos del Hado! ¡Cuán dignísimos son de veneración los príncipes como V. E., que parece lo que es y es lo que parece! Alguna prerrogativa miró

2.- Fue hijo de don Juan Ramírez de Arellano, VIII Conde de Aguilar, y de doña Ana M<sup>a</sup> de Mendoza y Alvarado, II Marquesa de la Hinojosa. Les sucedió doña María Valvanera Ramírez de Arellano y Mendoza. El escudo de armas que reproduzco no está en el original.

3.- Intento, objeto.

el Cielo cuando los mostró señores a el mundo, pudiendo dejarlos en la nada de no ser o sacarlos a luz en esfera menor.

Peligros ofrezco, para que se vea que cuando<sup>4</sup> los propongo para huirlos consagro mi afecto a un señor que amanece dechado de todas las partes augustas. Aquí verá V. E., oculto con la capa de júbiles discursos, un escarmiento; mas hallando su natural divino extraño a estos riesgos, conocerá el fruto que da en V. E., su ilustre rama, el señor don Carlos de Arellano, de quien es altamente conducido.<sup>5</sup> Entonces será el mío olvido de los arrojos cuando sea V. E. a mi pluma no dedicación, sino asumpto, si ya necesitan de aclamación las grandezas preclaras de sus mayores; que a quienes la posteridad ha de hallar estampados de memoria en memoria con eternas líneas no han menester el aplauso de los números ni la valentía del pincel. Dígalo por todos aquel varón cándido<sup>6</sup> de la Fama, el señor don Juan Remírez de Arellano<sup>7</sup> *el Noble*, cuyos trofeos supo mejor obrar el valor de su espada que explicar la pluma. Admita mi deseo V. E., que si pudiera nivelarle con la obra fuera digno de su protección.

Este, señor, es un juguete que escribí las tardes del verano en Zaragoza, en tiempo tan breve que apenas me pesa de su desperdicio —bien que logrando la elección de tal patrocinio nunca podrá hallarse ociosidad—, no para que mereciese la atención —ni yo llegué a imaginar pudiese tener V. E. tan ocioso instante que pasase por él los ojos o los oídos—, sino por que sirviese de pretexto a mi inclinación, que me induce a amar tanto como a venerar a V. E., a quien consagro no discursos, no donaires, sino afectos puros, más sencillos que simples. Guarde Dios la persona de V. E. los años que desea

su humilde escudero y servidor  
D. Baptista Remiro de Navarra

4.- Orig.: 'quan|en' (IIv).

5.- Derivado. Debe referirse a Carlos Ramírez de Arellano, hijo de Juan Ramírez de Arellano *el Mozo*, II señor de los Cameros.

6.- Blanco, sin color. Por lo que sigue, podría interpretarse por 'ignorado, olvidado.' El Autor parece haber leído a Baltasar Gracián: '¡Oh varón cándido de la Fama! Tú que aspiras a la grandeza..., Todos te conozcan, ninguno te abarque; que... lo moderado parecerá mucho, y lo mucho infinito.' (*El héroe*, Madrid, Diego Díaz, 163p, p. IIIv).

7.- Enrique II de Castilla le concedió el señorío de los Cameros, Yanguas, Aguilar y Cerbera. Principal protagonista de la comedia *Los Ramírez de Arellano*, de Lope de Vega.

## PRÓLOGO

**S** EÑOR Lector: el ladrón, cuando hurta, sin duda va resuelto a no temer el castigo de la excomunión, porque, a temerlo, no hurtara. Así, el que escribe expuesto va al de la censura del lector, con que le habré dicho a vuesa merced cuán poco temo la suya. Y es ajustada la semejanza, porque están hoy las invidias y intenciones de algunos ingenios tan lejos de estimar lo bueno —no lo digo porque esto lo sea— que dicen mal de todo por costumbre. Así que no es menor determinación hurtar que escribir; —y, de verdad, todo es uno, porque todo lo que se escribe es hurtado—. <sup>8</sup> Mas, volviendo a la gravedad de algunos, si se les pregunta qué les pareció el libro o la comedia, dicen luego: «¡Mala cosa! Desigual y cansada», sin mirar que respectivamente de otras no es mala, y si intentaran obrar otra como la que abominan vieran la dificultad que hay en cualquier asunto del ingenio.

En mi opinión, no hay letra escrita que no tenga algún mérito. Y es que todos estos tales viven con unas máximas y ideas inconstantes, declinadas de todo lo bueno, y perciben en sí unas cosas infactibles, que ni ellos ni los otros pueden obrarlas, y así, viven descontentos toda su vida, diciendo mal de todo. Yo, señor Lector, no escribo estos dislates para que a usted le parezca bien, sino mal, y el más ofendido de todos a quien parece murmuro soy yo. ¿Qué mayor sátira puedo hacerme que darme por entendido destas cosas? Mas no es consecuencia buena «Sabes las malicias, luego las obras», de suerte que bien he podido deber estos discursos a la enseñanza en los otros; a las otras, en su engaño, que todo se cifra en pedir y todo se descifra en dar. Y otra cualquiera que fueres, no te precies tan poco<sup>9</sup> que presumas se pudiesen por ti imaginar estos delirios y no por<sup>10</sup> otra, como lo aconsejó aquel autor, que si aun soñando habló tan despiertamente, ¿cómo hablara despierto?<sup>11</sup> Y no presumiendo de sí estos disparates de nadie, será mi libro bien acetado.

Pero aunque mormures de mis discursos no has de erritarme a que lo haga yo cuando tú escribas; y esto no es hacerme santo, pues las acciones que repruebo deben ser calumniadas, y no los escritos, de quien siempre tuve veneración. Y advierte tengo de mis obras tanta desconfianza, que en mi vida presumí te mereciesen el cuidado ni de lellas ni de vituperallas. Si las abominares y dijeres que tan mala cosa y tan fría no se ha visto, me reiré de ti, porque has dicho muy poco. Si dijeras más, me reiré también, porque tanto tiempo habrás malogrado tú en leerlo como yo en escribirlo. Si no me leyeres, me consolaré con que no dirás mal de mí. Si me alabares, estimaré tu intención noble, porque supo suplir hierros.

8.— No introduce novedad.

9.— Orig.: 'tampoco' (IVv).

10.— Orig.: 'per' (IVv).

11.— *Aliquando bonus dormitat Homerus*: A veces duerme el bueno de Homero (Horacio, *Epistola a los pisones*).



Toman algunos un libro en la mano, y no empiezan a hojearle, sino ajarle, y apenas pasan la primera hoja cuando se pasa<sup>12</sup> de parte a parte. Advierte otra cosa: que los más son necios, y éstos no han de<sup>13</sup> buscar todos los discursos tan sutiles que todo les parezca bien, sino contentarse con alguna cosa notable, y lo demás, decir no se escribió para su ingenio, sino para otro menor, y persuadirse es menester gran don del Cielo para discernir lo bueno de lo malo. Muchas veces un ingenio grande desprecia la sutileza por una vulgaridad que le cayó en gracia; otro no estima la frase ni la elegancia por un disparate hablado en su lengua; otro no admira el arte por una chanza mecánica, de modo que no se encuentra método ni igualdad, así en obras graves como burlescas, porque le parecerá bien a uno lo que mal a mil, y el ingenio está hoy tan alto y delicado, que quien hubiere de satisfacer ha de hacer milagros. Y lo peor es —no digo nada de los doctos y sabios varones— que los ingenios noveleros,<sup>14</sup> con las novedades sutiles, con la policia<sup>15</sup> nunca oída, vive en sofisterías, un docto sin leer los libros de erudición, atendiendo solamente a las *Florestas*,<sup>16</sup> que todo es cosa de cuento y de mentira; y yo más culpado que todos, pues, siendo atalaya<sup>17</sup> del peligro soy el primero que perezco<sup>18</sup> en él, desatendiendo<sup>19</sup> lo grave y lo erudicto.

Admite, Lector, esta travesura de mis años juveniles en tanto solicito ejecutar mi consideración con obras mayores. Y, con esto, no soy más largo, sino que Dios guarde a V. M. los años que desea, no que deseo, pues allí no hay duda y aquí puede haber malicia.

D. Baptista Remiro de Navarra

12.– Es atravesado, le dan estocada.

13.– Orig: 'da' (Vv).

14.– Gustosos de libros de ficción.

15.– Urbanidad.

16.– Particularmente en el s. XVI, tuvieron mucho éxito los libros que recopilaban asuntos varios y curiosos, como la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz y el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada.

17.– El vigía que otea el horizonte y avisa de la proximidad de enemigos. Es posible que el Autor recordase aquí el título de Mateo Alemán: *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana* (Lisboa, Pedro Crasbeek, 1604), en cuyo prólogo se lee: 'Lo que con su vida en esta historia se pretende... es descubrir, como atalaya, toda suerte de vicios y hacer triaca de venenos varios.'

18.– Orig.: 'perezco' (Vlr).

19.– Orig.: 'desatendiendolo' (Vlr).

# LOS PELIGROS DE MADRID,

## POR DON BAPTISTA REMIRO

### DE NAVARRA

**P**RADO<sup>20</sup> de Madrid y baños de julio<sup>21</sup> han ahogado más dinero que delincuentes la horca de su Plaza.<sup>22</sup> Y porque nadando tal vez<sup>23</sup> mi gala —que no la tuve siquiera en guardar la ropa—<sup>24</sup> llegué a casa discreto —porque no venía pesado—, ligero de todo y cargado de desengaños, considerándome ajeno de los validos de la Fortuna,<sup>25</sup> sin que por solo<sup>26</sup> me haga entendido quiero dar los de la oveja y picar como abeja, ya que he quedado sin un pan<sup>27</sup> y panal que comer; que a truco de desengañar tendré por vida mi muerte.

Escribiré los peligros, con coche<sup>28</sup> de mujeres y sin él, en Calle<sup>29</sup> y Prado; y tomo esta parte por el todo, porque riesgos de gastar con algunas los hay en toda parte y lugar. Solicito decir la verdad, que es decir quiero ser su enemigo; y que me digan aquello de «Cada uno habla como quien es», miente el adagio, porque no hablaré sino como quien son ellas.

Es tan resuelta mi determinación como de quien no tiene ya qué perder. Difiniré el genio de algunas y daré a conocer lo intrincado de sus naturales y lo interior de sus dictámenes. Fundada mi intención en el discurso propuesto, tendré suficientísima disculpa si saliere la obra falsa, porque lo es el fundamento.<sup>30</sup> Inquiriré sus costumbres, que esto será

20.— El famoso paseo tomó nombre de un monasterio a las afueras de la Villa y Corte: 'Llaman a estas alamedas el Prado de San Hierónimo, en donde de invierno al sol, y de verano a gozar de la frescura, es cosa de muy de ver... la multitud de gente que sale, de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aquí se goza de gran deleite y gusto de la frescura... todas las tardes y noches del estío' (Pedro de Medina: *Grandezas y cosas notables de España*; Alcalá de Henares, Juan Gracián, 1595).

21.— Se tomaban en el río Manzanares.

22.— La Plaza Mayor, se entiende.

23.— Alguna vez; un día, cierto día.

24.— El Autor se presenta como escarmentando en lo que denuncia. *La gala del nadar es saber guardar la ropa* fue el título de una comedia de Agustín Moreto, y la RAE recogió el refrán ya en su primer diccionario: 'Advierte que se debe considerar y cautelar primero el riesgo que puede sobrevenir en las acciones que se emprenden.'

25.— No siendo de los favorecidos por la Fortuna. El Autor juega con la homonimia 'validos/balidos'.

26.— Único, excepcional.

27.— Cereal, hierba.

28.— Muestra de estatus social, nadie quería ser menos, y el desplazarse en coche de caballos llegó a ser un verdadero problema en la Villa y Corte, pese a las restricciones de su uso.

29.— La Calle Mayor, se entiende.

30.— Las artes de las mujeres de quien escribe el Autor.

muy fácil porque las saben todos, sin que las valga celarse con los mantos, pues aunque más se tapen están muy descubiertas.

Augmenta el número una mujer a la profanidad de las otras, y se halla entera perdiendo la entereza, y así, anhela para ser curial<sup>31</sup> y veterana en el ejercicio, no en los años —que aunque sean sesenta se finge bisoña—, hasta que la edad, con el frío de las canas, la apaga la llama del apetito. Ya escucho me acusan diciendo soy un tal cual, con todo lo de haber nacido de mujeres y decir mal dellas. Engañase quien mormura, que yo no digo mal de las mujeres ni de las señoras, antes las venero y respeto: de las que impugno, no son mujeres, sino gatas, cuyo intento es siempre arañar, comadres de la juventud y comadreas del dinero.

Rarísimas veces puede la edad juvenil vivir sin las mujeres, por ser de los objetos más nobles y el más delicioso fin de la idea: no hay más que desear que la hermosura, ni más que reverenciar que a una mujer, de alta o baja calidad; mas del género profano de quien escribo, aun no satirizo ni hablo mal: a quien abomino es a su codicia insaciable, por ser lastre del valor y peligro inexcusable de la obligación. ¿A cuál no<sup>32</sup> atendió el caballero por la codicia de su dama? ¿Cuántos presumen, precisamente, ser ténporas todo el tiempo por dar una merienda en el río, y aunque aquel día lo sea de ayuno le pierden, como el día? ¿Cuántas veces, de vergüenza, creció el color el hábito rojo<sup>33</sup> por ser indecente el del vestido donde iba;<sup>34</sup> que el cuidado del de alguna dama —y ajena, que es lo peor—<sup>35</sup> ocasionaba aquel descuido con el vestido propio? Así que para conocer la codicia —cuyo rostro feo encubre, como ellas dicen, la capa de la galantería— es forzoso significar la variedad de sus genios y la diversidad de sus peligros.

31.– Experta, entendida.

32.– Suplo 'no' (2v).

33.– La insignia que distinguía a los caballeros de una orden militar. Se llevaba a la vista, cosido a la ropa, y era rojo el de las órdenes castellanas de Santiago y de Calatrava.

34.– El sujeto, se entiende.

35.– Pues el Autor mostrará conocer muy bien la obra de Góngora, bien pudo aquí inspirarse en uno de sus romances: 'Baboseando cuidados / (y ajenos, que es lo peor), / hiló su cárcel, la simple, / en dos horas de reloj. / ¡Qué impertinente clausura, / y qué propriamente error, / fabricar de ajenos yerros / las rejas de su prisión!'

## PELIGRO PRIMERO

### EN LA CALLE Y PRADO ALTO<sup>36</sup>

**E**NCUADÉRNASE una mujer de aquel volumen de ropaje, naguas, guardapiés, pollera, verdugado,<sup>37</sup> y calzándose, no caben entre sí el pie pecador y el zapato justo. Revolviendo un trapo a la mano para la cara,<sup>38</sup> quieren hacer lo mismo con el mundo. Ungida y azotada con las olas de las aguas y ungüentos, monta<sup>39</sup> en los chapines<sup>40</sup> y no en otra cosa: si hay coche, Condesa de Buendía; si no le hay, Marquesa de Refez.<sup>41</sup>

Llevan en la manga, las de una clase, suspiros, para provocar que las digan: «¡Dichoso el que merece ese cuidado!»; también un canto<sup>42</sup> para tropezar, para que las den la mano diciendo: «El cielo se ha juntado con la tierra», «No será el primer ángel que ha caído», «Hoy es su día de ucé, pues ha caído»,<sup>43</sup> etcétera, y algunos cuartos,<sup>44</sup> para oír todos los del reloj hasta la noche, por si alguna vez amanece santo el mundo.

Las de clase superior, al bostezo de una excelencia presinan<sup>45</sup> una señoría; saben decir empeño,<sup>46</sup> desaire, galantería, atrevimiento, lisonja, quedar bien, cual más no es posible, ser seguro, fullería, cortesanía y urbanidad y otras vulgaridades. Van por la calle haciéndose más lugar que un aceitero. Oyen al primer suplicante de licencia para servirla hasta casa diciendo: «Seré su gentilhombre; que lo que no la Naturaleza lo hará el servicio de

36.– Hoy, Paseo de Recoletos. Más abajo se le denomina 'Rúa Alta'. Hacia el S. le seguían el Prado de San Jerónimo (entre las actuales fuentes de Cibeles y Neptuno) y el de Atocha o 'Prado bajo'.

37.– Prendas todas interiores y de cintura para abajo que prestaban forma acompañada al vestuario femenino. Iniciando sus juegos de palabras, el Autor juega con 'justo/pecador' para la coquetería de mostrar un pie lo más pequeño posible.

38.– Pese a las prohibiciones, las damas gustaban taparse la cara con un velo.

39.– Orig.: 'montan' (3r).

40.– Zapatos femeninos con plataforma de corcho que las hacía parecer más altas.

41.– Voz antigua de 'rahez': barato, de escaso valor.

42.– Piedra.

43.– Se consideraba buen agüero, en especial cayendo hacia la derecha o al subir una escalera, y lo contrario al caer a la izquierda o al bajar.

44.– Moneda que valía cuatro maravedís.

45.– Reaccionan, responden. Era costumbre persignarse la boca tras bostezar. 'Bostezó Floris, y su mano hermosa, / ... / tres cruces de sus dedos celestiales / engastó en perlas y cerró en corales, / crucificando en labios carmesíes, / ... / sus dedos de jazmín y casta rosa' (Quevedo, *A un bostezo de Floris*). El tratamiento de 'excelencia' sólo aplicaba a aquellos que no estaban obligados a descubrirse en presencia del rey, en tanto que 'señoría' aplicaba al príncipe que regía un estado. El Autor alude a la artimaña de las busconas de adular a quien les habla aplicándole un tratamiento superior al que obviamente le corresponde.

46.– O 'empleo': relación sentimental con persona del otro sexo.

uced» —éstos son, como güevos, conceptos de faltriquera—. <sup>47</sup> Ella responde, mirlada: <sup>48</sup> «Bésele la mano: no he de hacerle descomodidad». «La mayor será (responde el don Belianís) <sup>49</sup> negarme lo que suplico». Ella que lo desea más que el que lo ruega, carga con él echándole la suya a cuestras, que no hay carga más pesada que la mujer liviana.

Entran en casa, toman asiento, manda la dama hacer con ella alguno, <sup>50</sup> a cuenta de su voluntad. El caballero andante no la sabe dar de sí. Cayendo en la cuenta, antes que por su dinero la quiere pasar por el rosario. <sup>51</sup> Condesciende con ella, que le aconseja la dé y regale, y viendo no haber otro medio en la sala queda señor de aquel consejo disolviendo nudos a la garganta y a la bolsa. La dama dice luego la sirve un Grande y que no hace caso dél — y si dijera «de consciencia» tenía razón—: el otro se lo cree, y se estima de allí adelante mucho más. Ella le señala la hora como reloj, y dando él los cuartos le avisan el tiempo. En esto sucede un ruido de cuchilladas y la dama va a la ventana por oír la pendencia, y el otro, por oírla, a su casa.

Tantas condiciones hay de mujeres cuantos diferentes de su género. Describo el natural de una dama vana; no la diré vacía, que lo están muy pocas. Amanece con aspecto desdeñoso, y es razón de estado de una mujer vana, si la miran, mostrar semblante grave —que ellas llaman «riguroso»—, y en vez de afectar la gravedad o la serenidad de las señoras y hacer cocos, <sup>52</sup> dicen ser castigo de quien persevera en mirar sus beldades.

Comían unos caballeros con una dama muy vana —que, de envanecerse, se desvaneció—, y sirviéndola <sup>53</sup> un plato de pechugas de capón <sup>54</sup> no las quiso, porque dijo no era amiga de pechugas ni capones. No supo lo que dijo, mas fue verdad el melindre, <sup>55</sup> y malicia la ignocencia.

Preguntome un amigo dónde vivía doña Apuleya de Córdoba —tomó este apellido porque no se supo el de su padre: su madre se llamaba Blasa Merina—, dama de conversación. <sup>56</sup> Yo le dije su cuarto, y replicándome si había dónde errar respondí que hasta allá no había dónde. Llevábala media libra de pastillas <sup>57</sup> —que habían costado cinco escudos— <sup>58</sup> acordándose de ciertos malsabores de boca <sup>59</sup> que Apuleya le había lamentado una tarde, y

47.— De bolsillo, muy recurridos. Faltriquera era la bolsita para llevar monedas. Se llamaba 'huevos de faltriquera' a unos dulces de yema provistos de envoltorio.

48.— Con afectación.

49.— Caballero andante protagonista del exitoso libro *Historia del magnánimo, valiente e invencible caballero don Belianís de Grecia* (Sevilla, 1545).

50.— Provisión monetaria.

51.— La sarta de 'cuentas' o bolitas que lleva en la mano el que reza el rosario para ir contando las avemarías y padre-nuestros.

52.— Muecas, como la que se hace para espantar a un niño.

53.— Orig.: 'suuiendola' (4r).

54.— El pollo castrado, que gana peso y es de carne más suave; eunuco, aplicado al hombre.

55.— Afectación excesiva y ridícula en las palabras o acciones. Como en este caso, que la dama rechaza lo que otros consideran exquisito.

56.— Prostituta.

57.— Pastillas de boca, caramelos.

58.— Hipérbole del Autor. Un escudo valía unos 400 maravedís, aprox.

59.— Mal aliento.

cuando presumió que por la fragancia de las pastillas oliera bien su poste,<sup>60</sup> le dio la dama palo de ciego<sup>61</sup> bizzareando no admitillas, añadiendo con un gesto: «No las como con tan poco olor». ¡Y las sacaría<sup>62</sup> por él un mastín!

Fui a su casa el día siguiente y la hallé embutiendo migas en el ébano<sup>63</sup> de la boca, en un plato de barro, quebrado como su color;<sup>64</sup> pero cenaba devotamente, porque comía sobre dos rodillas.<sup>65</sup> Y cuando en la publicidad<sup>66</sup> melindreara los tallos de una lechuga en conserva, en secreto estalló los de una cebolla sin perdonar a lo satírico de su gusto, porque en un gesto que le hizo conocí estaba picante. Esto vi de una antesala, y busqué el antepuerta, que es la calle, porque, a hallarme allí, por haberla visto sus humanidades me desterrara, como César a Ovidio porque le vio gozar a su hija.<sup>67</sup>

Vistiose de Prado Alto y en un coche discurrió la calle Mayor, no sólo de Madrid, sino del mundo —y mirando a un caballero comprar una tela rica se le fueron los ojos tras ella, tanto que, con tenerlos hundidos, llegó al Prado Alto ojissaltada—. No habían las ruedas del coche respuntado media Carrera<sup>68</sup> cuando confinó con unos caballeros mozos, entendidos, valientes,<sup>69</sup> a quienes no faltaba prenda<sup>70</sup> para perfectos cortesanos, aunque tenían empeñadas todas las suyas, y intentando el valor del uno la empresa más ardua y más altiva en aquella dama, al parecer de las partes que ostentaba su grandeza exterior: llevaba una garzota o penacho de plumas que había pelado;<sup>71</sup> ceñida la garganta de perlas, a quienes viendo allí la Aurora, votó<sup>72</sup> de no verter las suyas desde entonces de risa, sino de llanto;<sup>73</sup> una sortija de rubíes y otra de diamantes fondos,<sup>74</sup> premios de unas lanzas que se habían corrido<sup>75</sup> —y

60.— Traza, intención.

61.— Respondió con vehemencia. Así define el *Dicc. de Autoridades* el 'Palo de ciego: el golpe grande dado con el palo... porque el ciego, como da a tiento, descarga con furia el golpe'

62.— Detectaría.

63.— Armario, por analogía con el trabajo del ebanista, que embute en la madera trocitos de marfil.

64.— Enfermizo. 'Era el santo varón enjuto de rostro, de color quebrado y amarillo, por las muchas penitencias'; 'Traía siempre el color quebrado y como de ceniza, por las muchas vigiliás y penitencias que hacía' (Fray José Sigüenza, *Historia de la orden de San Jerónimo*, III Parte).

65.— Pues se lee 'dos', no 'sus', y también se llamaba 'rodilla' al paño de cocina, hay que entender que carecía de manteleería, no de mesa.

66.— En público.

67.— A ciencia cierta, se ignora por qué Octavio Augusto desterró a Ovidio. Julia llevaba una vida escandalosa; tuvo varios esposos y también acabó desterrada por su padre.

68.— Juego entre 'carrera' en las medias y la 'Carrera' de San Jerónimo: la calle que continúa la calle Mayor hasta el Paseo del Prado. En ella estaba el Hospital de los Italianos, que será citado en el Peligro VI.

69.— Valentones, buscapleitos.

70.— Dotes personales, presencia; pero también cosas de algún valor, acepción de la que hace uso el Autor a continuación.

71.— Sonsacado. Ya el *Tésoro* recoge ese sentido de 'pelar: ...comerle a uno su hacienda, como hacen las rameras, que pelan a los mancebos'.

72.— Hizo voto, prometió.

73.— Juego con las tópicas expresiones poéticas 'reír el Alba' y 'verter perlas la Aurora', que llora por no poder evitar la decrepitud de su amado humano Titono. La Diosa lamenta ver sus perlas (el rocío matutino) tan mal empleadas en doña Apuleya.

74.— De buen tamaño.

75.— El Autor parece llamar aquí 'lanzas' no a justar o 'partir lanzas', sino al juego de la sortija, en que el jinete, con el caballo a la carrera, ha de atravesar y llevarse un aro que cuelga de una cuerda. En cualquier caso, usa 'lanza' con doble sentido.

alguno no sobre cuerda, sino por debajo della,<sup>76</sup> sin mudarse el vestido con que erró la primer carrera—;era la ropa un camelote azul cuyas aguas<sup>77</sup> anegaban una guarnición<sup>78</sup> de plata; industrioso cuidado había cubierto al clavo de un estribo del coche para descubrir una pollera de tela por quien se había justado.<sup>79</sup> Miraba con la confianza y brío que el que ha ganado mil escudos. Tenía las manos colgadas de sí mismas —por que se baje la sangre y queden más blancas—<sup>80</sup> cuando el despejo de un caballero sacó la cara diciendo:

—Ocultar el rostro, mi señora, es en vano, porque a las luces de tanta hermosura se cegará la voluntad más lince, quedará preso el aliento más libre, aunque en lugar de las cortinas se pusiera en medio una roca.

Calló Apuleya, o de vana o de necia, pues no se le ofreció qué decir sino no hiciesen burla. ¡Como si no fuera callar ignorancia, y piensan algunas juzgamos los hombres desdeñen al silencio!

Volvió este caballero por otra parte, dándole motivo le ferias<sup>81</sup> una pera que llevaba en la mano. Mas como oyó doña Apuleya que le pedían, no quiso callar por que el otro no pensase se la otorgaba, y así, respondió, denodada:<sup>82</sup>

—No quiero dársela.

Acudió don Pedro:

—Lo mismo es pedir peras a uced que al olmo.<sup>83</sup>

Doña Apuleya calló, diciendo:

—Lo dicho, dicho.<sup>84</sup>

Y otro caballero de los del coche dijo:

—¡Anda, cochero, que de la conversación desta dama no se nos da una pera!<sup>85</sup>

Hervía la olla del Prado coches, y a el de la conversación referida sucedió un coloquio de unos canónigos cejjuntos; que aunque llevaban coche prestado, mostraba cada uno su cara como de quien tiene mula con gualdrapa.<sup>86</sup> Díjole el uno al otro:

76.— Bajo cuerda, de secreto. Los juegos de cañas, toros y sortija generaban gran expectación en el populacho y los caballeros competidores se aderezaban espléndidamente. El Autor parece referirse a que algunos clientes de Apuleya eran de nivel social más alto de lo que cabe pensar.

77.— Hoy diríamos ‘muaré’. El tejido se hacía de lana tupida y prensada en caliente, de modo que el lustre formaba ondas. El nombre proviene del tejido que inicialmente se importaba de Asia Menor y que hacía con lana de camello joven. También se hacía con lana de cabra de Angora (Ankara).

78.— El remate en los bajos del vestido.

79.— Justa es el combate a caballo y lanza. También se llamaba ‘correr la tela’, pues los contendientes corrían, uno contra el otro, a cada lado de una valla o ‘tela’.

80.— Entiendo que le sujetaba el velo con ellas, coquetería similar a la de las mangas que no llegaban a la muñeca y que hacían parecer más largas y estilizadas las manos.

81.— Vendiese.

82.— Seca, cortante. El Autor deja claro el escaso ingenio de doña Apuleya (impropio de una profesional), de ahí la respuesta final de los caballeros.

83.— ‘Pedir peras al olmo’ equivale a pedir algo imposible. Así, decía un refrán: ‘Pedir a los hombres veras es pedir al olmo peras’.

84.— O ‘Lo dicho, dicho está/queda’: no me retracto, no tengo más que decir.

85.— No nos merece la pena, por insulsa. ‘Higa’ sería lo habitual, pero el Autor emplea ‘pera’ enlazando con el dicho anterior.

86.— Pieza de seda o lana que se coloca como adorno cubriendo las ancas y muslos del caballo. En el caso de un caballero linajudo llevaba bordado el escudo de armas de la familia. También lo llevaban los lacayos en sus libreas (uniformes) de gala.

—No sé el fundamento, de quien tiene mula, de no llevarla de respecto al Prado por que se le tengan,<sup>87</sup> bien como un caballo tras un coche o lacayo.<sup>88</sup>

Iba con ellos un estudiante rico de ingenio y pobre de dinero —que con haber dicho aquello no era necesario repetir esto—. Viendo el arte de la señora empezó a estudiarla diciéndola:

—Presumí se originaba de las nubes lo pardo del día, y no es sino de la belleza de uced; que a vista suya no parece<sup>89</sup> la luz más clara.

Alegro el semblante doña Apuleya, como quien no quiere la cosa. El estudiante, en tanto que uno de los canónigos la pedía un privilegio de llegarse a su casa, comenzó a solicitar y persuadir a la dueña —que se preciaba de tan elocuente que solía decir: «para conquistar un imposible óiganme y no me pidan, porque pedirme y no oírme todo es uno»—, que a codicias femeniles no hay elocuencias ciceronianas: la dueña oliendo su poco dinero, le entendió la musa. El estudiante guardó el suyo y gastó verso y prosa; mas, tocando bien, nunca aprendió a temprar la tercera.<sup>90</sup> Con todo, la rogó dispusiese la entrada de besar a doña Apuleya la mano, que él sabría salir muy bien. La dueña le amenazó no fuese a vistas<sup>91</sup> sin unos buenos cabos.<sup>92</sup> El estudiante dijo si querían dar cabo dél,<sup>93</sup> que se los pidiesen. Salió<sup>94</sup> entonces una criada del estribo:<sup>95</sup>

—Señor licenciado, ya enfada; un serón<sup>96</sup> de chanzas basta a postrarnos,<sup>97</sup> y así, no hay sino chitón.<sup>98</sup>

Y metiose en baraja.<sup>99</sup> Díjole la dueña que, a la deshilada,<sup>100</sup> fuese con su coche siguiendo el de doña Apuleya, que iba a la Puerta de Guadalajara,<sup>101</sup> donde se venden todas las riquezas del mundo. Respondió el estudiante:

87.— El Autor juega con dos acepciones de ‘de respeto’: reserva y signo de ostentación. Los ricachones solían llevar un caballo, por si decidían apearse y continuar el paseo cabalgando.

88.— Orig.: ‘cauallo’ (6v). Entiendo que el caballo ‘de respeto’ iría atado a la trasera del coche o llevado de las riendas por un lacayo a pie que seguía al coche.

89.— No aparece, se oculta.

90.— Una de las cuerdas de la guitarra; pero también se daba ese nombre a la mujer que intervenía (terciaba) en amos, personaje imprescindible en las novelas cortesanas. Se llamaba ‘dueña’ a la criada de cierta edad y viuda, a la que se encomendaba acompañar a las hijas de los señores y controlar sus acciones.

91.— De visita.

92.— Accesorios del vestuario femenino, como forros, puntillas, pasamanos, etc.

93.— Acabar con él, finiquitarle. Preferiría leer ‘darle cabo’: darle cuerda, facilitarle las cosas, que justificaría la réplica del estudiante alardeando de componer versos bien rematados.

94.— Irrumpió en la conversación.

95.— Que iba de pie en el estribo del coche.

96.— Cestón de esparto.

97.— Orig.: ‘pastrarnos’ (7r).

98.— ¡A callar! ¡Cállese! Un refrán de la época recomendaba: ‘Con el Rey y la Inquisición, chitón’.

99.— Desistió del intento. Se refiere al estudiante, no a la criada que ha hablado.

100.— En la milicia, marchar en fila de uno. También valía por ‘disimuladamente’.

101.— De tres arcos flanqueados por dos torres, con la expansión de la Villa empezó a ser un estorbo para la circulación en la calle Mayor: los tres arcos dejaron paso a uno solo, más ancho, y acabó derribada a finales del s. XVI, pero siguió dando nombre a aquella parte de la calle Mayor, abundante de tiendas.



—Eso es echarme a puertas.<sup>102</sup> Mejor es, pues soy tan amigo de esa dama, se me entre por las mías, que a mi cuento estará la satisfacción de todo, aunque no a mi pago.

—¡Tal te le dé Dios!<sup>103</sup> —respondió la dueña, despidiendo al estudiante.

Doña Apuleya mandó partir al cochero, enfadada de que el canónigo la había molido contándola lo que valía cada año su canonicato. Ya la noche, sumiller y cortina<sup>104</sup> del día, se quería correr a sus luces, y todos los palacios portátiles del Prado conducirse a sus coches. La vana doña Apuleya iba disgustada por parecerla la habían conocido, y juró no sentarse en ramo verde<sup>105</sup> hasta enamorar a un ginovés.<sup>106</sup> Un barbero asomado a la ventana de un coche —que un caballero le traía en él porque le hacía la barba de balde—, tan entendido que cortaba en el aire un pelo, la dio las buenas noches y doña Apuleya le invitó a pasear,<sup>107</sup> conque el barbero se quedó a ellas.<sup>108</sup>

Ésta solía cantar las noches de verano en el Prado. Y no dan en el punto las músicas, porque cantando se previenen a su muerte<sup>109</sup> sequias,<sup>110</sup> como el cisne, pues llega a oídos de la justicia, aunque esté de allí una legua, por la cerbatana de un alguacil, y las envían luego a la galería al sol,<sup>111</sup> donde les parece su vida un remo perpetuo;<sup>112</sup> y, con dejarlas muy despacio, dicen no las han dejado a sol ni a sombra,<sup>113</sup> y así, chitón y rezar, y no cantar.

De la Rúa Alta dejaba el coche el circo<sup>114</sup> cuando arrebatadamente un mozo de buen arte, desde un caballo, la corrió una cortina voceando al cochero parase. Paró, y mirándola más atento la pidió perdón de su arrojó, disculpándose con que la había tenido por otra.

Traza fuese, o verdad convencida con sumisiones, obligada con halagos y engañada con mentiras, satisfechos los escrúpulos celosos que daba la acción con la confianza que le dio del deseo y obras de servirla, como si fueran conocidos de dos años se fueron en el coche

102.— Negarme la entrada, rechazarme.

103.— Tan mal pago, se entiende, pues el estudiante no piensa pagar sino con palabrería.

104.— El sumiller de cortina acompañaba a los reyes en los oficios religiosos y su función era correr las cortinas del trono portátil cuando subían o bajaban de él. Era oficio de dignidad y solía ejercerlo un religioso.

105.— Alude al romance de la tórtola viuda y el ruiseñor que pretende enamorarla: ‘Vete de ahí, enemigo, / malo, falso, engañador, / que ni poso en ramo verde / ni en prado que tenga flor / ... / que no quiero ser tu amiga / ni casar contigo, no’.

106.— Habituales prestamistas de la Corona, ‘ginovés’ era sinónimo de ‘ricachón’: nada mejor para una prostituta de cierta categoría. ‘Ya tenía la astuta Luisa mirado bien en quién había de ejecutar la presa, y así, buscó casa en la calle... donde... vivía un genovés, rico y ya entrado en edad, que había poco que llegara de Génova a Madrid a entrar... en unos asientos que se hacían con Su Majestad’ (Alonso de Castillo Solórzano, *Las harpías en Madrid*, II).

107.— La mandó a paseo. le dio un desplante.

108.— Frustrado. Quedarse ‘a las buenas noches’ era quedar chasqueado.

109.— Orig.: ‘muerta’ (7v).

110.— Exequias, funerales. Los poetas fingían que el hermoso y elegante cisne emitía un canto melodioso en los instantes previos a su muerte.

111.— A descansar, es decir: las sacan de circulación.

112.— Los delincuentes varones eran condenados a servir al remo en las galeras reales. Por similitud, se llamó ‘Casa galera’ la cárcel para mujeres de mala vida. La madre Magdalena de San Jerónimo especificó en su reglamento que en el exterior del edificio (que habría de carecer de ventanas) se leyese: ‘Esta es la Galera que Su Majestad... ha mandado hacer para castigo de las mujeres vagantes, ladronas, hechiceras y alcahuetas, donde serán castigadas conforme a su culpa y delito.’ Las calles eran particularmente vigiladas de noche, para detectar las mujeres que la pasaban en portales y caballerizas, por carecer de alojamiento: ‘Hecha la Galera, la Justicia de la ciudad... dará un pregón... que ninguna mujer se atreva a andar vagando y ociosa..., porque la que así topare será llevada a la Galera’.

113.— Por la rigurosa disciplina.

114.— Circuito, por haber recorrido el Prado Alto ambos sentidos.

a casa de doña Apuleya. No la cogió sin prevención el susto, porque vivía siempre sobresaltada sin ellos. Apenas entró cuando el escudero le pidió el mes; el sastre, unas hechuras, y el casero un alquiler; la madre, para un manto; Apuleya, una pollera, y aún no había acabado de pedir cuando la sucedió la tía para un vestido y la criada para ferias,<sup>115</sup> que parecían los mensajeros de Job.<sup>116</sup> Y él con menor sufrimiento, cumpliase todo, hasta que le volvieron a cautivar dos mil escudos de un censo que le habían redimido. Quiso continuar a cuenta de las esperanzas de unas letras, y habiendo ido algunas veces a ver doña Apuleya, como no tenía maravedí ya se la negaban. Una noche, a deshoras, fue resuelto a llamar a la puerta hasta que le abriesen. Llamaba con fuerza y no le abrían —no sé a quién no despiertan estos golpes—. Llamaba, digo —no es muy inútil el consejo deste *Peligro*, pues tienes este llamamiento—; salió chillando una criada:

—Dice mi señora no alborote la vecindad, que hartos escándalos ha dado.

El diablo del hombre se fue de allí como topó la puerta cerrada, consolándose no había aún disipado una letra de mil reales.

## PELIGRO SEGUNDO

### EN EL SOTO<sup>117</sup>

**C**UALQUIERA dama es ayuda de costa,<sup>118</sup> no siéndolo, si es de superior clase, e, si de inferior, de afrenta. Medio de los dos extremos, o extremo de los dos medios, era doña Terencia de Aragón, que antes se llamaba Juana Barosa. Vesitola un día entre otros su amante, y riñó con él porque la había hurtado un perro de falda.<sup>119</sup> Respondiolo, muy crudo:

115.— Para comprarse algún capricho. 'GODOY: ...En España... ha llegado el negocio de los *dones* a tanta bajeza, que si vos os lo queréis llamar o poner a vuestra mujer y hijos no os lo estorbará nadie. LORCA: Ese *don*... sea para vos: a mí volvémele en *dín*, que es mejor sonido para ferias' (Diego de Hermsilla, *Diálogo de los pajes de Palacio*, IV).

116.— 'En una sucesión que solamente la rapidez de la ira Celeste puede tener, Job recibe los mensajeros de la terrible desgracia: los sabeos invaden sus tierras y le toman los bueyes y las mulas y matan a... todos sus siervos; apenas termina el primer mensajero sus noticias... aparece el segundo: el fuego de Dios cayó del cielo y quemó las ovejas, con sus pastores; el tercero le anuncia el desastre que hicieron los caldeos entre sus camellos y siervos; el último mensajero le da la más terrible noticia: un viento tremendo derribó la casa donde todos sus hijos e hijas se encontraban comiendo y bebiendo' (Alexandru Bulandra, *El experimento Job*, Logos, Bucarest, 2009, p. 25).

117.— Bosquecillo a orillas del Manzanares, al otro lado de la Puente Segoviana. En una isleta del río estuvo la ermita de Santiago, a la que los madrileños 'bajaban' de romería el 1 de Mayo. Una semana antes había otra famosa romería: la de San Marcos o 'del Trapillo', que se celebraba extramuros de la Puerta de Fuencarral.

118.— Retribución adicional al salario. Aquí se habla de maridos consentidos, que toleran que su esposa tenga amante en tanto que sea rico y ayude a los gastos de la casa.

119.— Faldero, diríamos hoy.

—Reina: no me ha reñido ucé porque la he dado perros,<sup>120</sup> y ¿agora lo hace porque se los quito?

Ésta tenía por bobos a todos. Inclinábala un caballero entendido —en el concepto de ella no lo era—, y le encomendaba cada día con toda eficacia la llevase un par de gazapos; mas pidiéndoselos a pares se los negaba a nones. Disgustose mucho con él por no habérselos llevado un día, hasta que la dijo este caballero:

—No puedo ser más liberal en todo, pues yo solamente me quedo con el hábito<sup>121</sup> de no traer los conejos, y ucé con la encomienda<sup>122</sup> de mandarlo.

Doña Terencia decía:

—¿Hay tan gran tonto, que habiéndole yo mandado me trajese conejos, no los ha traído? En mi vida he visto mayor necio.

Oigan por lo que le llamaba necio: por no haberla llevado los conejos. Pues si se los hubiera dado ¿cómo le llamara? Otras veces solía enviarla unos azafates de frutas. En un último papel le pidió un manto de humo,<sup>123</sup> más él, no dándoselo, la dio lo que pedía.<sup>124</sup> Dijo su criada a doña Terencia había amanecido de frutas nuevas la plaza, tan copiosa como los jardines del Palacio Real del Buen Retiro<sup>125</sup> —con cuya ostentosa<sup>126</sup> máquina hemos olvidado las admiraciones, porque en aquella obra excelsa agotó la Naturaleza sus variedades, apuró sus discursos el arte—. Irritada Terencia<sup>127</sup> de haber quebrado este caballero en envialle la fruta que daba cada día en feudo, luego que le vio rompió ella las paces; pero se le mitigó su alboroto diciéndola:

—Mi señora, yo no he de<sup>128</sup> confitar<sup>129</sup> cada instante disgustos; que a deseos mauregatos<sup>130</sup> hay desengaños.

Don Ramiro,<sup>131</sup> con todo, la consoló con un consejo acordándola no comiese fruta, antes la diese al diablo y mirase cuán mal les había estado a nuestros primeros padres la que comieron. Las damas deste capricho son notables: con un halago vencerán la valentía<sup>132</sup> de la bolsa de un mercader gordo, y<sup>133</sup> le pondrán tan delgado que quiebre, o de delgado o pobre.

120.– Disgustos, malas acciones.

121.– Distintivo de pertenencia a una orden militar. Aquí el Autor lo usa como 'tacha'

122.– Autoridad. Encomienda era la comarca perteneciente a una orden militar. Para su gobierno y explotación, el maestre de la orden nombraba comendador a uno de sus caballeros más distinguidos.

123.– Mantilla de seda negra y fina.

124.– Es decir: 'la dio humo', nada.

125.– Fue un regalo del Conde-duque de Olivares al rey Felipe IV.

126.– Orig.: 'estentosa' (9v)

127.– Orig.: 'tenceria' (9v).

128.– Suplo 'de,' que bien pudo extraviarse en el salto de línea (9v).

129.– Endulzar, suavizar. Casualidad o no, 'confitándole disgustos' es un verso de la *Fábula de Píramo y Tisbe*, de Góngora.

130.– Desmedidos, excesivos. Según la leyenda, Mauregato pagó con un tributo anual de cien doncellas a Abderramán, emir de Córdoba, la ayuda recibida contra su sobrino Alonso II el Casto, rey de Asturias. Hoy se cree que Mauregato murió de causas naturales varios años después de usurpar el trono, pero en la época del Autor quizá se pensaba que acabó asesinado por nobles a quienes repugnó tal tributo, lo que permitiría asociar la ambición desmedida con una mala muerte.

131.– Orig.: 'Ramiros' (9v).

132.– Aquí, robustez.

133.– Suplo 'y' (9v, últ. lín)

No le faltaron amigas a doña Terencia que la hiciesen señora de un lugar de un coche día del Sotillo, que llaman los populares: fiesta de gran celebridad en la Corte, pues aquel día estiman tanto algunas damas de las que hablo un lugar en un coche como uno de vasallos. Iban en él cuatro: una, aguileña de cara e de manos; otra, cariazogada<sup>134</sup> y muy bachillera,<sup>135</sup> tan presta e inquieta, de ojos azules, que a haberla visto el inmortal Lope de Vega la compusiera una *Gatomaquia*.<sup>136</sup> Todas cuatro fueron con famosos<sup>137</sup> bríos a cazar al Soto.

Llegaban a la deliciosa estación suya, y al pasar los caballos el río Manzanares, se estaban quedos más que de paso. Juzgaron al principio orinaban, mas se desengañaron luego, que no vieron crecer al río.<sup>138</sup> Sacó doña Terencia la cara, clamando furiosa: «¡Arre, arre!», y los caballos erre que erre.<sup>139</sup> La fatiga<sup>140</sup> de todos era grande; el cochero latía su azote y los caballos juzgaban que el sonido era campana de queda.<sup>141</sup> Decía la una:

—¿Hay tan mala fiesta?<sup>142</sup>

Respondía otra:

—No es sino buena, pues la guardamos<sup>143</sup> tanto en este río.

Otra salió:

—Por vida de todos que me place<sup>144</sup> de lavar al verano y he de ser como Marica,<sup>145</sup> sin cesar de lavar mis paños.

¡Y aun sus trapos<sup>146</sup> podía! Ellas se congojaban, aunque sacaban fuerzas de su flaqueza. Un poco se refrescaron, hasta que los caballos digirieron el río con una ayuda que les echaron.<sup>147</sup> Comenzaron a ruar, y era menester cuidado con los frisonos,<sup>148</sup> porque en vez de los tirantes tiraban mejor de la yerba. No había aún el suyo llegado a ser número a los demás coches, sólo distinguían lo numeroso de los bultos, lo hermosísimo de muchas señoras, lo

134.- A partir del mercurio (azogue) se obtenía un cosmético llamado 'solimán' que se usaba para blanquear la piel.

135.- Viva de ingenio.

136.- Poema burlesco. Son protagonistas dos gatos, Marramaquiz y la casquivana Zapaquilda, que finalmente se decide por Micifuz. Los ojos verdes y azules en la mujer se consideraban signo de ligereza en amores.

137.- Insuperables.

138.- Ironía acerca del caudal del río, casi seco en los meses de verano.

139.- Expresión que indica pertinacia, tozudez.

140.- Inquietud.

141.- De quietud. El toque de campanas que invitaba a la población a recogerse en sus casas. A partir de ese momento se cerraban las puertas de las murallas, empezaba la ronda nocturna de los alguaciles y quedaba prohibido portar determinadas armas.

142.- Ironía: mal caso.

143.- Celebramos. La romería de Santiago era 'fiesta de guardar' para los madrileños.

144.- Orig.: 'me|ce.' (10v).

145.- Nombre muy popular en los romances, siempre asignado a mozas lindas y humildes, como en este de Antonio de Mendoza: *El alba es Marica*, / 'el alba que sale / ... / a lavarse al Soto, / donde está en las tardes / el río en los huesos / y Madrid en carnes.' Otro romance empezaba: *Marica a lavar sus paños...*, que quizá fue la inspiración del Autor en este pasaje.

146.- Faltas, se entiende.

147.- Enrevesada analogía entre el tránsito digestivo y el paso del río. En la época se decía 'ayuda' al enema para facilitar la defecación. Aquí parece se recurrió a algo similar para espolearles, como a la entrada de don Quijote en Barcelona (cap. II-LXI), cuando dos muchachos 'traviosos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rucio y el otro la de Rocinante, les... encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas...'

148.- Caballos robustos y de gruesas patas, ideales para el arrastre.

bizarro de los señores y caballeros, cuando de portante<sup>149</sup> venía encarándolas un mozuelo —que parecía un mancebo sastre— con un rocín divertido<sup>150</sup> los ojos en ellas, pues, hallándose el potro a rienda suelta, como el jinete, se acercó al estrecho de un ribazo,<sup>151</sup> de donde a trueco de derribar a su amo quiso precipitarse. Gritáronle las del coche de doña Terencia, no de compadecidas, sino de costumbre, y apeándose doña Beatriz, por tenerla blanca le dio la mano, y él la tomó<sup>152</sup> aunque no llevaba maravedí.<sup>153</sup> Preguntáronle que si era algo<sup>154</sup> —la caída, entendió él, y no lo decían sino por su persona—. Dijo la verdad sin querer: que no era nada —y tenía la cabeza como la bolsa de un liberal—. <sup>155</sup> Montó en su caballo galanteando el coche. Apareció a pocos pasos una mesa con dulces; dijo la una:

—¡Qué buenas peladillas!

El otro no llevaba dineros, y la inocente bolsa, más escondida que un delincuente; mas ni se la dejaron por<sup>156</sup> escondida ni perdonaron por pobre.<sup>157</sup> Dijéronle iba en el rocín muy airoso. El que tal oyó, sacó dos de a ocho<sup>158</sup> que traía y se congojó de no tener más; que este es contagio de la gente vulgar, desvanecerse con la lisonja: apenas que iba airoso le dijeron, cuando no cupo en sí; ni su dinero tampoco, aunque era tan poco, y así, le echó en la calle. Dijo Terencia:

—¡Qué bizzarría! Y ¿no llevará otra blanca?

Respondió:

—¡No, por vida mía!

—No lo dijo<sup>159</sup> por tanto: basta —replicó otra.

El quedó admirado de ver cuán convenibles<sup>160</sup> eran. Pidió licencia a doña Terencia de verla en su casa, y noticia della.<sup>161</sup> Respondirole era doncella —servían en la fortaleza de esta reina dos españoles, no sólo con el alma y la vida, sino con sus lanzas—;<sup>162</sup> que la decencia de su estado no la permitía visitas, mas que por su galantería la había obligado tanto que gustaría se las hiciese; que era doncella de una condesa —porque, de sí misma, desde doce años había salido de la labor.

Agradeció la gratificación el jinete, mas le mandaron ir de allí por irse acercando un caballero de a caballo; que estas damas no hablan en la publicidad menos que con quien

149.- A paso rápido.

150.- Distráido.

151.- Declive del terreno.

152.- Tomó la mano, aceptó la apuesta.

153.- La blanca era moneda de ínfimo valor (un maravedí valía dos blancas). Estar sin blanca era estar en la ruina

154.- De importancia.

155.- Hueca, vacía.

156.- Orig.: 'poi (11r).

157.- Del romance de Góngora *En un pastoral albergue*, 'que la guerra entre unos robres / lo dejó, por escondido, / o lo perdonó por pobre, / ... / mal herido y bien curado / se alberga un dichoso joven / que, sin clavarle Amor flecha, / lo coronó de favores'

158.- El real de a ocho tenía el valor de 8 reales, 272 maravedís.

159.- Orig.: 'digo' (11v). Expresión equivalente a 'No quiso incomodar/ofender'. Aquí el Autor juega con que el galán ha jurado por su vida.

160.- Razonables, amables.

161.- Saber dónde era la casa.

162.- Servir con lanzas a la Corona era contribuir al esfuerzo militar, bien con soldados, bien con el dinero para pagarlos.

traiga una cadena de oro o un hábito de Castilla. Allá en sus retretes<sup>163</sup> tienen diferente razón de estado. Oyó el señor decirle: «Beso a ucé la mano», y presumía ser cortesía por los dulces, mas no era sino despedirle, pues, volviéndoselo a repetir partió su caballo como un potro.

Llegó a su coche el caballero gitaneando<sup>164</sup> y haciendo escarceos<sup>165</sup> y corvetas saludándolas. Correspondieron. Díjolas aquello de «¡No hay más que ver! La gala<sup>166</sup> de Madrid, la flor del Soto». Ellas, que le olieron la suya<sup>167</sup> y que se andaba a la de el berro,<sup>168</sup> le admittieron propicias, y comenzaron a introducir la conversación, como sin ser traído: la una, la pérdida de un guante; otra, el abanillo<sup>169</sup> y guantes. ¡Que, siendo ellas quien lo pierde, o quien dicen lo pierde, quieran hallarlo en mí o en aquél!

En esto les alteró un ruido de voces, y era que venía un ejército de tablilleros y un atajo de limeras,<sup>170</sup> que en viendo hombre con coche de mujeres vienen como llamados a juicio. Y el que habla le pierde de ver cuán inescusable es el peligro de limas y tablillas, pues no tomarán una docena de limas: comprarán toda la Vera de Plasencia<sup>171</sup> por hacer burla del pobre que lo paga; y es evidencia lo que contaré, para que sirva de ejemplo jovial.

Unas damas enviaron a pedir limas a un caballero en la comedia, y él las dio en el que las vende letra abierta; mas ellas al instante cerraron el crédito, porque tomaron toda la canasta de limas. Y lo que en esto pasa, como compadecido del bien común y buena economía de la república juvenil, es preciso se sepa. Las limeras y tablilleros ordinariamente son parientes de las que astutamente piden limas y tablillas. Y tienen entre ellos mismos hecho un monipodio<sup>172</sup> de que tablillas y limas se las volverán a vender a los tablilleros<sup>173</sup> y limeras en menor precio; y así, luego que vean coche con hombres agujajan<sup>174</sup> a vender clamando.

Venga noticia<sup>175</sup> están circunvecinas limas y tablillas. En esto, como en otras cosas, se necesita de gran remedio; mas las limeras y tablilleros del Prado son ya conocidos, y muchos les han amenazado que en llegando a pregonar las limas se han de hartar de cuchilladas, porque les han de dar en rostro.<sup>176</sup>

163.- Habitaciones privadas.

164.- Con semblante halagüeño.

165.- Vueltas sobre sí mismo. Corveta es alzarse sobre las patas traseras. Orig.: 'escorceos' (12r).

166.- Lo mejor. El Autor se inspira en una cancioncilla popular que Lope de Vega recogió en el acto III de su comedia *El caballero de Olmedo*: 'Sombras le avisaron / que no saliese / ... / el caballero, / la gala de Medina, / la flor de Olmedo.'

167.- La flor, traza, intención.

168.- Buscaba diversión.

169.- Abanico.

170.- Vendedores de tablillas y limas. La tablilla era una especie de barquillo plano, y la lima es una variedad de limón, pequeño y redondeado.

171.- Fértil comarca de la prov. de Cáceres.

172.- Asociación ilícita.

173.- Orig.: 'rablilleros' (12v).

174.- Orig.: 'aguigen' (12v). Agujada es la vara con punta de hierro para provocar al animal a que acelere el paso.

175.- Sépase que...

176.- Echar en cara, reprochar.

Otro peligro hay, más violento y menos evitable. Y es que cuando está alguno en casa de alguna dama pasará medio Portugal vendiendo lienzo, holandá, ruán,<sup>177</sup> manteles; y el que está dentro no come pan en ellos, no por juramento,<sup>178</sup> sino por no tener manteles ni pan, y le hacen los compre, aunque se venda. Luego pasa otro —que, según pasan, parece juego de niños de «¡Pasa, pasa!»—<sup>179</sup> gritando: «¿Quién compra beatillas y toca?»<sup>180</sup>, y al otro le hacen comprar beatillas aunque tenga su casa llena de beatas; y para darle tormento, se da él mismo la toca.<sup>181</sup> Pues si por ventura falta uno u otro por desgracia, vendrá la lavandera con un cartapacio de la ropa de todo el año y de la de todo un linaje; y no acordándose la dama en su vida de limpieza, examina entonces a la lavandera de la suya, y está la lavandera maldita tan memoriosa, que se acuerda de la primer camisa que se vistió.

Dejo<sup>182</sup> aquello de alfileres, cordones, trezaderas, papeles de color,<sup>183</sup> que es cosa perdida para quien lo da y ganada para la que lo toma. Dicen algunas que en lo que consiste el afecto, el valor, la sangre, el timbre<sup>184</sup> es en dar. Yo refutaré esta opinión solitaria en otro *Peligro*, y sobre que no se ha de dar he de hacer trece consultas y me he de estar en mis trece.

Digo, pues, que este hidalgo solicitó los agrados del coche de doña Terencia; mas, pegándose el caballo a una rueda, dio una adversa vuelta la de su fortuna,<sup>185</sup> porque le hirió muy bien una pierna. Un lacayuelo —a quien sustentaba para decirle gracias— le dijo:

—En arrimándose a la rueda, al mayor amigo se la pegará de clavo.<sup>186</sup>

Ya dicen las damas es poco atento a la fineza jinete que no se cose con el estribo. Circunstancia es que, por vieja, no había de usarse, y el novel que no se dispone a sacar el pie en la apretura<sup>187</sup> pierde quejándose lo que ganó de fino.

Ligó la herida con tafetán,<sup>188</sup> y doña Terencia le dio una cinta, encareciéndole el favor. Le apretó tanto, que no fue fácil picarle para sangrarle<sup>189</sup> —y todo era menester, porque de

177.– La holandá y el ruán (de Rouen, en el NO de Francia) era telas de lienzo muy fino. El pasaje recuerda un conocido romance: 'Un lencero portugués / recién venido a Castilla, / ... / se enamoró muy despacio / de una bella casadilla / ... / Quedose en casa una pieza / de ruán y holandá rica, / en rehenes de la junta / de Portugal y Castilla.'

178.– Del romance de doña Jimena, esposa del Cid Campeador: 'Rey que no hace justicia / no debía de reinare, / ni cabalgar en caballo, / ni espuela de oro calzare, / ni comer pan en manteles / ni con la reina holgare.'

179.– Parece cosa de magia. Se refiere a un juego de prestidigitación que se hacía con cubiletes y bolas.

180.– Mantilla fina de lino o seda para cubrirse la cabeza y hombros.

181.– El tormento consistente en atragantar al reo introduciéndole un trapo en la boca, hasta la tráquea, y luego verter agua para que el trapo se empapase.

182.– Orig.: 'dexa' (13v).

183.– O 'de carmesí', para aplicarse colorete a las mejillas.

184.– Lo que distingue. En el orig.: 'tembre' (13v).

185.– En la incesante rueda o noria de la Fortuna, a veces se está arriba (favorecido) y a veces abajo (desfavorecido). Del siempre favorecido se decía que había 'echado un clavo a la rueda de la Fortuna.'

186.– Pegar o meter de clavo equivale a engañar, frustrar.

187.– Dejar la pretensión al considerar el peligro.

188.– Tafetán era una tela de seda, delgada y tupida. También se usaba para aglutinar la sangre de una herida, untada una cara con gelatina obtenida de cola de pescado ('tafetán ingles').

189.– Extraer sangre al enfermo era poco menos que el curalotodo de la medicina de la época. Aquí se juega con 'apretar' y 'sangrar' en el sentido de embaucar y sonsacar dinero al incauto. Se entiende que el torniquete era tan apretado que le dolía y lo dejaba desconcertado.

su dinero tenía hecho carne y sangre—. <sup>190</sup> Maulláronle todas el araño, y a él no le pesaba tanto del golpe como de no poderlo gritar. Dijo a la de la cinta:

—Aunque es su cinta, tendrá el listón mi pensamiento tan listo para desobligarme, que sea mi pensamiento la cinta.

Las mujeres se perdían de ver al otro que jugaba de vocablo, <sup>191</sup> mas no paró allí, porque prosiguió con su lista como estafeta, <sup>192</sup> diciendo que aquel listón le había vinculado su voluntad. Disgustada, le dijo una —que quisiera colgarse della antes que se la hubieran dado:

—¡Deje ya ucé eso del listón!

Mas él de nada se dolía, <sup>193</sup> y añadió que por amor de el listón se alistaría en una compañía. No pudieron resistirle, ni él quería dejarlas. Un hombre afectado en lo que dice matará a un necio; éste lo era tanto, que aun a sí se mataba. No se había visto mayor tahúr de vocablos. ¡Dios nos libre! Por desgracia, se le asió a una la punta del manto a una tachuela, y dijo había estado en un punto de romperse la punta, y acerca desto no dejó güeso sano. Jugaba con las palabras de modo y tanto, que todas salían picadas. <sup>194</sup> Bien que, aunque tenía esta falta, no la tenía de dineros, y así, hablaba como quien los tiene, digo, como quien los gasta. Díjolas se hallaba sin morador la casa de su voluntad; a que respondió Beatriz:

—Póngase ucé una cédula, por que no pague penas de vacío.

Respondió si ella gustaba ocuparle no podría deber mayor suerte a su fortuna. En esto empezó su niño Amor a jugar con doña Terencia, y por una mano que ganó le hicieron dar de barato <sup>195</sup> todo el dinero. Dijéronle tenía partes para muy estimadas; exageró las de su dama, y no dejó mujer ni hermosura en su lugar, por darle el mejor a ella. Continuó el coche un rato, hasta que advirtió que a quien había tanto tiempo hablaba no le decía se fuese. No decírselo era despedirle: no ha de ser nadie pesado en ninguna visita, ni aguardar a que el deseo de con quien habla le eche de allí: saber irse antes es realce del entendimiento; privarse a una dama, al concepto, <sup>196</sup> y cuando se tenga de que un hombre está despacio <sup>197</sup> en la visita, disponer la conversación desde el principio de suerte que se prevenga la partida, porque de calentar la silla quedándose dicen luego es gentil partida.

Señalole doña Terencia la audiencia de sus estrados <sup>198</sup> a las once de la noche, y la endemoniada le dejó seña que dijese «Vitoria». Excedido de la seña, quería vencer a todo el Sotillo; habíala tenido con aquel particular y quería ser general de todas las damas. No se vio tal extremo ni tal remate. Discurría furioso, hecho un Orlando, <sup>199</sup> y yo dije:

190.— Los jugadores hablaban así del dinero que apostaban, como recoge Francisco de Luque Fajardo en su libro *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* (Madrid, Serrano de Vargas, 1603, fol. 239v)

191.— Hablaba con equívocos, con doble sentido.

192.— El que reparte el correo.

193.— Del popular romance sobre la maldad de Nerón contemplando desde la roca Tarpeya el incendio de su ciudad: 'Mira Nero de Tarpeya / a Roma cómo se ardía: / gritos dan niños y viejos, / y él de nada se dolía'

194.— En el juego. 'picarse' es enojarse por perder y arrojarse a apuestas más fuertes.

195.— En el juego, la propina que reciben los que asisten a los jugadores.

196.— Entiendo que el Autor quiere expresar: 'No insistir con una dama da realce al concepto'

197.— Se alarga.

198.— La sala de la casa que la señora recibía las visitas. Solía estar a dos niveles, separados por una barandilla. El nivel superior estaba destinado a las damas.

199.— El personaje del poema épico *Orlando Furioso*, de Ludovico Ariosto, que enloquece al ser despreciado por la hermosa y voluble Angélica.



Soto, a quien ya las mujeres  
no dejan, el juicio os more;  
el Cielo os guarde, si puede,  
de las locuras deste hombre.<sup>200</sup>

Batió talones<sup>201</sup> y dejolas estrelladas.<sup>202</sup> Hasta entonces se habían paseado por el Soto descubiertas, y desde allí se tapó cada cual con diferencia.<sup>203</sup> Mandaron al piloto del suyo las engolfase en el peligro de los demás coches, y al vencer una cuestecilla corría la violencia de unos caballos, precipitados faetones,<sup>204</sup> arrastrando su coche —que por vía de fuerza le traían por la parte contrapuesta— en cuyo rápido curso llegando a ocupar ambos coches a un tiempo la cumbre, se enmarañaron los ejes, conque el que movía el polo de doña Terencia y demás cielos las movió con propiedad, porque volcándose abortó cuatro bellezas. Gimiendo y llorando por parecer niñas, y suspirando cada cual un suspiro vocinglero, no observando el orden de la compostura de los suspiros, sucedió una cosa memorable, y fue que ninguna se desmayó, porque era por mayo y el mes no había salido, que la figura todas la hicieron.<sup>205</sup>

No hubo galán de coche confinante que no acudiese alzando las manos al cielo por tener entre ellas ocasión de mostrar eran hombres de manos; porque en desgracias y peligros tales, contingentes en días de Sotillo, Cruces,<sup>206</sup> San Isidro y Trapo, se acredita un valor y hay fama para una semana, más que en una campaña. Restituyeron unos caballeros al coche su estado, obrando la acción como muy precisa y no voluntaria, yéndose luego sin mirar a las damas. ¡Oh, cómo la nobleza luce! Que si la desobligación ha de borrar el carácter al beneficio, ¿para qué ha de hacerse? Hombre hay tan impolítico y tan villano, digo, que dio un vaso de aloja<sup>207</sup> apenas a una dama cuando quiere cobrarle parlándola dos horas.

Estos caballeros se fueron luego, y se quedó con ellas un don Tadeo que llegó después de lo sucedido, y ya el coche que había motivado la ruina subía por la Cuesta de Toledo cuando dijo:

—¡Por la fe de caballero que a estar el cochero aquí le cortara una oreja!

Quedose con ellas a cobrar la muestra de haber ayudado algo. Unas reían, otras lloraban, don Tadeo se vestía de los afectos de todas, mas luego le desnudaron afectos y vestido. Entristecíase con una, alegrábase con otra, neutral con todas, obscuro —por no

200.— Otra vez el romance de Góngora *En un pastoral alberge*: 'Cortesianos labradores, / aires, campos, fuentes, vegas, / cuevas, troncos, aves, flores, / fresnos, chopos, montes, valles, / ... / el Cielo os guarde, si puede, / de las locuras del Conde'

201.— Picó espuelas.

202.— Deslumbradas.

203.— Gesto de coquetería femenina era taparse parte de la cara con el manto, dejando los ojos, o uno solo, a la vista. El asunto fue tratado por Antonio de León Pinelo en *Velos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres: sus conveniencias y daños* (Madrid, Sánchez, 1641).

204.— Faetón rogó a su padre Helios que le permitiese conducir el carro del Sol. Su torpeza desencadenó varios desastres climáticos en la Tierra.

205.— En el teatro, 'hacer la figura' era representar el personaje, el papel.

206.— La festividad de la Santa Cruz o Cruz de mayo. Estas festividades se celebraban en los meses de abril y mayo, entrada la primavera.

207.— Infusión de agua, miel y especias.

haberse declarado con ninguna—, hasta que se mintió pie del estribo de un coche<sup>208</sup> —y se había ido por los suyos<sup>209</sup> al Soto—. Solicitó el lugar de una doña Beatriz, mujer sutil que solía cantar jácaras.<sup>210</sup> Comenzó, retorciéndose el bigote:

—Ahora digo no hay adagio que no sea una evidencia.

Y no dijo más, quedándose suspenso. Ahogarle quiso Terencia preguntándole:

—Señor don Tadeo —que ya ella sabía se llamaba «don», porque solía decirse a sí<sup>211</sup> mismo: «Sébase me llamo don...», y el nombre sea Blas o Gil—,<sup>212</sup> ¿qué ocasión le incita a dar esa fee a los brocárdicos o adagios?

Respondió don Tadeo:

—Dígolo por mi señora doña Beatriz; que de las aves la perdiz, y de las damas..., etcétera.<sup>213</sup>

Respondió Beatriz:

—Uced tiene tan buen juicio y gusto, que no necesita valerse de la autoridad de los refranes para recomendar su aprobación.

—¡Oh mi señora! —dijo don Tadeo—. Sólo deseara acertar a desear servir a uced.

Respondió Beatriz:

—Ahí no hay donde errar.

Pidiola luego facultad de ir a verla, que tendría una muy buena noche —y el necio por entrambos lo decía—. Por no alterarle, no le desesperó Beatriz; díjole, a lo cortesano, a lo corte enfermo:

—Juzgo tendrá uced buenas noches, mas no es aún pasado el día para dejarle a buenas noches tan luego.

Don Tadeo la encareció su hermosura y su fineza. Quiso probársela al instante Beatriz mandándole, si era fino el oro con cuyos arpones le había Amor herido, vaciase el de su faltriquera en el crisol<sup>214</sup> de la suya. Hízolo así don Tadeo confesando de plano, mas no por eso Beatriz le absolvió de su dinero, que del mismo modo lo piden como si fuera alguna restitución,<sup>215</sup> o el que lo da algún padre o madre. Quedó don Tadeo más ligero, no más liviano, y andaba ya tan inquieto que nadie podía irle a la mano,<sup>216</sup> ni él dejar de irse a la de doña Beatriz: propia maña del que está sin dineros, andar solícito y travieso continuamente.

Una doña Esperanza, prima de Beatriz, se enfadó mucho, diciendo que con ella se había de haber hecho el asco de haber escupido don Tadeo su dinero, y no con su prima. Metió un desconcierto irremediable riñendo con doña Beatriz, diciéndola no escandalizase a la gente hablando y retozando con aquel mozuelo. Beatriz la respondía:

208.- Es decir, fingió haber ido al Soto montado en un coche.

209.- Andando.

210.- Cancioncillas de corte picaresco o lascivo, propias de gente de mala vida.

211.- Orig.: 'assi' (17r).

212.- Nombres aldeanos.

213.- De un poemilla popular: 'De las frutas, la manzana; / de las aves, la perdiz; / de los colores, la grana; / de las damas, la Beatriz.'

214.- Pequeño recipiente para fundir metales.

215.- Devolución de un préstamo.

216.- Reportarle.

—Oye, prima: uced no es mi marido; ni está mi vestido a cuenta suya, sino a la de señor don Tadeo.

Y que no armasen cantera de voces, porque se volvería de cantos y llantos. Esperanza se adelgazaba de ver a su prima la hablaba gordo, y así, la dijo:

—¡Andá! Dad campanada<sup>217</sup> como en buena nueva de guerra, que a vos os la tocarán por la calle si llega a oídos de la justicia. ¡Pues el tiempo es para fiestas!, que no se oye otra cosa sino a Fulana y a Citana las enterraron desterrándolas de la Corte, y aunque después se vuelven, no les sale tan barato que no les cueste el camino ducientos o trecientos ducados. Y vos tenéis talle de salir de Madrid por vuestros pasos contados,<sup>218</sup> y por los ajenos también.

En tanta publicidad no se ha de hablar por un ojo de la cara, sino por la boca; y, bien mirado, hablan por el ojo, porque por hablar se les salta a estas beldades polifemas,<sup>219</sup> que cierran un ojo y abren otro para hacer puntería, y aun me sobra la «n».

Beatriz la replicó no se le daba una pizca, que favor tenía ella para todo en un portero de la Villa, a quien un caballero había mandado una vara<sup>220</sup> para en siendo corregidor. De palabra en palabra se enzarzaron, y no cesaba de repetirse aquello de «¡Mal me quieren mis comadres!».<sup>221</sup> Beatriz la decía nadie había de traerla la barba sobre el hombro,<sup>222</sup> y quien tiene tejado de vidrio no tire piedras al de su vecino. Esperanza la decía que callase y quebrase por ella. Beatriz la respondía:

—He de hablar más que un recién venido; que el callar no está en mi mano,<sup>223</sup> sino en mi lengua.

La otra se acababa<sup>224</sup> de oírla, y que, estando el callar en su lengua, hablase tanto, siendo deslenguada. No dejaron refrán con vida. Finalmente, metieron paz dos ruines. Entre los dos don Tadeo no osaba decir «Esta boca es mía»; partió con hora y seña, tan contento de juzgar quedaba aquel campo suyo como si llevara la patente de el de algún tercio. Dijéronle vivía doña Beatriz una legua de su casa.

Ya Apolo quería escribir la *Soledad*<sup>225</sup> de la noche —quiero decir, quería anochecer— cuando dejaban de fatigar muchos coches al Soto. Salió el de doña Terencia, y dos amigas fieles dejaron la balanza del suyo mudándose a otro coche por aliviar a los caballos el peso. Quedaron Terencia y Beatriz navegando con bonanza el golfo<sup>226</sup> de Manzanares, sin Scilas de pantanos ni Caribes<sup>227</sup> de pararse los frisonos. El uno se detuvo a beber y el cochero

217.– Escándalo público.

218.– Inevitablemente.

219.– Orig.: 'polisemas' (18r). Alusión al cíclope Polifemo, de quien Ulises escapó emborrachándole y cegándole su único ojo.

220.– Cargo de alguacil, se entiende.

221.– Vecinas, amigas. Del refrán 'Mal me quieren mis comadres, porque les digo las verdades'.

222.– Amenazada, inquieta, vigilando las espaldas.

223.– Voluntad.

224.– Se desesperaba.

225.– Alusión a las *Soledades*, de Góngora (1613), en que se encarece la vida fuera del entorno urbano.

226.– Aguas profundas.

227.– En la mitología, Scila y Caribdis eran dos monstruos que, ubicados a cada lado de un estrecho, acechaban a los navegantes que se atrevían a pasarlo. La tradición los sitúa en el estrecho de Messina.

se aprestó, temiendo no lo volviese a orinar; mas, consuélate, ¡oh, río sagrado Manzanares!, que por tus pobres cristales trocara el caudal de los suyos el más copioso río.

Llegaron arrastrando, caballos y coche, a besar el pie a la alteza de la Cuesta de Toledo, y viendo lo proclive della tragaron más espuma que vierten las mulas de los canónigos. Aunque los meneaba el cochero, no les podía menear. Era lo mismo hablalles con el azote que con la lengua, hasta que dos mulas que tenían allí unos mozos expertos en lo que acontece tales días, mirando la justicia que tenían los caballos en no subir la cuesta les impartieron su favor y ayuda. Arribaron consigo hasta el llano, y como si doña Terencia no hubiera querido tirar, la tiraron a ella los mozos, por la flojedad de sus caballos, dos reales de a ocho.

No hubo cosa moderna<sup>228</sup> hasta llegar a sus casas, sólo que desde entonces juró doña Beatriz no bajar otra vez al Soto menos que en coche de cuatro mulas, o de dos, como fuese el coche de algún tratante. Y así, he reparado en algunas damas de la Corte, que, escarmentadas en sí propias o en ejemplo, avisan cinco o seis meses antes que llegue el día, que<sup>229</sup> el coche que ha de buscárseles sea libre de quedarse en los pantanos y cuestras.

## PELIGRO III

### EN CASA

**D**E el Soto y anochecido, ¿a dónde se ha de ir sino a casa? Hay tantas como peligros, y riesgos como casas. Ya se verá peligro de visita lo que será, por lo que toca a cosa de médico.

Era doña Vitruvia de Castilla —y aun esta señora tenía Castilla en su nacimiento por haber nacido en ella: en la aldea que nació se llamaba, diz que,<sup>230</sup> Juana Borrego—. Era doña Vitruvia dama de linda complexión, abultada, robusta como un padre presentado.<sup>231</sup> Risueña como quien tiene dientes, muelas y es muy vieja, solía mostrar los suyos en ofreciéndose ocasión. Mujer de gran pecho; la boca, pequeña, como un clérigo menor; la frente, ancha como su conciencia; las orejas, de mercader: no oía sino lo que quería, y lo que no quería, habiendo dinero. En los ojos nunca hay variedad: a todas les relucen, que por eso se dijo «no es todo oro lo que reluce». La cara, junta,<sup>232</sup> y aunque

228.— Novedad.

229.— Suplo 'que' (19v).

230.— Según dicen.

231.— El eclesiástico que espera se le asigne un puesto. 'Maravillado estoy... de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como Fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras' (Cervantes, *Quijote*, I-XXV).

232.— Col. Se refiere a lo abultado y falta de lisura.

miradas por menor sus facciones era fea, si se advertía por mayor no era hermosa<sup>233</sup> — mas a hermosuras descosidas<sup>234</sup> nunca faltan voluntades rotas—; un natural muy castellano, pero muy vizcaíno.<sup>235</sup> Éstas son las que hablan acuchillando las palabras, porque las cortan todas, y no por estilo puliente, sino articulando tan súbitamente la voz, que le falta un sonido suave, así que dejan la razón disonante. Son pozo de nieve,<sup>236</sup> de donde sacan las palabras frías, bien como si, herido un instrumento sonoro, le impidiesen con algún estorbo la armonía del sonido agradable; y, aunque gorda, no grave, al revés de otras, que estando en los huesos, lo son. Todo se roerá adelante.

Vivía doña Vitruvia en un cuarto de edificio, por quien pagaba mucho: nueve mil de cobre. Tenía una honrada correspondencia con un hombre de caja,<sup>237</sup> porque le daba la de un coche para El Prado todos los días festivos. También estaba bien con el alma de un cochero, por que mientras su amo oía misa se le llevase por la mañana. ¡Oh la más necia vanidad de las vanidades! El que tuviere quinientos escudos, aunque sea hombre vil, trae coche. Mas a eso dicen algunas damas: «Vaya el coche a mi casa y venga lo que viniere; ruede a mi casa el coche y ruede la bola». Hombres hay de quien juzga la necesidad les da discreción el ir en coche, y van en él tan bestias que pueden tirarle. Mirar a algunos de riqueza novel en coche es la peor canalla del mundo: si ven a algún amigo suyo a pie le dan voces por que los vea, y primero quitarán por malicia un sombrero que el suyo por cortesía. Ellos piensan —a sí y a sus mulas—<sup>238</sup> que les da honor y estimación ir una vara del suelo altos, como si al hombre bajo le engrandeciese el coche, que presume al ir con él dignidad y llegó a ella por mil indignidades.

¡Notable cosa! Con ser tantos los de Madrid, no tiene nadie coche. Mirarás al que va en uno de cuatro mulas y le envidias luego: es un paje o gentilhomme que va por su señor a Palacio. Verás otro y le envidias también. Pues le lleva al amigo de su dueño, o a su amiga; de modo que a los más que miras andar en ellos no son suyos. El amigo sufre mil desaires al que tiene coche por que le dé un lugar en la calle Mayor. Los que lo<sup>239</sup> llevan prestado no es suyo; los que lo tienen propio no les cabe un día en el año, por prestarle a los que ha menester. El acreedor, por un día que le prestó el deudor el coche alarga un mes el plazo. Verás cuán inconstante es en los más andar en él, y así, huyen de la gente yendo a pie; no porque se presuman dignos del coche, sino porque los que lo<sup>240</sup> vieron allí no los miren sin él.

Considera cuántos van al Prado. Pues más caro les sale que a ti: el papelista no lleva derechos al litigante que le prestó el coche; el marido deja visitando a su mujer al dueño por irse él a pacer al Prado; el amigo es esclavo del señor del coche, que ha de ir adonde el otro gustare; y aunque sea hombre bajo le dará el mejor lugar, no por honrarle, sino porque yendo en el inferior le juzguen señor del coche. Y notarás que, en abordando el de alguna dama, lo primero es que se sirva de su coche. De suerte que miras a muchos en ellos

233.- Es decir: era fea en todo y por partes.

234.- Frívolas, inconstantes.

235.- Muchos autores de la época burlaban del modo en que los vascos se expresaban en lengua castellana.

236.- El hielo se conservaba en pozos y de allí se trasladaba a la ciudad en carros.

237.- Adinerado.

238.- 'Pensar' también vale por 'dar pienso al animal'.

239.- Suplo 'lo' (21v).

240.- Orig.: 'lo' (21v).

y son tan cocheros sentados en la almohada como los montados en la silla. En saliendo se esconden, y les parece han de morir luego, como el pez fuera de su centro. Gente — como dice el ingeniosísimo Luis Vélez— que se va al Infierno en coche y en alma.<sup>241</sup> Uno déstos hacía testamento, y habiéndole ordenado con juicio, le perdió acordándose del coche, y mandó que, por escusar ataúd, le enterrasen en él.

Lo mismo sucede a los de a caballo. En esto de a caballo pierdo los estribos. Hombre hay que en todas las caballerizas de la Corte tiene el suyo, y se va al Prado con el mismo desenfado que si lo fuera, consolado con que alguno presumirá lo es: no hay acción más mormurada. No diré envidiada, que no hay nadie tan desvalido que no tenga algún amigo con caballo, bien que ya no hay quien lo traiga sino médicos y cirujanos, a quienes he de dar un remedio, ya que se me han venido sin llamarlos, para defensa de su crédito, que como es malo no le curan, y es que hagan tocar a vivo como a muerto, porque dando campanada en la muerte lo oye todo el lugar, y en la enfermedad sólo el que sanó.

Tenía coche mañana y tarde doña Vitruvia. Apenas entraba alguno en su casa cuando a tormentos le pedían para aloja la que barría, y para dulce la dueña. Y no piden detrás de la señora nunca, porque entonces está fácil negarlo, sino delante della, por que lo conceda la vergüenza de negarlo. A doña Vitruvia, pues, llevó Casilda, su doncella de labor, un recaudo<sup>242</sup> de parte de un canónigo que suplicaba la permisión de besalla la mano, y añadió traía mula con gualdrapa y sombrero de castor. Respondió Vitruvia:

—Dile espere un poco su merced en tanto me compongo con mis vestidos, que estoy reñida con ellos.

Dio el recaudo Casilda. El canónigo aguardó un rato —que se le hizo ratón—, y, enfadado, decía:

—A un hombre como yo, que suele estar tan reverendo con una capa de coro,<sup>243</sup> no podrán hacelle aguardar.

El pensó estaba en su casa, y sin más tiempo se fue del coro al caño.<sup>244</sup> Era tan gordo, que cualquier lugar que ocupase podía llamarse El Gordo.<sup>245</sup> Llegó una silla Casilda: sentose y no cupo en ella. Riose la Casilda, diciendo que iría por una de borrenes.<sup>246</sup> El canónigo, ignorante, lo era de qué fuese la silla de borrenes, y dijo a doña Vitruvia:

—Si tan entendida es la criada, ¡cuál será la señora ama!

Con ser tan pesado y grave, no era hombre de asiento, pues no le hubo como para él en toda la sala. Dijo la Vitruvia en voz sumisa:

—Con toda su gordura, pues no hay silla que le venga al señor canónigo, tráiganle una albarda.

241.- ‘—Acompañame a reír de aquel marido y mujer, tan amigos de coche, que todo lo que habían de gastar en vestir, calzar y componer su casa lo han empleado en aquel que está sin caballos ahora, y comen y cenan y duermen dentro de él, sin que hayan salido de su reclusión, ni aun para las necesidades corporales, en cuatro años que ha que le compraron... — Ésos —dijo don Cleofás— se han de ir al infierno en coche y en alma’ (Luis Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo*, Tranco II).

242.- Recado, mensaje.

243.- En las iglesias principales, la zona con sillas de madera ricamente labrada a ambos lados en que se sientan los canónigos.

244.- De una cosa a la otra, como ‘de la Ceca a la Meca’. Aquí se entiende que entró en el estrado, la habitación en que la señora de la casa recibía las visitas. La gracia del trabalenguas reside en que fácilmente puede pronunciarse ‘coño’.

245.- Pueblo de la prov. de Toledo.

246.- Silla de borrenes: protuberancias rellenas de borra para recoger bien al jinete en la monta a la brida.

El canónigo, aunque lo oyó, se rió, diciendo:

—Propio es de damas honrar a sus capellanes. Por la misericordia de Dios yo me trato tan bien<sup>247</sup> que muestra mi buena presencia el que tengo en mi casa. Mándeme llamar una criada.

La tercera vino más cierta que quartana,<sup>248</sup> imaginando la llamaba alguna capitulación de medias de seda. No<sup>249</sup> fue como lo pensó, porque la dijo:

—Pregunte uced a mi lacayo si subirá la mula por las escaleras, que allí haré la visita de portante.

—¡Ay señor! —respondió Vitruvia— Siéntese a mi lado despacio.

El canónigo lo hizo apriesa. Considere el discreto lector qué parecería hecho dama de un estrado: parecería al dios Baco presidente de una vendimia, o un rector de un colegio de ganapanes.<sup>250</sup> Preguntóle doña Vitruvia al canónigo cómo se llamaba de nombre propio. El canónigo no le paró la pregunta,<sup>251</sup> y barajó la conversación diciendo:

—¡Cierto que es uced brava moza!

Volvió Vitruvia luego a repetir la pregunta. ¡Oh necedad de necedades! Mil veces en todas las cosas, así de poco como de mucho momento, la curiosidad del indiscreto quiere saber lo que el otro no decir; y no sólo se fía en preguntarlo, sino aunque le desatiendan porfía. Así doña Vitruvia, salía con la suya a buscar la necedad de el canónigo preguntándole cómo se llamaba. El otro no se viera en aflicción igual aunque le pusieran en alguna de gastar quinientos escudos que llevaba en la faltriquera, pues se gastó tanto de la pregunta, que habiendo entrado en aquella casa como un mastín de ganado, como de perdido salió galgo, ya que no en lo robusto, en lo ligero. Acosado de la pregunta, respondió:

—Pardiez, señora nuestra ama! Que desde niño tuve a coadjutoría<sup>252</sup> el canonicato, y siéndolo, me llamaban «canoniguillo», «mancebo canónigo»..., y grande, «señor canónigo».

Volvió Vitruvia:

—No sea uced, señor canónigo, descortés con mi pregunta: mándela sentar diciéndome su nombre, que aún se está en pie.

Impelido el canónigo del aprieto, respondió:

—Señora mía, su pregunta es tan grosera y gorda que no la viene silla alguna: tráiganla una de borrenes o pónganla una albarda o súbanla en<sup>253</sup> mi mula o siéntese a mi lado, porque yo me llamo «señor canónigo» por mar y por tierra.

Quebróseles en esto el hilo de la conversación, hasta que lo anudó el canónigo, diciendo:

—¡Buen tiempo hace! Y si llueve, ha de ser un año de gran cosecha, y a no tenerme aquí un pleito con el colector del subsidio valieran algo mis salvados.

247.— Orig.: 'tambien' (23v).

248.— Fiebre que recrecer cada cuatro días.

249.— Suplo 'no' (23v).

250.— Mozos de carga. En el estrado, sólo las damas se sentaban sobre los cojines o alfombras; los caballeros usaban las sillas.

251.— Rechazó el envite. En el juego, 'parar' valía 'apostar'.

252.— Dignidad eclesiástica asignada con derecho de sucesión.

253.— Suplo 'en' (24v).

La buena doña Vitruvia le seguía el humor alargando la mano para tomar un poco de tabaco de una tabaquera de oro que el canónigo había sacado en causa propia, a quien Vitruvia metió en su poder; y aunque era la tabaquera muy lucida, se tomó luego por el orín.<sup>254</sup>

En esto estaban cuando atronaban la calle las voces de un cajero<sup>255</sup> pregonando hilo blanco de León<sup>256</sup> y puntas<sup>257</sup> de Flandes. Dio el rayo del trueno en el canónigo, pues no fue necesario mandar a Casilda llamase al cajero, que ellos se saben las casas y se entran como llamados. Comenzó la dama a escoger puntas en caja como peras en banasta.<sup>258</sup> El canónigo estuvo por recogerse, mas no se atrevía. Y es el desacierto mayor que hacen los hombres, cuando hay peligro de gastar, no huirle, porque no sé yo cuál sea más vergüenza: la que se padece en no dar dinero entonces o la que se siente de haberlo gastado después.

A él le encajaron veinte varas de puntas que valían cincuenta escudos. Y es la más ignorante malicia — o la ignorancia más maliciosa de algunas mujeres— que estando con algún hombre de cuenta no tienen perdón y les parece delito pedirle poco, porque quieren presumir se ofende el otro de que le piden niñerías y no le parecen sino hombrerías; de modo que no piden como quien pide, sino como a quien piden. Conque será forzoso decirlas lo que al otro filósofo cuando pidió al rey un talento, que le respondió: «No es dádiva para un filósofo». «Pues dame una dracma,<sup>259</sup> respondió el filósofo, y replicole: «No es una dádiva de un rey».

De donde infero no ignore alguna que al más estirado caballero, así señor como de otra grada, no le pesa de que le pidan como quien pide. No así doña Vitruvia: tomó veinte varas de puntas de Flandes por quienes pudo decirse «Ya no hay más Flandes».<sup>260</sup> Pasó adelante, y el cajero descubrió el hilo y Vitruvia la hilaza,<sup>261</sup> pues la bergante de la criada de casa, que se quedó en la calle, ocho medejas tomó de hilo blanco de León, y tomándolas del cajero, quedó el canónigo desmadejado. No sintió tanto el canónigo pagar el hilo como considerar que la criada se fuese a la deshilada habiéndose estado allí. Casi se descompusiera el canónigo con doña Vitruvia, a no resistirle su compostura. Acusábase el canónigo de la rebeldía de la dama, porque le decía:

—Agora estamos muy al principio.

—No estamos sino al fin —dijo el canónigo—, que a quien ha dado su dinero cuéntenle entre los finados.

A todo satisfizo Vitruvia con buenas palabras, mas él se mesaba y decía había de sacar sus puntas aunque fuese a punta de lanza, y que qué modo era de proceder hacer burla de las gentes; que aunque en su cara parecía de Sierra Nevada, en sus manos, de Sierra Morena. Doña Vitruvia le acordaba la modestia que debía tener, y el otro le respondía que aquellas advertencias eran muy buenas antes de pagar las puntas. Irritado, la asió de los cabellos. Doña Vitruvia, como vio que andaban al pelo, consintió en la paz por que el otro

254.— Se oxidó.

255.— Vendedor ambulante.

256.— Lyon.

257.— Puntillas.

258.— Cesta.

259.— Medida de peso en las boticas. Era la octava parte de una onza, y una libra tenía 16 onzas.

260.— Expresión para ponderar la excelencia de algo: 'No puede pedirse más'

261.— Intención oculta.



saliese de su dinero a salvo. Mitigaron las porfías y quedaron los dos muy amigos. Despidiose y bajó a buscar su mula: no la halló, por haberla el lacayo prestado a un médico para una visita. Saliose a pie el canónigo, y dijo muy afligido:

—Habreme de embozar por que no me conozcan.

Lamentábase, diciendo:

—Un hombre como yo se va a su casa por su pie!

¡Como si no fuera en los suyos a caballo! Embozose, como solía andar don Pascual,<sup>262</sup> y al pasar por la Puerta del Sol se asombró mirando al médico en su mula, y dijo:

—De la mano a la boca hay peligro; no en vano quería yo hacer a caballo la visita.

Burlarás estos desatinos como míos, y deste buen canónigo como inverisímiles. ¡Pues mayores suele motivar la lascivia! No me dejará mentir la mentira de la gentilidad, exclamando las femeniles acciones de Alcides<sup>263</sup> haciendo labor en un estrado entre doncellas. Esto y aquello no es verdad. Tan indecentes son nuestras acciones, que andamos buscando la mentira por no afrentarnos con la verdad. Sentose en la almohada del estrado este necio. ¡Oh, cuántos no lo son y se sientan! Mas al que le acontece sentarse en la almohada<sup>264</sup> despacio, denle una almohadilla como a Hércules.

## PELIGRO III

### DE NOCHE

**S**ON beldades lechuzas<sup>265</sup> algunas de la república de quien hablo: unas plebeyas, otras tribunas, porque andan siempre en tribunales. Hay entre estas bellezas desigualdades, razón de estado y pretensiones, y maldicen las unas de otras como si fuéramos justos. Es la religión de las damas la viudez y son las peores de todas, porque, vestidas a lo mojigato con mucha propiedad, su castidad lasciva Venus hipócrita es.<sup>266</sup> Saben hacer su negocio las viudas mejor que un escribano de provincia, y comen mejores bocados que un regidor.

Destá calidad y pretextos se derivaba doña Balista<sup>267</sup> Hurtado de Mendoza —que a este apellido ella se fue por su pie ya que tenía<sup>268</sup> doce años, porque el de pila fue Lucía Pe-

262.– Personaje bufonesco en el Madrid de la época: 'Ese que... andaba cubierta la cabeza con la capa, sin sombrero, en traje de profeta, por esas calles' (Luis Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo*, Tranco III). Parece ser que se llamaba Pascual de la Corte y Vinorre.

263.– Durante su estancia con la reina Onfalia de Lidia, Hércules hilaba y bordaba junto a las doncellas de la reina.

264.– El pequeño cojín que usa la bordadora.

265.– Busconas nocturnas.

266.– De un romance de Góngora: 'Ámbar espira el vestido / del blanco jazmín, de aquel / cuya castidad lasciva / Venus hipócrita es'.

267.– Ballesta, en latín vulgar.

268.– Cuando cumplió.

llejero—; viuda muy honrada —aunque decían había dos años estaba casada con un don Crispín de Mata: estaba don Crispín en una comisión que doña Balista le había granjeado por favor—; la más reverenda de la viudez casada y descasada, porque nunca estaba en casa. Son de natural las viudas más andaderas que una de monjas,<sup>269</sup> y si se pican andan hasta que se pierden. No lo hacen ellas de continuo por amor de aquella negra<sup>270</sup> honra de la toca blanca y hábito negro, que de su condición no hay padre procurador que se las compare.

Hermosa como muchas, discreta como pocas, recatada como algunas y vana como todas; limpia —aunque no de manos—, ágil como un volatín, alegre como quien ha comido, no era nada boba —ya se ve, pues no quería casarse de veras—; corta edad, larga malicia, la niña más muerta por merendar que se hallaba en las niñerías, y de ir por julio al río que era cosa perdida. Más cuartos tenía descuartizados con meriendas que el verdugo en malhechores; y autoridad con muchas amigas, porque, de ordinario o de correo, no le faltaba coche. Salía en anocheciendo —que, de vergonzosa, no andaba de día—, y como era viuda, la servía la noche de tocas y luto.

Hallábanse en Balista todas las desenvolturas que aborrece el honrado en la mujer propia y apetece en la ajena. Vivía un cuarto bajo, que no puede faltarle a una belleza introducida<sup>271</sup> por mil congruencias: si hay alhajas se ven, y a los del tercio viejo no les está mal una sala baja, porque se les evitan tantas leguas cuantas escaleras hay hasta llegar al lugar. Un cuarto bajo enseña el espejo, la pintura, el estrado y la curiosidad de preguntar quién lo vive; que todo lleva su<sup>272</sup> cuenta, aunque no su razón. Bien como los oficiales<sup>273</sup> que tejen en los reposteros<sup>274</sup> las armas de sus oficios y les sirve de orla aquello de «sillero del rey», «pellejero de la reina», «guantero del rey», «boticario de la reina», «herrador de su alteza»... —que, como la palabra de el rey augusta es, la miel a la hiel que llegue la hace dulce—, así de doña Balista, el cuarto bajo era su mayor altura. En él tenía pintada a toda la invencible Casa de Austria: a Su Magestad, al Príncipe nuestro señor, a los serenísimos señores infantes Cardenal<sup>275</sup> y don Carlos, y por no cansar en esto ni hacer a nadie agravio, a toda la prole regia, demás que aunque yo no contara alguno en la real familia no fuera culpa mía, sino de doña Balista en no haberle pintado.

Amiga de ver comedias no en cazuela,<sup>276</sup> sino en puchero, que es lo mismo que en aposento:<sup>277</sup> última desdicha nuestra y miseria general de los hombres —en todos los discursos míos no hablaré de veras sino en éste, ni exclamaré con más razón—, que hemos de satisfacer con el gasto propio el gusto ajeno. ¡Y que, siendo los martillos que damos, haya-

269.- En los conventos, se llamaba 'andadera' a la mujer que les hacía los recados en el exterior.

270.- Infausta, maldita.

271.- Orig.: 'inroducida' (28r).

272.- Orig.: 'so' (28v).

273.- Operarios. Aquí, bordadores.

274.- Paños bordados con al armas del personaje. En los desplazamientos, solían ponerse sobre los arcones que portaban las caballerías.

275.- El Cardenal-infante don Fernando, hermano del Rey. Felipe IV tuvo 7 hijos de su primer matrimonio, pero el príncipe heredero Baltasar Carlos falleció en 1646. Del segundo matrimonio (1647, con su sobrina Mariana de Austria) resultó Carlos, el último de los Austrias españoles. María Teresa, una de las hijas de Felipe IV, casó con Luis XIV de Francia. Felipe, nieto suyo, fue Felipe V de España.

276.- El espacio frente a la escena, en el patio, que era donde se situaban las mujeres.

277.- Palco.

mos de ser también los yunques! En considerando esto me despulso. En otro periodo lo he gemido y he de plañirlo<sup>278</sup> en éste, que menos causa tuvo Artemisia;<sup>279</sup> y he de clamorearlo más que la noche de los difuntos y en peso<sup>280</sup> la noche toda, como las campanas de Zamora, por ver si al son de mis quejas hago danzar a los necios que han seguido el de ellas.

Ha llegado la codicia a tan postrera esencia, que tienen por azar y agüero algunas damas, más que si oyeran<sup>281</sup> graznar a un cuervo sobre su tejado, entrar un hombre en su casa sin que las dé algo; y particularmente si es lunes y no pica el anzuelo, es para ellas el más aciago martes. Vaya alguno a visitar alguna dama lunes y no provea su petición y lo echarán por un balcón abajo no llevando dineros; que si los trae, nudos que no desató la lengua disolverán las manos. ¡Rara cosa esta discreción del pedir! Ninguna necia la ha ignorado; esta necesidad del pedir todas las discretas la han cometido. ¡Ah codicia torpe, que excedes los límites de la necesidad, más engañas que satisfaces! Mayor agüero es, para el que dio, el dar, que el negar a quien lo pidió.

Dicen que del dar depende el valor, la sangre y las prendas. Tienen razón; mas no tienen uso de razón, que es lo mismo que no tenerla no saber usarla. Si lo advierte la prudencia, es la liberalidad la gloria más grande, la más gloriosa grandeza de un ánimo heroico: con todas las prendas, sin ella es nada; sin todas las partes, con ella es mucho. No está la liberalidad en dar mucho, como la virtud del callar en no hablar nunca, y de la templanza en no comer jamás: está la liberalidad en saber cuándo y cuánto se ha de dar, como la virtud del silencio en cuándo ha de tenerse, y la de la templanza en cuándo y de cuánto se ha de abstener. Pide una dama un exceso, no le ejecuta la prodigalidad, claman luego: «¡Oh miseria! ¡Oh miseria!» No es tal: acaso le será imposible al que da mayor demostración. Si es prodigalidad obrar lo que se pide, tan culpable es como la miseria. Si tú pides un aposento pudiendo y debiendo irte a la cazuela, y te lleva allá y no al aposento, no es miserable, sino cuerdo y liberal, y no avariento ni pródigo. Así que todas las cosas tienen su modo y ciertos fines y términos; que en pasándolos<sup>282</sup> acá o allá no puede consistir lo recto y lo bueno.

Mas dirán algunas damas: «Ese discurso menguado,<sup>283</sup> no lo fuera cuando dieran los hombres lo que ponderan, pero no nos ponen una parte de lo que cacarean». Respondo: es tanta la codicia, que aunque cada dádiva montara la hacienda del rey Creso no se tuviera en su ambicioso conceto por más suma de lo que ahora presumen. Y así, piden como quien no lo ha de gastar, ni saben qué es haberlo gastado. Si de el dar dinero se originara parecer un hombre liberal y cortesano, aconsejara se diese; mas es la malicia tan insolente, que al mismo que lo gastó le burla y escarnece como si no lo gastara: la vez que gastó mucho, de vano; la que poco, de avaro. Y aunque se diera tanto como se pide, nunca queda igualada la dádiva con el deseo: unas veces porque no se dio tanto como se pidió, otras

278.- Orig.: 'planirlo' (29r).

279.- Debe referirse al asunto de Troya, en que se implicaron los dioses. Artemisa favorecía a los troyanos.

280.- Del todo, enteramente. Los versos 'En peso la noche toda / sin cesar clamorearon / las campanas de Zamora / por la muerte de don Sancho' serían de algún romance sobre el cerco de la ciudad y muerte del rey de Castilla (Calderón de la Barca, entremés de *Las jácaras*).

281.- Orig.: 'oyera' (29r).

282.- Orig.: 'passandolas' (30r).

283.- Escaso, avariento.

porque se niega para eximirse de la obligación. Pues si el que da está en tal vil crédito como el que no da, no dé, o dé poco, y ganará su dinero, ya que pierde su crédito.

Yo prometí conferir esta proposición en otro discurso.<sup>284</sup> Discúlpeme la observancia de haber cumplido mi palabra, si no he podido con mi obligación. Esta digresión no he<sup>285</sup> podido huirla, y agrádecaseme no digo círculo ni episodio, porque es el tema de mi asunto. Y vuélvome a mis burlas, que en este tiempo no puede ningún hombre honrado hablar de veras sin ser odioso. Conque deje el sermón — que cualquier libro lo es, y cualquier sermón libro —, mas no mi tema, que he de volver a ella como un predicador y como un loco.

Moza amiga de ver comedias no en cazuela, sino en puchero, que es lo mismo que en aposento, y a fe que si saliera el dinero de su banco ella se sentara en uno del patio, aunque atropellara la novedad. No se había visto tal sagacidad como la de doña Balista: era más astuta que pintan a la raposa las fábulas de Isopo,<sup>286</sup> y que una suerte larga<sup>287</sup> de un fullero.

En esto de fullero es menester tiento, porque con ellos quiero solamente barajar y no reñir; que antes era serlo deshonra, y agora lo es no serlo y no parecerlo.

En una correría que hacía doña Balista desde su casa por la calle de Atocha, tanta era su compostura, que, como si fuera de día, no salía della sin cubrirse el manto de la noche. Pillaba a sus amigos como si fueran enemigos. ¿Quién oyó de dama tan nuevo género de cortesía? El mismo que la visitaba la pagaba la visita sin deberle ninguna. Otras noches solía llevar a su plaza, de la de la Corte, los ducientos y trescientos reales, y tal vez tan rica de despojos, que había menester un bagaje.<sup>288</sup> Otras veces solía emboscarse junto a la Puerta del Sol, retirada en lo sagrado de aquellos templos,<sup>289</sup> y en descubriendo alguno era muy cortés: luego le salía a recibir su dinero, y si no llegaba<sup>290</sup> al trato grueso<sup>291</sup> se lo daba de cuerda<sup>292</sup> pidiéndole limosna; que algunas son más importunas que un pobre y más porfiadas que una mosca, por la que el otro lleva en la faltriquera.<sup>293</sup> Más hombres tenía enredados por aquella Red de San Luis<sup>294</sup> que peces una en un charco. Un lindo<sup>295</sup> y un valiente tenían a todas horas letra abierta en la puerta de su casa.

En dos horas de noche solía doña Balista rondar toda la Corte, tan ligera en sus pies como en su pensamiento, sin que la calleja menor diese quejas de su gravedad: tanta era su llaneza, a todo lo igualaba. La variedad de casos que a esta dama le sucedieron son tales que no se pueden ajustar. Reparó la ronda en que Balista y la noche salían en yéndose el

284.- Lo hizo en el Peligro II.

285.- Suplo 'he' (31r).

286.- Esopo.

287.- En el juego, serie de manos ganadoras.

288.- Acémila, animal de carga.

289.- Había varias iglesias y conventos en aquella zona: San Felipe (con sus famosas gradas), la Victoria, El Buen Suceso, el Carmen...

290.- Orig.: 'lleuaua' (31v).

291.- Comercio al por mayor.

292.- El tomento de la cuerda consistía en atar al reo las manos a la espalda y luego alzarlo varios centímetros sobre el suelo.

293.- Orig.: 'faltiquera' (32r).

294.- 'Red' se llamaba a la plaza en que confluían varias calles. En la zona indicada estaba la iglesia de San Luis Obispo y hoy confluyen las calles de Fuencarral, Hortaleza y Montera.

295.- Hombre presumido y en exceso acicalado.

día, y así, no sólo llegó a mis oídos para escribirlo, sino a los de un alcalde, que la dio —por ser viuda— reverendas doce leguas fuera de la Corte, y que allá se ordenase en lo que fuese servida con que dentro de ocho años estuviese norabuena, pero fuera de Madrid; y, de no hacerlo, sería para ella el día que la encontrasen, aunque fuese lunes, jueves de disciplina. Desobedeció el destierro, y una noche, por haberla delatado una grande amiga suya, la encontraron, y la benignidad de la justicia la metió monja en un convento que hay en Madrid frente del Hospital General.<sup>296</sup> Consolose con que iba limpia a la recolección, pues por no ponerse de lodo, a cualquier inmundicia había alzado sus faldas.

La obscuridad es incentivo casi para errar. Bien que aun el que tropieza de día, como ciego, anda a oscuras las noches de verano claras, y no teniendo cuidado con el juicio se aluna como el cielo; que las del diciembre son menos ocasionadas, si no es para los peligros de un galanteo mayores, de amantes que solicitan no sólo la obscuridad, sino la tempestad de la noche. No son pasos de riesgos menores éstos, que si no los desengaña la codicia de a quien se sirve, les suele atajar un balazo.

## PELIGRO V DE EL TRAPO<sup>297</sup>

LOS tiempos que voy interpolando entre los peligros que refiero de cada diálogo son infinitos. Sólo intento atender a los dignos de memoria, ya que en mí no puedan<sup>298</sup> ser de entendimiento; que con esta máxima de entrar confesando la indignidad, en todas las empresas y asuntos se hacen y dicen en el mundo mil desatinos, y así, ¡cuidado con el que intentare algo! La confesión de la indignidad si no cumplió le sirva de otra necesidad y no de disculpa, porque el mundo está lleno de trampas, y en conociéndose la solapa no hay escapatoria. Esto es como los que dicen mal de los críticos y hablan ellos armenio. Dicen que se valen del Calepino,<sup>299</sup> poniendo todas las locuciones latinas en lugar de castellanas como «pira le erige, y le construye muro»,<sup>300</sup> y abominan la cultura diciendo mil chanzas a los que la escriben. Como han mormurado de los críticos aunque ellos escriban caldeo, nadie se atreve a pensar sino que sus escritos son muy llanos

296.— El Convento de Santa María Magdalena (las 'Recoletas' o las 'Recogidas') estuvo en la calle de Atocha (derribado en 1836). Con el mismo nombre se fundó en 1623 una casa de reclusión de mujeres en la calle Hortaleza.

297.— O 'el Trapillo'. Romería que se celebraba el 25 de abril y que se dirigía a la ermita de San Marcos saliendo por la Puerta de Fuencarral.

298.— Orig.: 'pudan' (33r).

299.— Ambrosio Calepino escribió un voluminoso diccionario latino-italiano.

300.— Otra vez las *Soledades* de Góngora: 'La aromática selva penetraste / que al pájaro de Arabia... / ... / pira le erige, y le construye nido.'

y castellanos,<sup>301</sup> murmurando luego al portentoso y inimitable don Luis de Góngora, que fue el suyo<sup>302</sup> manuducción<sup>303</sup> y norma<sup>304</sup> de los númenes cultos.

Así que para cometer el vicio evitando la sospecha de que se comete no hacen los hombres sino abominarle. Uno dice: «El señor Fulano es hombre de gran verdad» —y por no decirlo él le compara a un mentiroso—,<sup>305</sup> y añade luego: «No hay cosa tan aborrecible a un hombre honrado como no tratar verdad», y tratará él en mercaderías. ¡Miren cómo la dirá! El que le escucha maldecir al vicio le tiene por un santo y observante de aquella virtud, y así, en todas las cosas del mundo, ¡advertencia en lo que dice y hace cada uno, para que la contratreta del yerro pase por lo que es, y no por escusa de lo que palia! Así, yo el primero, la confesión de mi indignidad solicitaba por resguardo de mis disparates: investigue y penetre el entendido.

El discurso del Trapo es un peligro donde le hay grande de apurar en el tiempo precioso el dinero y la paciencia. Particularmente al que tuviere un resabio de mentecato le pondrán, con un enredo doble, hecho un simple. Cuatro mujeres en coche, tapadas de medio ojo, harán más trampas que un caballero hijo segundo.

A cuatro camaradas cupo por suerte coche una tarde del Trapo. Entró en él la primera, que llevaba una giba poderosa —que por serlo tanto la he de mormurar a las espaldas—, y por disimular algo aquélla tenía en los pechos otra; de modo que por guardar el espaldar llevaba peto.<sup>306</sup> Otra compañera subió de la misma calidad y inclinación. Otra había habíase bautizado sesenta años y quería desbautizar a los otros. Entró la última, con pocos años, mas con mucha nariz, y tan salida de mejillas, que parecía tenía tres narices. Ésta era tuerta en lo que hacía, y particularmente de un ojo; había sido mesonera siendo muy niña, y ya estaba casada con un despensero de un señor. Era esta cuarta Ana Cordera, que allá en El Prado se llamaba doña Ana León.

Esta cuatrinca condujo su coche aquel día de Madrid memorable que llaman los hijos de vecino «El Trapo» al concurso de los otros, donde hay tantas damas que son acreedoras de nuestro dinero. El primer encuentro fue con un italiano: asomando una tapada la cabeza, le llenó el ojo y comenzó a hablar un don Lelio en italiano como un portugués.<sup>307</sup> No oí lo que dijo, sólo supe le había una respondido: «Guarde Dios a usted por el favor», y que el don Lelio se fue de allá a convalecer de no haberle llamado «señoría».<sup>308</sup>

Confinó luego el coche destas damas con un caballero, postizo como cabellera, que iba en uno de dos mulas flacas, y tan ancho y fuera de sí, que parecía se quería salir de el coche. Disimulársele puede al que lleva seis mulas la escasez de mirar y la imitación de algún señor asido a una columna de su coche, que pagará antes que mire enteramente;<sup>309</sup> mas que un don Novel —don entre los que se han menester— vaya con más gravedad que un Pro-

301.— Orig.: 'Costellanos' (33v).

302.— Su numen, su inspiración poética.

303.— Guía.

304.— Orig.: 'inorma' (33v).

305.— Orig.: 'mentitoso' (33v).

306.— Peto y espaldar eran las dos partes de la coraza.

307.— Los portugueses tenían fama de enamoradizos y melindrosos en el hablar.

308.— El tratamiento de respeto en Italia.

309.— De frente.

vincial a un capítulo no puede tolerarse. Es verdad —aconsejaron los filósofos— que al sabio no había de fatigarle ni inquietarle el ánimo las impropiedades ajenas. ¿Qué importa a tu cuidado ande el otro despacio o apriesa, que el otro se ría mucho o calle siempre, que mire sobre el hombro o a medio lado, que le quitase el sombrero o no? Pues tú, que sentías sus defectos, ¿los padecías, y no él, que los tenía? Mas yo respondo que por decir se sienten no le cortan a nadie pierna ni brazo, y con este achaque se mormuran; que tan como natural es enfadar los defectos ajenos, que es más trabajo vencer el impulso de no decir que se sienten, mormurándolos, que sentirlos verdaderamente.

Iba don Leandro tan como le pinto, y vano, que parecía bostezaba con todo el cuerpo, mas yo le hacía cruces.<sup>310</sup> Llegose a doña Ana y le dijo, como quien no se lo decía o como quien habla de cosa hecha:

—¡Gran riqueza, pues tanto se nos niega!

No le habló la del estribo palabra. De verdad, suele ser afectación de algunas no hablarla, o decir no tienen permiso de hablar en la publicidad; con eso al necio le hacen creer dos cosas: que hay quien haga<sup>311</sup> caso dellas, y que ellas, de firmes o atentas, no quieren disgustar a quien las sirve. Volvió don Leandro:

—Pues no soy enemigo de ucedes, ¿por qué me niegan el habla?<sup>312</sup> Con más ocasión podía faltar a quien muere por ese garbo.

Habíalas enfadado a todas el don Leandro, pues por que supiesen se llamaba «don» había dicho: «¡Por vida de don Leandro que son muy buenas mozas!». Habláronle recordando la fábula de Hero, y él dijo que con la inclinación que tenía a doña Ana, había sido enana la de Leandro el de Abido.<sup>313</sup>

Tres coches había interpuestos que dificultaron el paso a unos tablilleros para llegar a los de los amantes, mas no dejaron de meterse por debajo hasta llegar a gatas. Tomaron las damas, sin ofrecérselas, cien tablillas, y dijo don Leandro:

—¡Tanta tablilla basta para entablar todos los negocios del mundo!

Respondiole una que cada tablilla de aquellas le hacía con ellas privilegiado. Don Leandro era el más miserable avariento, y nada temía menos que el gastar —Lector amigo, aunque seas pobre júzgate más rico que un avaro: tan dificultoso le es al avariento gastar lo que tiene como a ti lo que no tienes—. Por esa causa no se alteró don Leandro tomasen las otras toda la caja del tablillero, porque sabía que no las había de pagar.

Una alargó la mano y le favoreció con dos tablillas. Ellas comían y callaban, él hablaba y comía; pero presumiendo era don Leandro el pagador de las tablillas estaba la paga en calma, hasta que el tablillero dijo:

—Esta hacienda ¿es de gracia? ¿Quién paga?

Dijo doña Ana:

—El señor don Leandro tiene tanta que es caballero de gracia<sup>314</sup> y lo dará.

Acudió pronto don Leandro:

310.— Era costumbre de la época santiguarse cuando se veía bostezar a otro.

311.— Orig.: 'hago' (35v).

312.— Orig.: 'hahla' (36r).

313.— Leandro cruzaba a nado el Helesponto para verse con su amada Hero.

314.— Así se apodaba en la Corte al italiano Jacobo de Grattis, que llegó a Madrid como secretario del Nuncio Apostólico, realizó varias fundaciones y falleció con fama de caritativo.

—No dará tal; que pues tengo tanta gracia no seré tan desgraciado que lo pague.

Mandando volar al cochero, con más agonía que si las hubiera pagado, iba diciendo:

—¿Pensaban las señoras tapadas que en El Trapillo se le habían en mí hallado con dineros?<sup>315</sup> ¡Lindas gracias! Andaos a comprallas hoy un millar de tablillas y no tendréis qué comer mañana. ¡A otro güeso con ese perro!<sup>316</sup> Pues lo roen, que lo paguen.

Las damas no llevaban un ceutí,<sup>317</sup> y las tablillas parecía que se las habían comido por ensalmo: todo era una cosa entrando por su boca. El tabllero se desgañitaba por su dinero: viéronse perdidas; aunque le proponían la necesidad en que se hallaban y que dineros o tablillas no dejarían de caer en cayendo la tarde, nada bastaba. Conocía una dellas a una prima de don Álvaro, un caballero que se miraba desde su coche, y en nombre de ella envió al tabllero con que dijese había su prima tomado aquellas tablillas, que las pagase. A don Álvaro le había sucedido este enredo mil veces, y estaba indeterminable; bien que, aun averiguando en el semblante del tabllero la chanza, le pagó por que nadie llegase a su ánimo y volviese descontento, previniéndole el escarmiento con la liberalidad.

Fuese, y no volvió luego al coche de doña Ana, que presumía había perdido a su acreedor la confusión de los otros, hasta que de allí a media hora volvió a encontrarle. El tabllero negó la bizarría de don Álvaro, y las perseguía como al principio y las imputaba que en el ínterin que él se apartó se habían ellas escondido. Ya estas damas se alteraban poco —porque estaban llenas de tablillas—, y no sólo le satisfacieron las que habían tomado antes, sino que le vendieron un cuento de cuento<sup>318</sup> dellas.

Lo que dijeron de don Leandro no es creíble, pero la una se enamoró dél por el despejo con que mandó aguijar a su cochero. Instantáneamente igualó un coche de un caballero platero, diciéndolas:

—¡A fe son las tapadas de veinte y cinco quilates!

Respondió una:

—En alabanza no hay donde errar, que lo que afea la mentira dora la lisonja.

Don Eloy —que del platero era éste el nombre—, como oyó la respuesta en su lengua, refinó su voluntad diciendo:

—No hay lisonja donde tantas prendas tan bien<sup>319</sup> labradas como con buril.

Esto de hablar cada uno las voces de su ejercicio no lo propongo por nuevo; sólo lo refiero como cosa que sucedió así, ajustando los términos a la narración. Besáronle la mano por el favor que mostraba hacerlas, y últimamente añadió don Eloy ser cada diente de doña Ana un grano de perlas, por cuyo oriente no tendría asiento jamás, rogándola se sirviese de su voluntad y descubrir lo restante de la cara. La otra se celaba más y más cuanto deseaba el otro verla; que ella no quería destaparse por no descubrir la maraña.

¡Que cuatro micos alteren los humanos deseos! Para solicitar el arrepentimiento, ésta es regla general, y lo demás falencia: dama tapada de medio ojo es bizca o tuerta; la que continuamente vive enguantada es, en sus manos, guante de doña Negra y no de doña

315.— ‘Trapó’ valía también por ‘pañuelo’, y las mujeres solían llevar dineros en un pañuelo y esconderlo bajo las ropas.

316.— El Autor trastoca el refrán ‘A otro perro con ese hueso’, empleando ‘perro’ en la acepción de ‘engaño’ ya comentada.

317.— Moneda antigua y de bajo valor acuñada en Ceuta. Su equivalente en Castilla era la ‘blanca’.

318.— Un billón, pues ‘cuento’ se usaba por ‘millón’.

319.— Orig.: ‘tambien’ (38r).



Blanca —y es evidencia, porque la de buenas manos no hay caballo pisador que más revuelva a una y otra parte—; la que cubre con el abanillo la cara no tiene en ella perla, sino perlesía,<sup>320</sup> o el abano es muy fino. Estos son secretos de Naturaleza y es probado. No digo que la inclinación no se dirija a la mujer decentemente, sino que se incline a la hermosura perfecta, si se hallare.

Don Eloy dijo a doña Ana era la muestra muy buena, indicio de la belleza oculta. La tapada cabeceaba y se inquietaba discurriendo en darle ocasión de que mostrase sus afectos. Disculpó no descubrirse con que era mujer conocida —y tienen razón, que con la misma inocencia se condenan algunas—, que no la daban lugar sus atenciones a ser como las vulgares conversando particularmente con hombres en tanta publicidad. Don Eloy lo creyó y empezaron una conversación endemoniada, porque se hablaban familiarmente.<sup>321</sup> En esto dijo una en alta voz a doña Ana, sin que ella hubiese hablado palabra:

—No los he visto, niña.

Doña Ana entendió la deshecha, siguiendo el embuste. Don Eloy acudió luego a preguntar qué era aquello, y le dijeron:

—No es nada, no es nada.

¡Necio! ¡Si callaras y no volvieras a preguntar...! Pues para pedir algunas damas de merendar sin parecer demasía es treta hablar primero en secreto para obligar al inadvertido que lo ve que pregunte lo que decían, y salen luego con merienda o dulces o otra demanda semejante. No paró don Eloy: con mayor instancia volvió a preguntar lo que decían, hasta que otra le dijo, como que no se lo quería decir, era que a doña Ana se le habían caído unos guantes de plata pasada.<sup>322</sup> Don Eloy que tal escuchó, le pasaron el corazón y le hacía de las tripas. No pudo huir el golpe, y dijo:

—¡Jesús! ¿Esto le cuesta a mi señora doña Ana el cuidado de buscarlos? Mañana los tendrá en su casa. O, si gusta, luego.

Gustó luego doña Ana, y aun le pareció mañana; con lo cual envidó<sup>323</sup> de falso diez de a ocho don Eloy, pero le quisieron el envite. Tomó el dinero una criada, que se fingió de doña Ana, menos vieja que todas, por ser impropiedad la dama propia;<sup>324</sup> y no era sino que tenía las manos tales que, en viéndolas, no los tomara. Exageraron la bizarría de don Eloy diciéndole no querían preguntarle quién era porque era ofenderle, que sus acciones y proezas daban muestras del valor de su sangre. Con esto perdía don Eloy el juicio, porque no le había quedado otra cosa. Informáronle de la casa de doña Ana y se le ofreció por suya, que la noticia de la casa es el casamiento del deseo. Dispusieron volviesen a encontrarse los dos coches en un paraje señalado; con esto partieron, más alegre don Eloy que ellas.

Sucesivamente se acercó un coche de dos caballeros estudiantes, que se tiene dellos tan mal concepto, que aunque sean arcedianos de Toledo les desacredita el frontispicio de la loba.<sup>325</sup> Dicen algunas que por pobres: lo ordinario es eso, mas de verdad no es sino porque

320.— Enfermedad que produce temblores incontenibles. Se llamaba así a lo que hoy se llama enfermedad de Parkinson.

321.— Diablo 'familiar' era el que acompañaba y guiaba los actos de la persona. Su oponente era el ángel de la guarda.

322.— Guantes entretreídos con hilo de plata. El platero iba 'pasando' la plata por los distintos orificios de la hilera para reducir progresivamente el espesor.

323.— En el juego, 'ir de farol', simular que se tienen mejores cartas que el contrario.

324.— La dama en persona.

325.— Vestidura talar que llevaban los estudiantes y eclesiásticos

son menos necios que los otros y más difíciles de engañar. ¿Cuándo se vio en estudiante vileza, aunque sea de baja suerte? ¿Quién especuló ni obró con más atención y observancia su obligación que el estudiante? ¿Qué caballero de espada y capa supo serlo sin tener el ánimo con las letras culto, siquiera con los primeros rudimentos de la latinidad?

Dijo despejadamente don Diego a la del estribo:

—Vuesaced parece tan linda que no ha menester valerse de que nos prohíba el manto la cara para desear verla.

Respondió lo ordinario —y dicen la verdad afectando la mentira:

—Tapar la cara, como es mala, es conveniencia, no ceremonia.

Dijo don Esteban:

—Sola vuesaced podía decirlo.

Otra dijo.

—Bastaba ser licenciado para ser lisonjero.

Introdujeron ellas si se debía gastar con las mujeres, y respondió don Diego:

—Sí, señora. Según se gasta,<sup>326</sup> parece que se debe.

Volvió doña Ana con que el gastar era cosa precisa. Acudió don Esteban:

—No es sino necesaria.<sup>327</sup>

Ofendióse doña Ana del equívoco de don Esteban, y dijo, picada:

—Señor licenciado —que la plebe a un ganapán con sotana y a un obispo les da este nombre—, vusté pica con sus chanzas como cardo silvestre.

Respondiolla:

—Pues si soy cardo, ni se espante de que pique ni que me haga de pencas.<sup>328</sup>

Salió otra:

—¡Que en todo está el señor descolorido acuchillado<sup>329</sup> en Antón Martín!— que es un célebre hospital de Madrid donde se curan las enfermedades de Francia,<sup>330</sup> y son cogidas en España.

Díjola que con ellas había tenido mil pependencias. Aspábanse de escucharles chanzas, y los estudiantes cortesadamente, por dejarlas bien, mandaron partir al cochero.

Dijeron de los estudiantes cosas inauditas: que gente más perjudicial no tenía el mundo, que la malicia era hija de los licenciados... He referido los desatinos que las otras dijeron para reprobar la mayor ignorancia del mundo. El que hace memoria de lo que el otro me dijo en mi ausencia me hace el propio duplicando contándome lo que no se atrevió a decirme delante y diciéndome él presente; así que el agravio o la ofensa no la siento de quien no la oí, sino de quien la escuché. El discreto no necesita deste recuerdo, ni de otro que había en estos discursos; por eso dije en el prólogo que todos no lo eran.

«Bien haya don Eloy!», dijeron estas damas lamentándose de haberle engañado, porque le señalaron un puesto de donde habían de estar ellas media legua distante. ¡Qué propio es en el mundo, qué continuo, digo —porque es impropio—, a quien corresponde con sen-

326.— Se usa.

327.— Letrina.

328.— 'Hacerse de pencas' vale por negarse a lo que solicitado o debido; evitar implicarse en algo.

329.— Práctico, experimentado.

330.— Se llamaba 'mal francés' a la sífilis.

cillez engañarle y no conocer la burla hasta experimentar otra de otro! Así, estas damas gemían ya de haber engañado a don Eloy.

Vagaron media hora sin que pueda decir cosa notable —que ya sin que suceda nada dicen todos luego «¡cosa notable!» en la generalidad de las cosas—. En el entendido es grande enfermedad la admiración.

Igaló, últimamente, un coche con el suyo, donde iban un caballero mercader, un caballero escribano, un caballero barbero y cirujano y un caballero boticario. El uno hablaba sin medida, el otro dijo:

—Haya para todos, que nos harán causa de que llamamos estas damas.

El otro se las pelaba<sup>331</sup> por salir con la suya. El otro quiso picarse y meterse en una redoma<sup>332</sup> oyendo toser a una dama que tenía asma, por excusarse de ofrecella un lamedor.<sup>333</sup>

Díjolas el mercader:

—¡Cuidado en taparse con el manto cuando ata las cintas del suyo el día!

Respondió la una que hasta ser entrada la obscuridad no habían de pagar a la luz la patente. Acudió el barbero:

—Nunca llegará la obscuridad mientras, no recogándose ucedes, no se corran al día las cortinas.

—El señor maeso<sup>334</sup> es muy entendido— dijo doña Ana, y el barbero se deshacía de serlo.

Ya la noche había hecho señas de que callase al día, porque había puesto el dedo en su boca. Deslizáronse por Leganitos<sup>335</sup> a la plazuela de Santo Domingo. Recelaban la trampa de si llegaban a ser descubiertas por llevar a los cuatro perdigados,<sup>336</sup> que en habiéndolos burlado se asarían ellos mismos después. Doña Ana desterró a las otras sus cuidados: tenía reputación para un embeleco, y así, se consolaban con verla asegurada. Llegaron a una confitería y les pidieron colación.<sup>337</sup> Y eran mujeres que, aunque de día de ayuno no la habían hecho nunca, pedían colación en domingo de dulces como si fuera de capellanías,<sup>338</sup> que la presentación ya la tenían<sup>339</sup> en una confitería que miraban; y los otros, patronos de algunas, no pudieron o no supieron querer la retirada<sup>340</sup> de los dulces.

Y así, con todo bullicio, el boticario les cometió la elección, no el número de las onzas; antes se las recetó, mandando al confitero pesase doce onzas de dulces y seis dracmas de confites. El escribano le riñó la escasez, y trasudaba el boticario diciendo:

331.— Se pelaba las barbas, se desesperaba.

332.— Ampolla de vidrio y boca estrecha, como las que se usan en laboratorios.

333.— Caramelo medicinal.

334.— O 'maese': maestro, oficial especialista.

335.— Calle que continuaba un puente sobre una zona de huertas. En el entronque había una fuente que mencionan varios autores de la época.

336.— Destinados, señalados. El Autor tiene presente el uso recto de 'perdigar': poner la perdiz sobre las brasas antes de asarla; por eso 'asar' más adelante.

337.— Algo de capricho comestible: merienda, que en el caso de las damas venía a significar dulces. Aparte de esa cortesía, en la época se hacía un tentempié por la tarde en los días de ayuno.

338.— También se llamaba 'colación' la asignación de cargos eclesiásticos o universitarios; por eso se habla de 'presentación' y de 'patrón': el que avala al que se presenta para el cargo.

339.— Orig.: 'tenía' (42r).

340.— Huida, fuga.

— Pues si a los enfermos doy a beber por onzas y me las pagan por libras, ¿por qué he de dar de comer a los sanos y pagarlo, que cada onza es un león para mí?<sup>341</sup>

Las niñas de sus ojos — que había que lo eran, entre todas, ducientos y sesenta años— tomaron<sup>342</sup> de dulce hasta en cantidad de cien reales y a los que pagaron dieron a cada uno dos ciruelitas de Génova.<sup>343</sup> ¡Oh vosotros que gastáis niñerías como limas, dulces y tablillas! ¿Quién introdujo que de lo mismo que yo pago liberalmente me den una miseria? De cien limas me dan una lima: enseñanza es aquella para dar cordura a mi prodigalidad paliada<sup>344</sup> con nombre de favor. ¿Hay mayor impropiedad que de una cesta de avellanas me traten como un cesto dándome cuatro avellanas? Y les parece delito dar seis, que se hará la mano polifema, y ¿no se hace para tomar una canasta dellas? He de gemirlo y he de ponerme luto si no lo remedio. ¡Bueno fuera que de lo mismo que yo gasto fuéramos a medias!

El mercader que vio un escrito de Moya<sup>345</sup> en la arismética de la tramoya de lo que montaban los dulces, dijo al escribano, que estaba tamaño:

—Ya tengo echado el pecho al agua<sup>346</sup> —y aun al vino solía echarle—. Por los hombres suceden las desgracias, que no por las bestias.

Replicó el barbero:

—Agora fue al contrario, porque estas desgracias han sucedido por las mujeres y por las bestias, que somos nosotros en pagar cien reales de dulces.

El boticario callaba como un marido. Díjole al barbero:

—Pues tan bien<sup>347</sup> discurrís, de tantas barbas como habéis pelado, agora os pelarán la vuestra pagando peladillas.

Replicó el barbero:

—Aunque soy vuestro vecino y me la veis pelar, ¿no echasteis<sup>348</sup> la vuestra a remojar? Y júzguelo mi amigo el secretario.

Aquí respondió el escribano:

—No estoy para eso habiendo echado mi dinero en conservas; que no soy juez, aunque soy conservador.

Acompañaron el coche destas damas hasta que llegaron a una casa que parecía un palacio. Mandó doña Ana parar a su cochero, y a ellos que no saliesen del coche hasta ser avisados —e si hubieran de obedecerla se estuvieran allí hasta la muerte. Calmaron estos cuatro, y las damas entraron en la casa, que tenía un pasadizo a otra calle media legua de allí; y escapando, cuerdas, cada cual por su senda, se estaban en su tema los locos del coche.

El cochero de doña Ana, instruido en otras veces, luego que desembarcaron volvió la grupa. Aguardaron dos horas y hubo diversos juicios sobre si subirían antes de llamarlos, hasta que, medio enojado, el escribano puso las escribanías<sup>349</sup> en los yerros delanteros de

341.— También se llamaba 'onza' al leopardo y al puma.

342.— Orig.: 'tomar' (42v).

343.— Ciruelas oscuras y en las que el hueso se desprende fácilmente.

344.— Paliada, encubierta.

345.— Juan Pérez de Moya, religioso y matemático.

346.— Lanzado, decidido, sin marchas atrás.

347.— Orig.: 'tambien' (43r).

348.— Orig.: 'echasteis' (43v).

349.— Cajilla en que el escribano público portaba los útiles de su oficio.

la pretina y subió, resuelto de no dejar ningún<sup>350</sup> cuarto. Comenzó a golpear la puerta del primero, donde vivía un caballero, viejo de veinte años, recién casado, que estaba cenando, y irritado del ruido y de la descompostura de los golpes, fue por la espada a tiempo que valerosa y aceleradamente había salido a una antesala su mujer. Entrándose el escribano, a quien abrió una doncella adelantada, lo primero que vio fue mujer, y juzgándola, intrépido, una de las del coche, inconsideradamente dijo un delirio.

La señora quedó inmóvil y turbada, como en paso de comedia mujer que la halla el marido sin luz y con su amante —que le juzga su marido—. Don Felipe, que lo era desta señora, no se turbó, antes maldecía su ardimiento, y a no estorbarle el valor le privara de oficio al escribano. Encomendando a sus ojos las violencias de el acero le echó de allí. El escribano, mudo y absorto, se fue a los suyos tan turbado como el otro que salió en Hibernia<sup>351</sup> de la cueva de San Patricio. Luego discurrió don Felipe habría causado la ignorancia en el hombre aquel desalumbramiento,<sup>352</sup> que ni su cólera solicitó disculpa diferente de la que le ofreció su discurso, ni su nobleza otro escrúpulo.

Estos malos lances, lector amigo, ocasionan estas buenas lanzas<sup>353</sup> de la Corte. Yo te los he ensayado para que tú te lo representes. Has leído este gracejo, intrínsecamente incluye la evidencia de lo que pasa. No lleva sal porque cuando se escribió era tiempo de frialdades, y aunque tuviera mucha, siempre había de oler mal; que éste es achaque de nuestra miseria: llamar al que dice la verdad sátiro y murmurador. Mi intención es buena: a nadie he lisonjeado ni sentirá estos discursos que muestro por advertencias en público, sino quien lo obrare en secreto. El freno más fuerte de todas las acciones calumniabiles es el conocimiento dellas.

A rienda suelta corren nuestros engaños, por la persuasión de no ir conocidos. Pues yo, que los propongo para advertirlos, soy quien los entiende menos. El mundo tiene sus peligros en lo suave, en lo dulce, y allí hay peligros donde presume la imaginación que no los hay. Lo que he podido te pinto y pintaré de burlas para que lo grabes de veras. Si hasta aquí has pecado tendrás menos culpa; mas de aquí adelante no esperes a que te desengañen tus trabajos; que es grande infelicidad, pudiendo hacerlo la consideración, lo haga la experiencia.

350.– Orig.: 'ninguu' (44r).

351.– Irlanda. San Patricio fue quien llegó allí a predicar el Evangelio. Según la leyenda, Cristo le señaló una cueva donde se podían observar los sufrimientos de los pecadores en la otra vida. El Santo sólo permitía el acceso a la cueva ('Purgatorio de San Patricio') a quienes lo desearan fervientemente, los cuales salían de ella impresionados y arrepentidos.

352.– Desatino, acción no meditada.

353.– Las busconas. 'Buena lanza' se decía irónicamente del hombre de pocos arreos.

## PELIGRO VI

### DE LA CALLE MAYOR

**C**ALLE Mayor de Madrid! —que en esta variedad te aclamará el orbe—. ¡Oh, tú, paseo de los días tempestuosos del invierno, donde sustentas más coches que piedras! Dile a la multitud de tus tiendas no parezca están en sitio de sitio con los que van a ellas, reñidos con su dinero, a gastallo con algunas que la cursan. Hay inventado tanto sobre el poder del dinero, que no tengo qué añadir; sólo acuerdo que la vida es lo más: quien come vive, quien tiene dinero come, quien no lo tiene no come, y quien no come se muere. Pues si esto es verdad, ¿por qué todo el anhelo y fundamento ha de consistir en dar dinero? ¡Aquí de la templanza, que no le hay para la inmoderación!

No quiero ofrecer lo que he de escribir en este periodo, porque es matar<sup>354</sup> al lector dos veces: una, con el ofrecimiento de lo que se ha de decir, y otra con decirlo. Demás desto, es viejo aquello de en el primer renglón<sup>355</sup> quebrarnos con un canto la cabeza, y así, empiezo a echar mis faltas en la calle Mayor, que si las echo en la calle, tan mías son como ajenas.

Estaba la calle Mayor de Madrid, desde los ricos umbrales de la Puerta de Guadalajara hasta el Hospital de los Italianos, digo que estaba este espacio tan aprisa de coches, que, divididas en la calle tres hileras, parecían cadenas cuya diversidad de eslabones<sup>356</sup> ataba, cada uno, las jaulas de los coches, en quienes iban mil locuras.

En una jaula iba un mohatrero<sup>357</sup> descubriéndole un secreto a un simple y exagerándole la fidelidad que tenía dél y la confianza de su voluntad, para —con pretexto deste embeleco— pedirle quinientos escudos prestados, y después de descubierto el secreto no le prestó blanca. En otra jaula iba otro, destes que dicen no son dineros los ofrecimientos y buenas palabras, de los de «Si habéis menester algo, ahí está mi casa», dedicándose todo por suyo y moliéndole con ofertas que duraron hasta pedirle prestados cien escudos. En otra jaula iba un pretendiente<sup>358</sup> martirizando a sus amigos, y en un instante proveyó veinte plazas y a él se daba una que, saliendo frustrados sus discursos, se quejaban las fruterías de que no las dejaba en la suya, pues si como la pretendía de oidor fuera de hablador la plaza, le consultaran todos en primer lugar. Y de allí pasaba a murmurar<sup>359</sup> no habelle dado plaza, y no callaba culpando el juicio de todos. ¡Miren cómo será oidor si no calla!

354.- Orig.: 'marar' (46r).

355.- Orig.: redglon' (46r).

356.- Orig.: 'eslabonet' (46r)

357.- El que hace operaciones comerciales ilegales o engañosas. Timador.

358.- El que asiste y hace gestiones en la Corte para que se le asigne algún empleo o pensión.

359.- Orig.: 'murmurat' (46v).

El dueño del coche era entendido y dijo: «Este hombre ha de hablar hasta que le provean, que es lo mismo que hasta la muerte». Fingió un accidente y se fue a su casa.

En la proa de otra jaula iba un marido, porque iba su mujer en la popa con el dueño del coche. En otra iba un médico refiriendo a un humanista un panegírico que tenía compuesto a una duquesa, a quien curaba de dolor de costado, para en muriéndose, que con esto la acabaría de curar con presteza. Es menester gran cuidado en<sup>360</sup> no curarse de médicos ni cirujanos poetas, que a truco de hacer un epitafio matarán a un cristiano y a un<sup>361</sup> moro.

Había gran cantidad de locuras y de damas, ángeles en belleza —no diré en figura de mujeres, por no llamarlas «figuras»—. <sup>362</sup> Los coches pobres se disimulaban junto a los ricos. A las sombras de vistosísimas carrozas pasaban las que eran jurisdicción ya casi de los cocheros; mas lo bueno luce más a vista del deslucimiento, y esto junto a aquello corre bien, como al lado<sup>363</sup> de una hija hermosa come la madre y gruñe la tía y gime la abuela. No ocupó igual tumulto de coches a la calle Mayor, que son teatros<sup>364</sup> donde se representan los enredos de la comedia del mundo: más tragedias han sucedido verdaderas en los coches que fingidas en las scenas o tablas.

Son los coches otro elemento, y para algunos alimento. Cuando ha llovido, dicen es caso de menos valer andar un hombre conocido sin coche en público, y no sé por qué, pues si cualquier hombre bajo se pone<sup>365</sup> de lodo, de más gravedad se pondrá el de mejor esfera. El caballero reboza el hábito: si están solos, habla a su amigo mal vestido; si acompañado de otros, le desprecia y no le mira. Hermano hay que dice no serlo del suyo mal vestido, y se hará primo de un villano rico sin que consiga por ello más comodidad que<sup>366</sup> la calidad que puede darle el saberlo los otros. ¡Oh mentira cortesana! ¡Oh verdad descortés!

Caía de las nubes agua como llovida, y parecía que las fregonas de Madrid se habían subido a las nubes, porque llovía sin decir «¡Agua va!». <sup>367</sup> Al día le había sucedido alguna desgracia, porque estaba cariacontecido. Acaso el Sol habría solicitado otra, como aquella dama de Arabia Dafne, fénix de las mujeres, que perdió de vana lo que ganó de casta, pues ella misma quiso laurearse y alabarse sus obras;<sup>368</sup> y hizo muy bien, porque si librara su alabanza en este tiempo fuera tan mal librada como bien libre de ella. Así, en su imitación, lo hacen todos agora: el primero que dice ser la primera del mundo su obra vacía a boca llena es quien lo<sup>369</sup> hace. Hombre hay que donde no le han visto si ha hecho comedia o libro se alaba a sí<sup>370</sup> mismo y siembra una alabanza de que nunca coge fruto, y asegura a muchos ha enseñado su libro o comedia<sup>371</sup> a varones insignes y que se lo han aplaudido,

360.– Suplo 'en' (47r).

361.– Orig.: 'aun', no 'a vn' (47r).

362.– Se llamaba 'figura' a quien ridículamente pretendía aparentar gravedad.

363.– Orig.: 'alado' (47r).

364.– Orig.: 'tres', aunque está bien el reclamo al pie de la pág. anterior.

365.– Se cubre, se ensucia.

366.– Orig.: 'de' (47v).

367.– Voz de aviso de quien lanzaba aguas sucias por la ventana.

368.– Acosada por Apolo, que pretendía seducirla, la ninfa se convirtió en un laurel.

369.– Orig.: 'la' (48r).

370.– Orig.: 'assi' (48r).

371.– Orig.: 'comedias' (48r).

para que el que le escucha no se atreva a parecerle mal, y miente. Ciertamente que, en parte y con algún género de templanza, es astucia el alabar cada uno su obra, porque no hay quien alabe nada y se dice mal de todo si no es de lo malo, para persuadir al que lo hizo a que lo saque a luz y se afrente.

Los coches estaban insufribles —por tener el ceño de las cortinas corrido—; las damas, del humor del<sup>372</sup> día, que el mostrarse fuera delito cuando el agua que caía aún se estaba en pie, cuando don Policarpo, un caballero mozo que había cincuenta años que estaba en la Corte, salía corriendo en un rocín alquilado a los alcances de un coche su pariente,<sup>373</sup> que seguía a un caballero sevillano a quien, por haberles otros estorbado, no habían tomado tierra y dulces.<sup>374</sup> Aceleradamente caminaba Policarpo, fatigando al potro porque no pespuntaba la carrera,<sup>375</sup> y el mozo era hombre de pelo,<sup>376</sup> porque llevaba unas medias muy claras. Rozose, al pasar, en un estribo y quedó pelado: preludio de lo que sucedió después.

Iba que volaba, tanto, que llegó desalado a querer averiguar los celos del coche que seguía, que era de doña Urania<sup>377</sup> de Guzmán, que antes se llamaba Maripérez y ella se añadió el «Guzmán» —lo bueno nunca pudo—:<sup>378</sup> admiración es el poco crédito que hayan tenido algunas damas de los reales apellidos, que aunque se los toman no se los llaman. Era doña Urania doncella de veinte y seis años de edad, despejada como camino por donde van arqueros,<sup>379</sup> famosa maña, y para un embuste ninguna se la ponía delante, ni para estorbarla ni aventajarla.

Llegó al coche de doña Urania, alborotada como quien huye y presta como quien busca coche a su dama día del Soto, doña Rutilia Fernández de Córdoba —apellido de aquel día, que dos antes había variado casas: el de la suya dijeron ser Jusepa Hernández—. Instruyó la doña Rutilia a Urania en lo que había de hacer: cómo don Policarpo se perdía por ella, y que el coche le había él prestado, y concertado llegase siguiéndola a la Carrera de San Jerónimo, donde había de aguardarle; que se hallaba en el mayor aprieto si doña Urania no se hacía hacia allá, por ir obligada ella entonces con un caballero sevillano que venía como un perulero;<sup>380</sup> y que así, por no vomitar<sup>381</sup> a don Policarpo trocasen coches, pues con ocasión de la lluvia y de haberse pasado una<sup>382</sup> amiga suya a su coche podría doña Urania anochechar con las cortinas y hablar a don Policarpo sin tanta lisura, haciéndole señas que

372.- Suplo 'del' (48v).

373.- También alquilado, se entiende.

374.- La sintaxis y constantes juegos de palabras del Autor dificulta constantemente la interpretación. Aquí parece entenderse que la dama que en su coche sigue al caballero sevillano pretende desembarcarle (hacerle bajar de su coche) y que pague la merienda.

375.- Recuérdese que el Hospital de los Italianos estaba en la Carrera de san Jerónimo. El Autor juega con eso, con acelerar el paso y con coger el punto a la media.

376.- De calidad.

377.- En el orig. parece leerse 'Vranca' (49r). En el texto se lee 'Vrania' y 'Vraneá': me he decidido por la primera variante.

378.- El leonés Alonso Pérez de Guzmán, señor de Sanlúcar de Barrameda y fundador de la casa ducal de Medina-Sidonia, tenía por sobrenombre 'el Bueno'.

379.- Debe referirse a la Santa Hermandad, que vigilaba los caminos.

380.- Indiano, el que llegaba enriquecido del Perú.

381.- Desechar romper con el pretendiente.

382.- Orig.: 'vnr' (49v).



mi señora doña Pancracia Manrique de Lara, su amiga, era recién<sup>383</sup> venida y, viéndola, se trasladó a su coche. Desta suerte vendría<sup>384</sup> con el Perú del otro.<sup>385</sup> Fingiéndose Rutilia no podría ser conocida, que Policarpo no la había hablado más de una vez, y tapada, y cuando anocheciese se introdujese en el caos de los demás coches; que la seguridad que don Policarpo tenía della estaba de su parte, conque se excusaba entonces de tenerla con él.

Acabó. Doña Urania cogió todos estos puntos con la brevedad que un enamorado los de sus medias, y mudándose al coche de doña Rutilia y otra amiga, criada y dueña partieron carrera a la de San Jerónimo, y doña Rutilia con el sevillano.

Llegó don Policarpo furioso, presumiendo hallar otro vecino en su lugar; mas conociendo al coche solo y quieto lo estuvo al instante y le pidió perdón de su recelo; y doña Urania —que juzgaba Rutilia— cuenta a él de su dinero. Estaba loco de contento, y a ton-tas y a locas alababa los guantes y los abanillos que se miraban en las tiendas.

En todas partes hay peligros de gastar con mujeres, pero en la calle Mayor más que en ninguna. Allí, un paso de las tiendas —más peligroso que el de Sierra Morena— donde hay tocados, medias, dulces y tan innumerables cosas, es mentar la sogá mentir la vida. En la calle Mayor se le ha de referir a una dama una batalla.

A un ejemplo: a las doce de la noche es fácil encontrar alguna, entonces ofrecer dulces y matarse porque no están las tiendas abiertas y decir: «¿Es Madrid una aldea o muchas aldeas juntas? Que en Sevilla y Granada a cualquier hora están las tiendas como el nombre de su ciudad»,<sup>386</sup> y llamar a grandes golpes; que los tenderos, en vez de abrir, piensan ejércitos de ladrones y atrancan la puerta —y ¡cuidado con algunas ventanillas de los confiteros para de noche!, que suelen dar por allí ventanazo—; entonces llamar en los tableros o arrimarse al oído con presteza y avisalles digan están acostados, que no hay quien dé recado, y rogárselo mucho. Después, y aunque sean las dos de la noche, decir que son las nueve, que no hay que hacer caso de los relojes, que están como suelen. Entonces no importa a la que pide no decir nones, pues no hay tienda de par en par, y añadir es mediodía, que a la mañana ya se ha mudado el tiempo.

Una demostración de gastar en la plaza la pasa<sup>387</sup> de liberal; mas en la calle Mayor hablar cosa que toque a tocados es mala flor<sup>388</sup> y llamar el coco entre tantas niñas, con que un hombre los hace de sí mismo. Tan necio estaba don Policarpo, que alababa todo cuanto había, como simple. Habíanle hecho señas fuese serio en la conversación, y él estaba de un<sup>389</sup> humor que, aunque tenía concierto, no hablaba palabra concertada, y así, alababa a las valonas cariñanas<sup>390</sup> —vuelta del uso más impertinente, pues cuando las ideas castellanas mendigan curiosidades a las extranjeras, o se arguyen de monas o convencen de necias.

383.– Orig.: 'rrcien' (49v).

384.– Se haría, conseguiría.

385.– Orig.: 'etro' (49v).

386.– Es decir: granadas, repletas.

387.– Pasa plaza, califica.

388.– Artimaña.

389.– Orig.: 'mi' (51r).

390.– Para los hombres, la valona era una cuello postizo de lienzo blanco y rematado con puntillas que, almidonado, caía sobre el pecho y la espalda. Para las mujeres, María de Borbón, princesa de Carignan, puso de moda en la Corte las valonas con muchas puntillas y de más cuerpo.

Llevaba doña Urania consigo una dueña muy afable, tanto que, como otras se hacen de pencas, ella se deshizo dellas.<sup>391</sup> Perdió el cariño Policarpo de la alabanza cariñana, porque saltó la doncella:

—Mi señora no la trae: sepamos lo que cuesta.

Pues como si fuera cochero y mulas y rigiera<sup>392</sup> el pensamiento de todas, decirlo y abordar con una tienda fue distinto, mas no distante. Seguía Policarpo el coche, que no debiera: él pagó. Juzgó, al principio, sería la compra alguna valoncilla de las que servían de muestra a su perro;<sup>393</sup> mas no fue, porque la tendera sacaba valonas de la tienda como pajas.<sup>394</sup> Era necesaria en esto una premática:<sup>395</sup> peores son los tenderos que las limeras y tablilleros. En llegando a tienda con dama buscando tela, aunque no sea vista ni oída nunca falta, que juegan piezas sobre aquel tablero que parece cosa de ajedrez, y con cada pieza le dan a un cristiano jaque, y si fuera «de allí»<sup>396</sup> fuera buen lance.

Sobre todo esto llovía, y dijo don Policarpo:

—Ucedes no se han mojado como yo, sobre que carga de agua quieren valonas. No me empeñen, que no llevo dineros.

En su vida está un hombre más lejos del peligro que en no teniéndolos, y así, no hay qué recelar. Respondió doña Urania:

—No importa se halle uced sin dineros, que no pretendo pague nada.

Y sin tener remedio llegaron a la tienda, yéndose el pobre con todas, sin llevarlas todas consigo,<sup>397</sup> a hacer que compraban. Presumió diferir la intención de Urania diciendo que no llevaba allí dineros, mas que tenía una letra de cincuenta escudos y que se pagarían dentro de tres días. Sacando un papel, no le valieron papeles ni sacar la letra, porque la dama se la acetó luego. Aun con ser su amigo, repararon en él una letra, ¿qué harían a ser su enemigo? Compraron hasta ducientos reales en cantidad de valonas y guantes, y las damas fueron propiamente corredoras de la compra, y el pobre Policarpo el corrido. Era el cambio<sup>398</sup> seguro, y así, le tomaron por lo comprado en prendas. La doncella pidió cien varas de listones, y dijo Policarpo:

—No soy amigo de tantos registros.<sup>399</sup>

Dejó,<sup>400</sup> como he dicho, la letra en la tienda, y hallándose sin la esperanza de los ducientos le sobrevino una posesión de canas el considerallo. En fin, quedó viejo de ponelle como nuevo. Montó en su rocín, y las damas en el coche, y desviándose de la tienda, fue

391.— Es decir: 'no se hizo de pencas', se inmiscuyó, se implicó.

392.— En el orig. la 'e' está al revés (51v).

393.— Perro de muestra es el que está adiestrado a señalar al cazador la dirección en que se halla la presa. El Autor emplea 'perro' con la acepción de 'engaño, artimaña', pues ha sido Policarpo quien mencionó las valonas cariñanas.

394.— Como la expresión 'en un dacá esas pajas': en un santianén, con facilidad y prontitud.

395.— Pragmática era la ordenanza que reglamentaba algún asunto específico. En la época se publicaban muchas en la Corte, y muchas veces por cuestiones relativamente banales (el uso de los velos, el número de caballos de un coche, la venta de vino...).

396.— '¡Jaque de aquí!' era expresión para decir a otro que se apartase o desistiese.

397.— Receloso, desconfiado.

398.— La letra.

399.— La tira de tela que se pone en los libros para encontrar un punto de lectura.

400.— Orig.: 'Dixo' (52v).

un tiempo<sup>401</sup> introducirse otro coche en su lugar. Don Policarpo<sup>402</sup> no le tuvo de seguirle, y doña Urania tomó aquella calle Mayor abajo en busca de las de Villadiego como una loca, que era un juicio verla.

Don Policarpo no se alteró ni se aprestó a buscarla, por estar ignorante de aquello y del otro. Esperó a que un cochero le hiciese paso para seguir a doña Urania, que presumía estaba aguardándole; y aunque estaba parado detrás de mil coches no tenía ya tras qué parar. Salió de la apretura buscando el coche desatentado, pero no desatontado, y andaba de cuartel en cuartel<sup>403</sup> ya saltando, ya corriendo como arroyuelo en tono de comedia, y de aquí para allí como<sup>404</sup> pajarillos de villancico.<sup>405</sup> Volvió a buscarse en la tienda donde se había perdido, mas ninguno le daba el nombre. Lamentábase diciendo:

—¡Que me hayan sacado a vender como en almoneda!

Y él se remataba.<sup>406</sup> Unas veces lo atribuía a malicia de la dama, otras a contingencia. Todo él estaba hecho un nudo ciego<sup>407</sup> de dudas, no paraba, y buscaba el perdido, como perro perdiguero, a quien se le había dado.<sup>408</sup> ¡Quién oyó tal ignorancia en la calle Mayor de Madrid! Y entre la multitud de coches, de damas llenos, buscaba la suya cuando estaba con ella cada cual.

Coches examina huecos,  
pero no le ofrece alguno  
la dama que solicita  
entre sus senos ocultos.<sup>409</sup>

Pues ¡que se dolía el cielo de nada! Llovían las nubes como agua, y de abrasado el Sol de afectos, quería templar en las ondas sus ardores —digo, quería anochecer— cuando aún se estaba don Policarpo objeto de sus inclemencias, impelido de las ráfagas del viento, como dicen los cultos; y como no hallaba la carne estaba para irse por ese mundo.<sup>410</sup> Él se desesperaba como se mojaba, viendo que el cielo no llovía a cántaros, sino a hombres, porque no veía ningún cántaro en la calle; sólo él tenía ánima de cántaro.<sup>411</sup> Estaba ya el pobre gallina hecho un pollo, y como llovía sobre mojado, se secaba. Nada desto le desengañaba. ¡Oh ceguedad con vista! ¡Oh vista ciega!

Había interpuestos más de ducientos coches desde donde él estaba hasta el de doña Rutilia, que se fue con el sevillano. Le vio mil veces vagar errante por entre aquella nume-

401.– Fue inmediato, se entiende. No localizo esa acepción de la expresión en otros textos de la época.

402.– Orig.: 'Polyearpo' (52v).

403.– De un lado para otro, se entiende. Por lo del 'arroyuelo' que sigue, pudiera aludir a lo que en jardinería se llama 'cuadro' o 'cuarto': sector.

404.– Orig.: 'como a' (53r).

405.– Cancioncilla aldeana.

406.– En el comercio, se llama 'remate' a la liquidación de existencias.

407.– El que está tan apretado que no se puede desatar.

408.– 'Dar perro' vale por timar, engañar.

409.– Otra vez Góngora: "Troncos examina huecos, / mas no le ofrece ninguno / el panal que solicita / en aquellos senos rudos" (*Fábula de Píramo y Tisbe*).

410.– Mundo, demonio y carne son los mayores enemigos del alma.

411.– 'Alma de cántaro' vale por 'ingenuo, simple'.

rosa campaña de coches, y para él desierta.<sup>412</sup> Ya doña Rutilia había destrozado su coche con doña Urania, después de haber destrozado en él a don Policarpo callándole la toma de las valonas y el gasto de los ducientos reales. Dividiéronse las dos amigas, cada cual en su coche; y aunque Rutilia lo era de Urania, ésta no lo era suya de verdad, porque vivía en ella un odio antiguo en rencores ocultos por un disgusto celoso que doña Rutilia le había causado, aunque ella presumía estaba olvidado.

Pasaba don Policarpo dejetivo<sup>413</sup> —porque había dejado cuanto tenía— cuando, ya que doña Urania se hallaba en su coche quieta y sola le descubrió y comenzó a cecearle.<sup>414</sup> Él, aunque lo oyó en domingo, no estaba para fiestas, hasta que dijo:

—¡Ah, señor don Ginés! —que para verificar sus embelecocos mentía doña Urania nombres.

Don Policarpo escuchaba las voces, y aunque no estaba maduro se pasaba. Otras veces decía:

—Parécese a don Sancho, mas no es sino don Ginés.

Y no paraba de vocearle: «¡Ah, señor don Ginés!», mas él, de corto, se pasó de largo. Proseguía doña Urania, y don Policarpo, a la llamada de don Ginés, acudió y se metió donde no le llamaban. Castigo fue la burla de su entremetimiento, propia condición del indiscreto.

Parece que hablando yo de discretos insinúo que lo soy, mas ya todos los necios saben que les tienen los otros por discretos en diciendo que no lo son, y así, cualquier necio dice que es un necio y no hay simple que diga no lo es. Con eso piensan<sup>415</sup> todos es discreto, y aun<sup>416</sup> entendido. En diciendo él mismo que es hombre noticioso le tienen por simple. Así, de aquí adelante, a cualquiera que oiga decir que es necio se lo tengo de creer. No es esto aconsejar que los hombres se alaben a sí mismos<sup>417</sup> —que ellos se tienen ese cuidado—, sino que aquel dístico

*De te allii enarrent; proprio<sup>418</sup> sordescit in ore  
gloria, si taceas, plus tibi laudis erit<sup>419</sup>*

se entienda; que la alabanza es mala en la boca propia, mas no en el pensamiento con cuidado en la presunción de sí mismo, porque se deshauciará un hombre en un día; de modo que la satisfacción de sí mismo sirva de esfuerzo y no de vanidad. Por la desconfianza de sus cosas, algunos ingenios no se atreven a sacarlas a luz, que, reguladas con otras de ingenios grandes, las exceden. Y hay algunos ingenios que las obras de los grandes talentos las miran no como lo que son, sino como de quien son, y no se atreven a explorarlas ni a

412.— ‘ En la desierta campaña, / que tumba común parece, / de cuerpos muertos (si ya / no es teatro de la muerte), / solo tú, moro, has quedado...’ (Calderón de la Barca, *El príncipe constante*).

413.— Sin brío, triste.

414.— Del ‘¡Ce, ce!’ con que se llama a otro discretamente.

415.— Orig.: ‘pienson’ (54v).

416.— Orig.: ‘à vn’ (54v).

417.— Orig.: ‘assimismos’ (54v).

418.— Orig.: ‘propio’ (54v).

419.— La gloria que otros dicen de ti será despreciable en tu boca: será mayor tu alabanza si callas. El epigrama lo recogió John Owen (apodado ‘el Marcial inglés’).

censurarlos; y esto no es en ellos modestia, sino miedo. Y, al contrario, ingenios de quien se tiene poco concepto paren montes tal vez, y no se atreve el juicio a darle el mérito que se les debe, sino lo que parece que se les debe.

Fueron todos aquellos lances que le sucedían a don Policarpo tales que, al parecer, ni cayera en ellos quien juzgara<sup>420</sup> ni quien mirara: sólo don Policarpo cayó en ellos, ignorándolos. Llegó al coche de doña Urania diciéndola:

—Mi señora, aunque uced me varíe el nombre, no podrá el deseo de servirla.

—Perdóneme vuesa merced —respondió Urania—, que entendí era don Ginés de Cárdenas, un caballero Comendador de Alcántara, señor de Monteestrich, primo mío, cuyas<sup>421</sup> son las alcabalas de Collados, caballero del Rey nuestro señor.

Don Policarpo le acordó el «etcétera», porque ella llevaba talle de no parar hasta cubrirle.<sup>422</sup> Prosiguió, a Policarpo, diciendo:

—Acierto ha sido el yerro, pues me ha ofrecido ocasión de quedar servidora de vuesa merced.

Don Policarpo estaba tal, que oírla era la fineza mayor; mas como vio que le había tenido por otro y tan gran caballero, señor de vasallos, quedó como si los tuviera, y así, la dijo:

—Yo me llamo don Policarpo Agustín Antonio de Atienza.

Hablóle Urania con tanto afecto, que aun yendo estropeado y fatigado le venció a quedarse con ella. Díjole:

—Si no me engaño, parece está uced con algún pesar.

Respondió Policarpo:

—No, señora: ya nada me pesa, si no es lo que no me pesa.

La otra desentendía los enigmas diciéndole no le entendía. Volvió Urania:

—A lo lejos he visto a uced hacer examen de los coches.

—A lo cerca le han hecho ellos de mis faltriqueras —dijo Policarpo.

Prosiguió Urania:

—Esto no es querer fastidiar a uced, sino sosegarle.

—Bien puedo estar con sosiego —dijo Policarpo—, y aun dormir con él.

Y en las pajas<sup>423</sup> podía; no de descuidado, sino de necesitado. En fin, la tal doña Urania quería acabar con la letra del otro y leársela de una vez; que haciendo mil agasajos se la entró con sangre y fuego, tanto, que dijo:

—Yo, señor don Policarpo, soy muy compasiva: mire uced que llueve, y que, aunque estoy dentro del coche, está uced fuera.

Cuando don Policarpo tal escuchó se sobra de ufano, y quisiera alimentarla, como pelícano, de su pecho. Metiose en el coche y yo dije luego:

Ya es herido el pedernal:  
ya despide al primer golpe

420.— Orig.: 'jugara' (en el salto de plana 55r-55v)

421.— De quien.

422.— Los Grandes de España gozaban del privilegio de no descubrirse la cabeza ante nadie, ni siquiera el Rey.

423.— 'Dormir en las pajas' vale 'descuidarse'

centellas de agua. ¡Oh piedad,  
hija de padres traidores!<sup>424</sup>

Tomole una mano, y aunque se estaban mano sobre mano no holgaban. Hacíase Eneas<sup>425</sup> la señora con Policarpo para ser Nerón con su dinero. Acariciole, y arrimándose a un figón le mostraron semblante empanado cuando él estaba empenado, porque dejó el papel en la tienda de las valonas. Mas, sin poder resistillo, dijo doña Urania:

—A propósito es el tiempo para unas empanadas inglesas.<sup>426</sup>

El otro que oyó el despropósito, le parecieron turcas. Asustábase, mas no quería por las empanadas perder los favores que se había alcanzado por su mano, y así, mandó parar al cochero, exponiéndose pagador rebajador hasta Inglaterra. Llegó el señor soldado, y como había dejado los papeles en la tienda no le obedecían en el figón, negándole las inglesas hasta que tomó dos metiendo mano a la daga para matarse, dejándola en prendas. Volvió con sus empanadas y otros adherentes, y comían que parecía entremés.<sup>427</sup> Al principio anduvo el melindre, hasta que dijo Policarpo:

—Uced no come bocado: come<sup>428</sup> por sus ojos.

Y ella comía por su boca. Amolando los dientes con las muelas deshizo las empanadas, que no hubo en un instante más que ver. Dijo la doncella:

—¿No se bebe?

Respondió Policarpo:

—Déjelo vuesa merced, no eche por copas.

Pidió panecillos candeales, y a Policarpo le daban zurra candeal. Introdujo Policarpo cuán engañosas eran las mujeres, que la que a él le engañase había de saber por todas. Salió doña Urania con aquello de:

—Cada cual defiende su capa. No hay regla: algunas hay malas, mas no muchas. No he visto hombre más parecido a mi primo que uced.

El otro fue de presto a abrir el estribo, como la oyó nombrar a su primo, temiendo no dijese los títulos. Pagábale<sup>429</sup> doña Urania con estos despropósitos para ir a su negocio con cavilación, y decía:

—Cierto que algunas mujercillas sin obligaciones de sangre son malignas. Agora se fue de aquí Rutilia, una doncella de labor de una señora, hermana mía, que casó con un caballero Procurador de Cortes de Burgos y está ya con más toldo<sup>430</sup> que calle de procesión, y dijo una vileza que había hecho con un caballero contándomela en otra persona. Después dijo era ella; que a decirlo al principio no se lo hubiera oído. Así que estas disolutas nos empañan la opinión a las señoras, bien que en el predicamento de los caballeros no hace nada desto mella.

424.- Versos del romance *En un pastoral albergue*, de Góngora.

425.- Eneas era el prototipo del héroe esforzado y magnánimo. Los autores de la época siempre mencionan cómo dejó Troya llevando sobre sus espaldas a Anquises, su anciano padre.

426.- O 'pastel de Cornualles' (el popularísimo *Cornish pasty*). Es una empanadilla de carne picada, cebolla, patata y nabo, todo condimentado con sal y pimienta.

427.- Que era cosa de reír, como el entremés en los teatros.

428.- Orig.: 'como... como' (57r).

429.- Orig.: 'peguale' (57v).

430.- Pompa, aires de grandeza.

Don Policarpo que escuchó todas estas palabras preñadas,<sup>431</sup> malparía por saber si era ésta su doña Rutilia, y él el caballero de la vileza. Porfió en preguntar qué vileza era, y dijo Urania:

—¡Jesús! ¿Yo había de hacerme tal agravio! Hablemos de otra cosa, no quiera uced saber ni ignorancias de hombres ni ruindades de mujeres, que me pesa ya en el alma de haberle despertado la curiosidad.

Él que oía el recateo<sup>432</sup> del secreto, se deshacía, y porfiando más y más en que lo descubriese, vendiéndoselo<sup>433</sup> Urania por fineza se lo dijo: cómo le había dicho Rutilia un engaño que hizo a un caballero —y no dijo el nombre—, a quien había quitado ducientos reales dejando una letra en la tienda.

Don Policarpo quería partir, furioso, a buscar a doña Rutilia cuando venía un jaque<sup>434</sup> de las montañas de Jaca, crudo como el punto<sup>435</sup> —que, como cocido<sup>436</sup> en valentías, estaba crudo—, denodado y solo, aunque acompañado de cinco que, con las espadas pobres —por desnudas— como si fuera de veras, conociendo a doña Urania con don Policarpo tiraban a matar de burlas. Entonces un caballero libre de chanza, mirando las estocadas —por que salgamos de cuchilladas—, se avanzó, bizarro, trocando su vida por su obligación. Viéndolos a todos discordes, dijo:

— ¡Demos un corte en esto!

Y levantando el brazo, rompió al jaque la cabeza, conque le dio una jaqueca, y no tuvo dolor della después. Los otros cinco se irritaron de lo mal que había sucedido al jaque, pues viéndole una cuchillada tan fiera en su cabeza, por escarmentar en cabeza ajena querían irse. Don Policarpo se animaba, mas por desguarnecerse<sup>437</sup> la espada se bajó por unos cantos, y reñía que encantaba. Don García, como vio que don Policarpo había triunfado ya con su espadilla y que no había de hacer baza, reñía con más coraje. Alcanzole al uno una cuchillada en un<sup>438</sup> dedo, y como vio que aunque ataba su dedo con el lienzo no hacía su negocio, volvió la grupa. A otro enderezó una estocada en el pecho —y no podía creer que estaba herido hasta que metió la mano en su pecho y se recogió—; en el ínterin que otro sacaba la espada uñas arriba se fueron los otros, vía línea recta con ángulos agudos.<sup>439</sup>

Acabose la pendencia: don Policarpo tomó su razón; don García, su coche, y de los suyos bajaron don Cristóbal Mirabel y don Pelayo Huete dando voces:

—¡Metan paz! ¡Fuera, que estoy aquí! ¡Basta que yo lo diga!

431.- Con malicia o ironía

432.- Regateo, porfia entre dos por el precio de algo. Aquí, en sentido figurado; por eso más abajo 'vendiéndoselo'.

433.- Orig.: 'vendiendosaló' (58r).

434.- Valentón, matasiete. Alusión al romance 'De las montañas de Jaca / furioso baja otra vez / el gallardo Lucidoro, / Rodamonte aragonés.'

435.- 'Crudo' vale 'cruel, feroz'. El Autor (como siempre) juega con otras expresiones que no vienen a cuento, como 'al punto crudo': al momento preciso, o 'a/en punto crudo': en mal momento.

436.- Hecho, experimentado.

437.- Orig.: 'desguanecersele' (58v).

438.- Orig.: 'vu' (58v)

439.- El Autor emplea expresiones de la esgrima. Fue muy popular en el s. XVII el libro *Grandezas de la espada*, de Luis Pacheco de Narváez, a quien no faltaron seguidores ni detractores.

Convocose al ruido una hueste de alguaciles. Viéndoles con las espadas desnudas, asieron a don Cristóbal y a don Pelayo, que juraba:

—Por vida del Infante mi señor que es grande atrevimiento éste!

Los alguaciles se estaban quedos y fijos, que primero les echara de allí un doblón que un toro, ni el Infante su señor. Lleváronlos a la cárcel con causa de resistencia. Don Policarpo miraba todo esto de lejos; iba diciendo:

—Digo que son bolos las mujeres, porque bolos son diablos.<sup>440</sup>

La agonía con que buscó a doña Rutilia no es decible, ni lo que pasó con ella. Considérela, el que quisiere, despacio, que yo no<sup>441</sup> le tengo.<sup>442</sup> Sólo añadido que la codicia y trato doble de algunas damas motiva estas inquietudes y otras que no se dicen. Vivan las inclinaciones de los hombres avisadas, y pueda alguna vez con ellos más el discurso bueno y el desengaño amable que el apetito torpe, acordándose vive en la Corte —en algunas partes donde cada instante estamos— con disfraces el engaño, con máscaras la codicia, con disimulo el enredo, con cautela la trampa, con mentira la verdad, con trazas el embeleco, con cuidado los acasos, con sobra la evidenciam; el embuste, con lisonjas, con halagos la tramoya, con disculpas la traición, con salidas la malicia, con entradas el hechizo; que por eso lasta<sup>443</sup> el divertido su hacienda, por negarse al desengaño y concederse al encanto. Y todo esto, ni los sucesos ni los avisos, son en la Corte ni en el discurso nuevos, mas servirá de recuerdo y traer a la memoria su mentira.

## PELIGRO SÉPTIMO

### DE LA CAZUELA

**L**A cazuela se llamó cazuela porque en ella no se cazan si no es niñerías, como avellanas, limas, aloja y agua de canela. Los embelecocos de la cazuela son innumerables, y sólo tienen de conocidos el no poderse conocer. De allí, en viendo cara nueva alguna dama, como si estuviera vieja en conocerla pide. Todas las damas de la cazuela tienen tan de memoria el pedir, que lo tienen en la uña. Allí se juntan a inventar salidas nuevas y a tratar de los tiempos y de acortárselos a los hombres; a conferir meriendas y acordarse del otoño para ir a las viñas, y a pedir chocolate de Guajaca,<sup>444</sup> porque es vulgaridad del otro —y, cierto, algunas piensan es chocolate de Guajaca alguna cosa de otro mundo, y sólo por saber cómo es lo piden—. Y así a las telas como a cuantas cosas

440.— El refrán se usa en situaciones en que impensadamente aparece el riesgo. En el orig.: 'dlablos' (59v).

441.— Orig.: 'uo' (59v).

442.— Espacio, tiempo, se entiende.

443.— Paga lo que no debería, malgasta.

444.— Oaxaca, al S. de Méjico.



hay, es salsa para pedirlo variarlas el nombre. Y son algunas estrañas, que estando dentro piden para la comedia.

Hablan de los baños de julio y coche para el Soto y<sup>445</sup> día de San Blas,<sup>446</sup> romería que autorizan Sus Majestades. Desde allí hacen burla de los estudiantes y de los otros. También traen<sup>447</sup> conclusiones de damerías: si ha de llevarse perrito lanudo en el coche<sup>448</sup> —que en casa ya es viejo sin lana—, o barro a manos,<sup>449</sup> o si es buena flor<sup>450</sup> llevar<sup>451</sup> un ramillete dellas.

Y pues he caído en la flor, no dejaré<sup>452</sup> de marchitar aquellas que se venden en Provincia:<sup>453</sup> por justicia había de mandarse se vendiesen en el quemadero<sup>454</sup> y no en mitad del comercio del mundo, por donde es preciso pasar mil veces y tantas gastar en flores. Hombre hubo que envejeció en la flor de su edad de haber gastado más de quinientos escudos en flores; y muchos por abril y mayo rodean un cuarto de legua, por no gastarle en la Puerta de Guadalupe, de las flores como quien huye calles en donde tiene acreedor, pues, pasando por allí, con más ocasión se debe desfigurar la cara poniendo un parche<sup>455</sup> en un ojo.

Es aquello cosa perdida: no tomaran algunas damas un ramillete si no es cincuenta, como si hubieran de adornar en altar algún brasero de flores para quemar al que las da. A uno le aconteció echarse las guedejas<sup>456</sup> detrás de las orejas y pasar haciendo visajes para que, siendo desconocido, escusase dar flores a unas damas; otros pasan embozados, como de noche, por huir la ronda<sup>457</sup> en sus faltriqueras. Hombre hubo, bueno y sano, que de sus dos pies se mintió el uno y pasó cojeando por no buscar tres pies a el gato; otro andaba retraído<sup>458</sup> por una muerte, y viendo unas conocidas suyas, por huir dellas, como le seguían, se fue a la cárcel, que está poco distante de donde se venden las flores. En fin, de la floresta de Provincia quedan floreadas<sup>459</sup> todas las faltriqueras del dinero.

Disgustada bajó doña Veleja Enríquez de Cabrera —no es éste su nombre propio: antes se llamaba Martina Palanca— de un aposento a la cazuela. Estas señoras de los apo-

445.— Suplo 'y'.

446.— Santo a quien se invocaba para los males de garganta. Su ermita estaba situada en el cerro del mismo nombre y la romería tenía lugar el 3 de febrero.

447.— Orig.: 'traher' (60v).

448.— Orig.: 'ceche' (60v).

449.— Las mujeres usaban tritular en la boca pequeños trozos de piezas de barro para emblanquearse el rostro o para cortar el flujo menstrual.

450.— Muestra de buen gusto. 'Damería importante' se lee en otro lugar.

451.— Orig.: 'llenar' (60v).

452.— Orig.: 'dexarse' (60v).

453.— Una plaza de Madrid.

454.— Lugar fuera del centro urbano donde se quemaban los animales muertos... o los condenados a pena de fuego por herejía.

455.— Orig.: 'parcho' (61r).

456.— La cabellera larga.

457.— Patrulla nocturna.

458.— Huido de la justicia.

459.— Engañadas, frustradas. En el orig.: 'floreanes' (61v).

sentos, algunas, tampoco se descuidan en conchabarse<sup>460</sup> con los alojeros<sup>461</sup> para que acudan a llamar al aposento aunque no les llamen, y así, cuidado con que, en estando la gente dentro, si llaman «es el alojero» salir con presteza y enviarle noramala y decir buscaban a otras señoras de otro aposento.

Digo que bajó doña Veleya, y porque no la dieron lugar riñó a siniestro, mas no a diestro, con una caterva de ninfas que a nadie hacen camino, y así, el que a ellas se llegare irá descaminado. Intentaba por aquel medio doña Veleya llegar a la primer hilera de la cazuela, y atropellando su boato cuanto estorbo le daban guardainfantes<sup>462</sup> y chanzas, rumiaba la descortesía de no ofrecerle asientos preeminentes, calumniando la confusión ignorante y la ignorancia confusa de la Corte,<sup>463</sup> donde no se conocían las calidades. En todo tenía razón. Casi iba pegándoles su nombre, y allá entre dientes dijo:

—¿No saben que soy Enríquez?

Mas, aunque era revesada, ya la conocían. Parose, y con otras cuatro o cinco hizo camarada gobernando la farsa: si Beatricilla se prendía bien, si Marianilla se tocaba mal, si Antoñuela se vestía peor, si Jusepilla estaba cascada,<sup>464</sup> si se enseñoreaban cuando hacían una reina... Y de aquí cortaban la conversación, y aquí lo dejaré yo, por que de verdad haya alguna vez obra cortada.

Enviaron a un corrillo de guedejas, mas no de copete,<sup>465</sup> un recaudo en relación pidiéndoles un millón de limas, y el uno dijo al recaudador:

—No nos traiga<sup>466</sup> en su vida esos recaudos, que llevará el suyo y no el de quien le envía.

Otro dijo:

—Dice bien mi camarada,<sup>467</sup> porque yo nunca doy así comoquiera.<sup>468</sup>

Sabiendo las damas sus despegos, dijeronles:

—Nadie da más de lo que tiene.

Y respondiola un manso, muy bravo:

—Pues, ¿en qué nos culpa, reina?

Era doña Veleya vanísima, que hay algunas tontas de su hermosura como otros de su entendimiento, porque se piensan más bellas que Elena;<sup>469</sup> y no es éste el delito, sino querer que lo piensen los otros y en fee de lo que son hacernos renegar.<sup>470</sup> Y para parecer hermosas se cercan de ceremonias: la fea quiere mostrarse luego, para que, viendo tiene deseo de enseñarse, dar a<sup>471</sup> entender que no lo es. La hermosa, después que sabe la tienen

460.- Orig.: 'canchabarse' (61v).

461.- Orig.: 'alegeros' (61v).

462.- Armazón de mimbre para dar volumen a la figura femenina de las caderas para abajo.

463.- Orig.: 'Corre' (62r).

464.- Hablan de las actrices populares de la época.

465.- Tupé.

466.- En el orig. la 'a' está al revés (62v)

467.- Orig.: 'camaaada' (62v).

468.- Orig.: 'comoquiera' (62v).

469.- Elena de Troya.

470.- Orig.: 'reuegar' (62v).

471.- Orig.: 'darà a' (63r).

por tal se tapa<sup>472</sup> y se niega. Y en esto hay unos ritos y desigualdades indignas, que sólo por guardar alguna vez su dinero y castigar una fantasía pintada o tocada había de despreciarse<sup>473</sup> la voluntad propia; y, sobre todo, cuidado<sup>474</sup> en nivelar los premios con los méritos, porque es peligro y bajío<sup>475</sup> diferente.

No hubo embuste escondido que las damas referidas no descubriesen: rastrearon modos de pedir, arrastraron a los que las dieron, de los caballeros mozos de la Corte dijeron las faltas; de sí mismas, también las sobras. Una contó que su amante la había dado un justillo<sup>476</sup> de tela guarnecido de oro, y se había hecho enferma —que mala ya lo estaba— quince días para que fuesen a visitarla las amigas y, incorporada<sup>477</sup> con él, se lo viesen; y que por que no lo ignorase alguna había despachado por correo<sup>478</sup> a su criada y hacerlo saber, y decirlas estaba su señoría en la cama; que la hiciesen saber de su salud, ya<sup>479</sup> que no le daba su enfermedad treguas para besarlas<sup>480</sup> la mano.

Consultaron el cuidado de avisar un día antes para la merienda, si había de haber visita el siguiente. Mujer hay que se estará en visita<sup>481</sup> hasta las dos de la mañana aguardando la merienda, y así, quien se enfadare de visita, sacando la merienda luego echará de su casa a la huésped. Dama hay que vive de visitas como otros de mohatras, y se sustenta con chocolate. Cuando hay comedia nueva piden las de la cazuela almuerzo y comida. Otras hacen colación por la mañana. Otras suelen ver algún pajecillo de portante con comida para alguna, y no les parece mala comida y se confirman y conforman con el nombre y comida que el paje trae y busca, y se la quitan. No se harán lugar unas a otras<sup>482</sup> si las asan, ni se tendrán respeto si las cuecen.

Confirieron los descuidos de los amantes y cada una<sup>483</sup> dijo tenía empeño, y torna el empeño y vuelve el empeño y todo el linaje humano dice que tiene empeño, y a mí me tiene pobre el de todas y no tengo ninguno. ¡Desdichada palabra, que palian contigo cuantas tramoyas hay en el mundo!

En estando llena la cazuela yerven trazas y riñen las unas y las otras. Doña Veleja hizo señas a un caballero con un pañuelo, y él respondió con otro a la seña cuando allí fue el juicio:<sup>484</sup> saltó una doña Marina Peral, encrespada como gato que le pisaron la cola:

—¡Reina, la del pañuelo: mire que acá no tenemos mocos!<sup>485</sup>

472.– Orig.: 'tepa' (63r).

473.– Orig.: 'desprccarse' (63t).

474.– Orig.: 'cuydo' (63r).

475.– Banco de arena peligroso para la navegación. En el orig.: 'vaxo' (63r).

476.– Chaquetilla ajustada y sin mangas.

477.– Orig.: 'iucorporada' (63r).

478.– Orig.: 'correa' (63r).

479.– Orig.: 'y à' (63v).

480.– Orig.: 'besarla' (63v).

481.– Orig.: 'besita' (63v).

482.– Orig.: 'otros' (63v).

483.– Orig.: 'uno' (64r).

484.– Surgió el conflicto.

485.– No somos bobas.

Tal se dejó decir cuando estotra, que era más sabida que una frutera, la llamó<sup>486</sup> relamida. —¿A mí relamida? —replicó—. ¡Al cabo de escuadra se le ha hecho esta afrenta!

Y comenzó a jaguarse<sup>487</sup> la boca con un sargento y tragarse un capitán, y no sé qué se apuntó de un maese de campo. ¡Y tenía celos del que estaba en el patio!

Todos estos chismes de la cazuela son peligros dirigidos a pedir, ya por este o por aquel camino. Por que no parezca que con pretexto de que repruebo pedir murmuro de otras cosas, contome un amigo mío que venía en la Corte, antes que saliese el alba, por la calle del Príncipe,<sup>488</sup> y que oyó a lo lejos unas voces como de siguidillas burlescas, y, entre otras, el:

*Dalle, Gil Lopo,<sup>489</sup>  
que te encandilaré si te topo.*

Encontró unas damas con cuatro linternas y repitiendo la siguidilla, y como no las dio nada le encandilaron. Ocasionele la novedad a preguntarlas dónde iban con aquellas luces: dijo la una que a la delantera de la cazuela, porque había comedia nueva. Y no dando crédito a su respuesta, vio que la madrugada<sup>490</sup> había sido, como la de los pobres junto a los templos, a pedir a unos y a otros para la comedia. Las dos iban a descubrir maulas<sup>491</sup> como andan los de las linternillas de noche revolviendo las inmundicias. Es ésta, entre algunas, treta general: aunque sea para zapatos, piden para la comedia, y así, no se les dé, pidan para lo que quisieren.

Allí se cosen los vestidos —mas no pueden a sí mismas,<sup>492</sup> aunque están descosida—. Conversan las diferencias de telas y guarniciones y se meten luego por esa Puerta de Guadalajara en donde muchas cerrajas de honor han roto los pestillos en la boca de algunas. Es como estribillo «vamos a la Puerta de Guadalajara». Es el ripio de todas «a la Puerta». Luego no hay mantillina<sup>493</sup> humilde que no aspire a la Puerta de Guadalajara, de modo que a una puerta tan franca la hacen aduana ellas.

En todas estas cosas, como en otras que calla la modestia, es menester gran medicina, porque no se halla un real ni hay un cuarto, y la necesidad es mucho mayor de lo que se piensa, y el mundo, como dicen los menguados,<sup>494</sup> está para dar un estallido; y yo añado está tan flaco y débil de dinero, que ni aun para estallar tiene fuerza. Y lo hidalgo de el amor —que por deidad desinteresada está desnuda— no quiere cosa tan vil como dinero —que aun mi pluma se afrenta de decillo y se ha puesto punto en boca—, de suerte que las damas

486.— Orig.: 'llama' (64r).

487.— O 'enjaguarse': enjuagarse, pero también 'llenarse la boca, vanagloriarse'. Esta forma poco común también se lee en *El guitón Onofre*.

488.— En esa calle estaba el conocido corral de comedias llamado 'del Príncipe'.

489.— No localizo la siguidilla, pero sospecho que el 'guillopo' del orig. es errata.

490.— Aquel madrugar.

491.— Engaños, timos.

492.— Orig.: 'assimismas' (65r).

493.— Mantilla.

494.— Pusilánimes, temerosos.

quieren<sup>495</sup> gala en el amante y no en ellas, finezas, afectos, suspiros, llantos, ternezas, halagos, paseos, obligaciones, atenciones, valentía en el donaire y donaire en no ver blanca.<sup>496</sup>

Y, sobre todo, versos; que un romance en asonantes de «ataúd» y «almud»<sup>497</sup> vale un escudo; en asonantes de «cielo», un real de plata. Un sonetejo —conceto flamante—, abierto el primer verso hasta cerrar con el catorceno sin ripio ni asonantes en los tercetos, de buena cadencia, vale mil escudos, aunque me digan he tasado como poeta; mas llévase la tasa a otro y no le digan que lo soy. Romanzón largo, como aquel que empieza y acaba<sup>498</sup> «Ya os habrá dicho esa gente...»,<sup>499</sup> cien mil resmas de papel, vale medio real. Por no alargarme: una décima bien sacada por arriba y por abajo, con sus dos conceptos con conexión el segundo del primero, vale un doblón. Décimas vacías no llenan versazos túmidos<sup>500</sup> en alabanza de dama, como si dijéramos:

A pesar del brillante firmamento,  
rayo fue de cristal, torre de viento.

Como sea una parva<sup>501</sup> dellos, a falta de esteras valen para hoguera en buena nueva de guerra. Un romance en asonantes de «fortuna», cada cual en su asunto, si fuese tal como éste, vale una ciudad:

Al espectáculo grande  
del mayor teatro, en cuya  
tragedia representaba  
sus mudanzas la Fortuna.<sup>502</sup>

Cancioncitas —mucho cadencia y pocos conceptos— son muy buenas para el que las hace. Canciones reales y liras —que es menester darlos o temprarlas por no oírlos— son buenas si son pocas. Una chanza a tiempo vale ocho escudos si no se ha dicho; si es vieja, merece perdón de un disparate. Un romancito casero en asonantes de «nácar» y «alba» merece unas perlas de las que dicen los poetas que ella llora. Redondillas como las del Conde de Villamediana<sup>503</sup> —para quien, por cortos, no halla el discurso épictetos y renombres—, vale cada una quinientos escudos, y ésta más que todas:

Lo más padezco, que más  
no puede mi mal crecer,

495.— Orig.: 'quieran' (59v).

496.— Fueron muy recurridos estos versos, pues los encuentro en las comedias *Fuenteovejuna*, de Cristóbal de Monroy; *Los engaños de un engaño y confusión de un papel*, de Agustín Moreto, y en *Valor, agravio y mujer*, de Ana Caro de Maillén, contemporáneos del Autor. También en la novela *Estebanillo González* y en una jácara de Juan Gutiérrez de Padilla. Probablemente provengan del algún romance muy popular.

497.— Unidad de medida de volumen.

498.— Orig.: 'ncaba' (60r).

499.— Localizo esos versos en la comedia *No hay vida como la honra*, de Pérez de Montalbán: 'Ya os habrá dicho esa gente / que soy don Carlos Osorio / caballero de Valencia / más noble que venturoso.'

500.— Hinchados.

501.— Montón. En sentido recto, la mies tendida en la era para trillarla.

502.— Otra vez Pérez de Montalbán: *El mariscal de Virón*.

503.— Juan de Tassis y Peralta, II Conde de Villamediana, llevó una vida licenciosa y murió asesinado cuando su coche recorría la calle Mayor de Madrid.

pues no hay más que padecer,  
y aun eso padezcó<sup>504</sup> más.

Estos son los más usuales versos que se gastan, y para que las damas no se defrauden es bien haya arancel<sup>505</sup> dellos. Y lo cierto es que los buenos versos valen lo que he tasado, si no es que no hay quien dé nada por ellos, mas no por eso pierden su valor: basta que el libro se venda, aunque no se compre. Y es la causa de que vivan despreciadas las Musas el haber tantas legiones de poetas como de diablos, que presumo pasa hoy lo de aquel filósofo que mentía asegurando se pasaban las almas de unos cuerpos a otros;<sup>506</sup> y así, deben de heredarse las de los poetas, porque no vemos faltar ninguno y nacen cada día del polvo. ¡Esciencia sagrada! ¡Oh sacro honor de la Poesía, cómo de ti pende la buena política y la buena noticia de las cosas! ¡Oh inaccesible altura, cuántos juzgan te llegan con sus obras y no suben<sup>507</sup> ni aun con sus deseos!

Juzgaba yo podían aspirar a la sagrada Poesía aquellos que porque velaron en las ciencias volaron en la fama, aquellos que por peregrinar en ellas se hicieron peregrinos; mas que los legos del mundo quieran persuadir a nuestros entendimientos que ellos los tienen porque sacaron a afrentar en una tabla, con una comedia, la conseja que la oyó a su tía en el brasero... No digo sea reprobable desabrochar su flor tal vez algún ingenio florido,<sup>508</sup> pero le aviso que tendrá acierto en algún romance; mas, o por ser la vena estéril, poca la noticia, menos el trabajo, hay algunos que cansan con sus versos a el mundo atormentando por que se los oigan. Y no es esto lo peor, sino querer<sup>509</sup> que se los alaben. Deleita el oído lo bien hablado, lo aliñoso del verso; a otro le satisface el rumbo de la cadencia; a otro le enfurece el arrojado de la frase; mas no quieran con eso algunos apurar a un entendimiento penetrante dándole a entender que son grandes sus obras.

Hácese un sujeto grande con muchísimo ingenio y muchísimo estudio. En mi opinión, no hay cuatro hombres —digo de las buenas letras: no me meto con los otros— que atienden<sup>510</sup> a lo recto y lo santo. Cuatro mil años se pasan sin que la Naturaleza produzga un Lope de Vega, aquel cuya alabanza no cupo en los entendimientos. Tres mil años se pasan sin otro don Luis de Góngora, cuyo inimitable espíritu ardiente, cuyo discurso penetrante, nos hizo olvidar a los griegos y latinos. Dos mil años se pasan sin un Torcato Taso y un Petrarca. Cuando escucho ahora versos a los muchachos, a los zapateros y a los sastres, a unos hombres legos, ¡que en todo el mundo no hay quien los diga que es necesidad lo que hacen! Y sí hay, sino que son tan malos los naturales de los ingenios, que a trueco de afrentarle obligándole a que muestre sus versos se los alaban y aplauden. ¿Quién oyó tal castigo? Así que al necio le castigan no sólo con lisonja, sino con hacerle enseñar sus desatinos a los otros.

504.— Orig.: 'padecio' (67r).

505.— Tasa, precio estipulado.

506.— Pitágoras de Samos proponía que las almas eran entidades inmortales que se reencarnaban de un cuerpo a otro hasta alcanzar la purificación (*catarsis*), que las devolvía a su lugar de origen.

507.— Orig.: 'saben' (67v).

508.— Orig.: 'floridor' (67v).

509.— Orig.: 'aque-|rer' (68r).

510.— Orig.: 'ariende' (68r).

Algunos destos de quien hablo son gramáticos, que continuamente se quejan de la Fortuna, y con cuatro lugares de Tácito y de Cicerón persiguen<sup>511</sup> a todos exclamando contra la Fortuna. Motilones<sup>512</sup> del siglo, ¿de qué os quejáis? Dejad el premio<sup>513</sup> al teólogo y al jurisprudente. Y decís leyes contra aquellos que por observarla<sup>514</sup> merecieron hacerlas; si no sabéis ni merecéis, ¿qué os hacemos los que oímos vuestras lamentaciones impertinentes? Vuestra desidia<sup>515</sup> es la Fortuna, vuestra flojedad la culpa, ¿por qué se la imputáis a quien no os premia? Si os quejáis, premiados estáis; que aquél no está premiado que,<sup>516</sup> mereciéndolo, ni le premian ni se queja. Vosotros os quejáis de la Fortuna porque presumís alcanzar el mérito de que os tengan por entendidos o sabios, y concluís mormurando del mundo y de la política. Y hay alguno que ha más de setenta años se anda de corrillo en corrillo diciendo se acaba el mundo; ésa no es novedad, que desde que se crió se está acabando. ¿Tendréis ánima para hacer una usura y no ánimo para tolerar un trabajo?

Esta gente que dice<sup>517</sup> en una y otra parte que se acaba el mundo, que están para dar un estallido las monarquías, es la más perniciosa de la república: a los necios y a los miserables les entristecen los ánimos y les obligan a maldecir al tiempo y a las edades. No digo que no se sienta la calamidad, sino que el sentimiento excesivo de los males no alivia, sino oprime; pues sentid<sup>518</sup> las cosas con templanza, de modo que la queja no añada<sup>519</sup> número a las desdichas, sino remedio. Éstos son los que se desean la muerte y hacen a otros que la deseen a sí<sup>520</sup> mismos, postrados con el ahogo y sufucados con el trabajo, mostrando la imbecilidad del ánimo. Varones femeniles, inconstantes, que no conocieron las virtudes de la paciencia y la constancia:<sup>521</sup> ningún ánimo noble ha de desearse la muerte. Desde que se formó el mundo no faltaron desdichas ni estragos, y si la vida del hombre es una guerra, ¿para qué dotó el Cielo al alma de la constancia y del valor para exceder a los trabajos con el sufrimiento?

Éstos, digo, se quejan de la Fortuna y murmuran de los señores que no dan nada. Y no le basta a un<sup>522</sup> señor padecer la desestimación de dedicarle un disparate, sino padece la afrenta de que diga el otro que no le dio nada y que no dan nada. ¿Por qué han de dar? ¿Qué servicio habéis hecho a los señores? Estos que dicen no dan nada los señores parecen damas suyas, según están mal con ellos porque no les dan y porque no les dieron. ¡Ambiciosos de lo que no merecéis, que os estáis hechos fábulas del mundo llevando estudiado lo que hablaréis en la conversación de los entendidos! Y de cualquier esciencia saben el autor:

511.- Orig.: 'persigue' (68v).

512.- Ignorantes. 'Motilón' se decía del fraile menor, con el cabello cortado en forma de casquete y aún sin tonsurar la coronilla. 'Siglo' es la vida civil, no la conventual.

513.- Orig.: 'qremio' (68v).

514.- Orig.: 'obsernarla' (68v).

515.- Orig.: 'desidie' (69r).

516.- Orig.: 'gue' (69r).

517.- En el orig. parece leerse 'dibe' (69r).

518.- Orig.: 'sentir' (69v).

519.- Orig.: 'añada' (69v).

520.- Orig.: 'assi' (69v).

521.- En el orig. parece leerse 'confiancia' (69v).

522.- Orig.: 'aun', no 'a vn' (70r).

si de astrología, a Tolomeo;<sup>523</sup> si de medicina, a Esculapio, a Hipócrates; si de buenas letras, sacan una caterva de autores; y con eso y el aplauso de un mentiroso que los escucha no comen aquel día otra cosa. Para tener en el mundo es preciso merecer más de lo que se ha de tener, que el que merece siempre tiene algo; el que no tiene nada no merece. ¡Oh, cuánto pudiera explayarme en estos discursos! Mas no quiero salir de mi instituto.

Las damas de la cazuela siempre están, aunque sean viejas, en la edad de andar a gatas, y así, tomen versos, que es otro tanto oro, porque dinero es cosa mal parecida, en tanto grado, que sólo porque una dama me pidió cien escudos no parecí jamás. Y, en fin, obras de versos no hay más que dar: ellas son los amores, que no buenas razones.<sup>524</sup>

Callaron estas damas por comenzar a guitarrear<sup>525</sup> un tono en las tablas de un arroyuelo despeñado que saltaba y corría, rematando la conversación en hacer memoria de las que llevan en el coche perrito de falda al Prado y calle Mayor. Una dijo ser dameraía importante, y de verdad a algunas se lo parece, pues van con él tan ufanas como si llevaran un clavo<sup>526</sup> de diamantes; tanto, que de la que lleva perrito no hay que hacer caso, ni de la que no le lleva, porque aquélla va emperrada y estotra pide,<sup>527</sup> que es peor. También hay algunos barbados que llevan limita<sup>528</sup> en la mano, ya que no pueden llevar perro<sup>529</sup> en falda; y a mí me ha sucedido mil veces, y no es menor bisoñería. En algunos es esto puerilidad, en otros astucia; que con dar la lima de la mano suelen escusar cincuenta de la cesta.

Acabaron la comedia los farsantes, y los oyentes también, y la cazuela empezó a quebrarse yendo cada casco por su parte. En haciendo lodos, hombre hay que se va con su coche a la puerta para alquilar la conducción de allí a casa. Algunas salen dando voces, «¡Daca el coche!», y otras hacen lo mismo y no tienen sino los caballos; otras: «¡Daca la silla!», y no tienen si no es los mozos; otras se salen disimulándose señoras y que ha sido alguna bellacada o desahogo de la autoridad, y son las que suelen. Hay aquí una bulla irremediable.<sup>530</sup> Otras ponen en los zaguanes haldas en cinta<sup>531</sup> y vuelan por aquellos lodos sacudiéndoles el polvo, y al trasponer un cantón hacen una necesidad como en su casa. Todo esto nos engaña.

Este es un diseño de lo que corre en la cazuela. Yo te he acordado los peligros y avisado las enfermedades. Guardar la bolsa más que la boca<sup>532</sup> son los antidotos, y con espada y rodela no fuera vizcainada,<sup>533</sup> sino es discreción. Advirtirás a esto por juguete de la mocedad, y que el asunto es tan terrestre y humano que no se pueden en él hablar divinidades, y aquí cesaré mis disculpas, pues mil veces lo que es inculpable se desdora con las excusas.

523.- Orig.: 'Atholomeo' (70r).

524.- El Autor hace uso del refrán 'Obras son amores, que no buenas razones'

525.- Antes de iniciarse la representación solía introducirse una pieza musical.

526.- Prendedor.

527.- Pide emperrarse, parece entenderse. Como sucede en otros pasajes, resulta difícil seguir las elucubraciones del Autor.

528.- Lima pequeña, lima.

529.- Orig.: 'petro' (71r).

530.- Orig.: 'iraemediable' (71r).

531.- Recogerse las faldas.

532.- Es decir: mantenerlas cerradas.

533.- Dicción desconcertada.



## PELIGRO VIII

### DEL PRADO BAJO

**D**EL mal, el menos, dijo el adagio.<sup>534</sup> Es menos malo el número de damas que supongo en esta variedad como son las discretas. Y digo son menos malas porque hay muy pocas entendidas. Sonlo algunas tanto, que por lo entendido se hacen absolutamente señoras de las opiniones de los hombres. No tienen las mujeres, ni valen todas las cosas del mundo —aunque en sí le tengan— más valor en sí que les da el concepto del otro y déste; por eso no importa ser honrado para con el mundo si el otro piensa que no lo eres. ¿Qué le importa al hombre bajo atar su dedo con un diamante, mientras no se deshace dél, si yo juzgo que es claveque?<sup>535</sup> ¿Qué importa traiga el señor un doblete<sup>536</sup> si el otro le presume diamante? No quiero decir carbunco,<sup>537</sup> porque andan ya en tanto peligro de que pensemos no los hay, como el fénix.<sup>538</sup>

He molestado con esta digresión porque una dama, por entendida que sea, no se ha de pensar della más de lo que fuere; antes<sup>539</sup> menos, porque encareciendo lo que no es de entendimiento o de hermosura, al paso que se adelanta se atrasa la pretensión, y encareciendo la cura se encarece el remedio; que no darse<sup>540</sup> por entendido del mérito es cavilosa treta del discurso. No hay desdicha, digo, fatiga mayor para un entendido como no hallar lugar de discreto en el juicio de otro que lo es. ¡Qué de caminos, qué de atajos busca el discreto imprudente para darse a conocer! Y si apercibe que otro es entendido y se le niega al conocimiento de su discreción pierde el juicio; y por ser conocido da en<sup>541</sup> tonto, por ser pródigo su deseo de que sepan que no lo es. Un caballero de la Corte, noble, valiente, discreto, galán, mozo de excelentísimas prendas, pareció necio una tarde con unas damas<sup>542</sup> por reventar de discreto, y gobernándose por los deseos que le ofrecía su dictamen, sin mandárselo naide, en un instante<sup>543</sup> danzó, cantó, representó y desbuchó cuanto sabía. Así que la advertencia es la parte más relevante de todas; y ésta, en no sabiéndose ostentar con moderación, lo que ganó la prenda perdió la presteza de querer enseñarla.

534.– Orig.: 'adatio' (71v).

535.– Cristal de roca.

536.– Diamante falso hecho de cristal labrado.

537.– Piedra preciosa parecida al rubí.

538.– El ave fénix, que renacía de sus cenizas.

539.– Orig.: 'ante' (72r).

540.– Orig.: 'darte' (72v).

541.– Suplo 'en' (72v).

542.– Orig.: 'damas' (72v).

543.– Orig.: 'distante' (73r).

Así, de algunas damas ha de querer huir el juicio, el discreto, de que ellas se satisfagan las tienen por tales, y para esto se necesita de gran cautela. Un entendimiento picante no se vence de lo vulgar; lo domina siempre, como inferior; hácese comprensivo de todo; que esta diferencia hay entre el discreto y el necio: el necio no tiene, ni muestra nunca, más de un natural, y está tan tenaz en lo que abraza, que no hay quien lo aparte de allí. Si tiene inclinación a la caza, todo es tratar de la caza, y no le sacará della una noche de invierno, y no tiene otros amigos fuera de los que le han menester, si no es los secuaces de su natural. No así el discreto, muda mil consejos,<sup>544</sup> vístese de de los afectos y dictámenes de todos, y con ser un sujeto solo tiene la inclinación de muchos. Esté el entendido en la capacidad de con quien habla, y en comprendiéndola jugará con armas dobles.<sup>545</sup>

Hay mujeres capaces, a quien la experiencia ha dado esciencia y conocimiento en las cosas; que aquel es entendido que lo discierne todo y penetra el fin de las acciones y las obras discerniéndolas. Y de ahí se dijo «discreción», siendo para el discreto cada palabra una apariencia y una evidencia; cada afecto, cada acción, un desengaño; cada intención una verdad.

Era doña Prisca de Sandoval y Rojas mujer sutil. Llamábanla Sandoval y Rojas por mal nombre, que por bueno se decía Ana Costilla. Y aunque la he pintado entendida no lo era tanto, y satisfago a haberlo dicho que fue hipérbole, demás que nunca es tan fiero el león como le pintan. En gran predicamento tuvo a doña Prisca un caballero que, llegando a hablarla, dijo:

—Cierto, señora, tiene vuesa merced una cara que infunde veneración y respecto, y no sé qué violencia en sí de modestia, que al mirarla reparte a los ojos decencia y compostura.

¡Precipitado! ¿No ves que no has de pagarle aun lo que debes a la hermosura, cuanto más lo que no le debes? Y respondió doña Prisca, como indignada de las razones del otro, con muchísima propiedad y promptitud:

—Vuesa merced no sabe con quién habla.

Con lo cual le echó de allí, y él se fue de buena gana a preguntar con quién hablaba.

La mujer era hermosa, con que me saldrán más baratos los colores a la cara no pintándola, aunque para sus faciones se los pude quitar de la suya para tener descubierta la mía; que en esto de pinturas están los cortesanos deseos tan apetitosos de la novedad, que muchas veces en unos ojos, huyendo un cristiano del sol, se va a la sombra. No le debían púrpura al afeite sus labios, en quien rompía el alba no cuando llora aljófares, si no es cuando ríe perlas.

Un día la vio un estudiante, muy descompuesto<sup>546</sup> por su mucha compostura, y la pidió le favoreciese en mal latín, y ella se lo negó en buen romance. Fuese de allí jurando de no pedir en su vida. Presumiendo que la desconfianza de su poco dinero no le daba lugar en la voluntad de doña Prisca, volvió a decirla:

—En fin, vuesa merced ¿no me quiere?

—No señor —le respondió.

—Pues vuesa merced me querrá, a pagar de mi dinero.

544.— Orig.: 'concejos' (73r).

545.— Espada y daga.

546.— Orig.: 'descompuesta' (74v).

Y despidiose, enojado, echando verbos<sup>547</sup> —que hasta entonces no los había aprendido.

Era esta dama la piedra donde se afilaban los ingenios de los cortesanos, como la imán que atraía a sí<sup>548</sup> las voluntades y los dineros; afable, querida de todos, porque era muy bien vista, ágil, no perezosa. No se había el sol comentado a sí<sup>549</sup> mismo las dudas de la *Soledad* de la noche —quiero ahora comentarme yo, antes que me muera: no había amanecido—<sup>550</sup> cuando tenía dispuesto coche en la calle a espera. Una festiva tarde —bien que son las de la Corte todas— la aguardaba uno con cuatro caballos a la cola, coche entero, y para igualar con su bizzaría<sup>551</sup> a la ostentación del coche revolvió cuanto adorno<sup>552</sup> había conseguido su solicitud: llevaba la garganta devanada de muchos hilos<sup>553</sup> de perlas, luciendo el cabello a vista de tanto ornato, que, tejido a trenzas, se derivaba una de su frente, por quien prevaricaban los más hipócritas afectos; pendientes de sus<sup>554</sup> orejas eran hermosísimos granos de diamantes, rollos donde cada cual tenía su piedra;<sup>555</sup> en fin, tan ricas, que parecían orejas de mercader.<sup>556</sup> No se distinguía ni examinaba cuál fuese el campo<sup>557</sup> del vestido, por defenderle una guarnición copiosa de pasamanos de plata y seda; un abano de Nápoles<sup>558</sup> llevaba, grande, destes del uso, y no tan cosa<sup>559</sup> de aire que no valiese dos escudos. Han hecho las damas<sup>560</sup> dar otra vuelta al uso —que por eso se llamó huso, por dar en un instante mil vueltas— en los abanillos grandes, que parecen velas de viento del molino de su cabeza—. Un obrador de argentería<sup>561</sup> eran sus manos; su chapín, el de una reina; y estoyme aquí quedo, como un cepo,<sup>562</sup> humilde y debajo de sus pies, cuyos relieves ocultos<sup>563</sup> no se podrán ver pintados.

Entró en el coche con criada y dueña, que están ya todas tan hechas a las armas que ya es comodidad ahora lo que estorbo antes. Cerraron de campiña la campaña del coche abrochando las cortinas. Las seis daba el reloj cuando informaron al cochero que al Prado

547.– Juramentos, maldiciones.

548.– Orig.: 'assi' (74v).

549.– Orig.: 'assi' (74v).

550.– Alusión a los comentaristas de las *Soledades* de Góngora. Entre sus defensores estuvieron José García de Salcedo Coronel, el Conde de Villamediana y José Pellicer.

551.– Orig.: 'vizarra' (75r).

552.– Orig.: 'adornò' (75r).

553.– Orig.: 'y los' (75r).

554.– Orig.: 'su' (75r).

555.– En los lugares pequeños, el rollo (una columna de piedra rematada con una cruz) era punto de encuentro para conversar los aldeanos, que se sentaban en las gradas y cada uno tenía su asiento (piedra) habitual.

556.– Del que se hacía el sordo a las quejas de los otros se decía que tenía 'orejas de mercader'.

557.– El fondo.

558.– Orig.: 'Nápoles les' (75r).

559.– Orig.: 'casa' (75r).

560.– Orig.: 'demás' (75r).

561.– Taller de platero.

562.– '¡Cepos quedos!' era expresión de advertencia para cesar en una acción.

563.– Otra vez Góngora, en la descripción burlesca de la bella Tisbe: 'Las pechugas,... / ... / de los jardines de Venus / pomos eran no maduros. / El etcétera es de mármol / cuyos relieves ocultos / ultraje mórbido hicieran / a los divinos desnudos'.

era la estación. No necesita un coche de otra circunstancia para abrir los ojos<sup>564</sup> a cuantos hay en la calle si no es cerrar las cortinas, mayormente a mujeres y a su curiosidad de ver lo que iba dentro. ¡Más lo quisieran saber que tenerlo! Llegó al Prado el de doña Prisca con pasos tardos, y tan silencioso como si le arrastraran dos bueyes a fuerza<sup>565</sup> de fatigas, cubierto a los pradistas, en tanto que yo alivio las mías con mis quejas.

No hay en El Prado otras voces que «¡Dennos limonada!», y esto tan sucesivo que se estorban los unos a los otros los ecos. Bien se advierte que no tiene cara quien descaradamente pide; no han precedido dos palabras cuando la tercera<sup>566</sup> sale con limonada o dulces. Unas piden simuladamente, acordando ya el dulce, ya las cintas, de modo que pidiendo las damas con disfraces confiesan cuán vil cosa es pedir con continuación; y juzgan por delito no dar, olvidando el que ellas cometen en pedir. Decía un entendido: «Si una dama se resuelve a pedir, ¿por qué yo no me resolveré a dar?».

Hay algunas, las muchas o las todas, que si no piden por necesidad o costumbre o codicia, piden por hacer mal y daño dejando a un hombre sin el dinero que aun ellas no han menester. Hay una infinidad de mujeres que en su vida probaron limonada ni carraspa<sup>567</sup> y están en<sup>568</sup> los nombres de los vinos como si los hubieran medido en la taberna de los cien vinos o sido retoras del Colegio de los mudos en Salamanca.<sup>569</sup> Ellas dicen que el pedir es camino de la plata y camino real<sup>570</sup> por donde no hay en qué errar. De dulces, ya están ciruelas de Génova, y muchas no saben a lo que saben y las piden. Mas ellas, aunque lo ignoran, saben lo que piden; quien las da no sabe lo que da, aunque lo pruebe.

Pidieron unas damas de un coche, en El Prado, a unos caballeros ciruelas de Génova, y dijo una, que se llamaba María de la O, a la que les pidió, que se llamaba María de la P:

—De unos señores como éstos no ha de hacer nadie burla. ¿Cómo han de ir por las ciruelas a Génova?

Rieron la inocencia todos. Sólo un caballero, entendido, no se rió, sino lloró acordándose vale diez y seis reales la libra, y disculpó a María de la O diciendo:

—Tiene razón, mi señora doña María. ¿Somos nosotros genoveses para dar ciruelas de Génova?

Pues no pedirán ellas una libra, sino un quintal<sup>571</sup> de ciruelas de Génova como si fueran frailes.<sup>572</sup> Y una hostería que tiene la Fortuna en aquella rinconada de la calle de Alcalá vendiendo aloja y limonada propiamente es hostería, porque allí está toda la enemistad y hostilidad<sup>573</sup> nuestra. Calle de Alcalá es aquélla; la hostería la hará calle «del Gato», según

564.— Suplo 'los ojos' (75v).

565.— Suplo 'a fuerza' (75v, últ. lín.).

566.— La criada.

567.— Vino rebajado con miel y especias.

568.— Saben, conocen.

569.— 'Éste es una sala baja / junto a la cárcel, mas tiene / sus dos puertas a la plaza. / Aquí arrimados los cueros / del vino de partes varias, / ... / la provisión no te alabo, / porque has de experimentarla / los días que ver mereces / la divina Salamanca' (Lope de Vega: *El bobo del colegio*).

570.— La Vía de la Plata fue una antigua vía romana que atravesaba España desde Astorga a Mérida. Los caminos reales antecedieron a las modernas carreteras estatales.

571.— Cien libras, unos 45 Kg.

572.— Orig.: 'de Frayles' (77r). Creo que el Autor sólo alude a la costumbre de los frailes de pedir limosna por las calles.

573.— Por la etimología latina 'hostis': enemigo.

araña: no es necesario sino es ir con un coche de mujeres allí para volver desnudo. En fin, ya que se da —que lo mismo pasa en Francia, Italia y Flandes, Salamanca y Sevilla y Valladolid y en todas las partidas<sup>574</sup> del mundo; no es nuevo en la Corte— sepan que las sabemos sus trazas y papeles de lo mismo,<sup>575</sup> y que el dallo no es violencia de sus ardidés, sino mérito de sus trabajos. Quizá sabiendo que lo penetramos y tratándome todos templarán la codicia o ajustarán alguna parte del desenfado que tienen en<sup>576</sup> pedir, si ya no se irritan de lo que presumimos moderarlas sirviéndolas de contagio el remedio; y yo lo espero así, que tan desahuciada es la enfermedad.

Discurrían tan perezosas y tan poco ruidosas las ruedas del coche de doña Prisca, y tan noturno que parecía arrastraban una tumba. No tenía el sol resquicio casi por donde rayar de luces aquella caverna umbría. No pasaba coche circunstante que al de doña Prisca no lo diese epíteto. Uno dijo: «¿Dónde va ese convento?» Otro: «¿Es ése algún auto de Jueves,<sup>577</sup> o del Prado?».

Otras necedades le dijeron como ésta. Doña Prisca callaba, por no ir para menos que un Grande o para quien llevase coche de seis mulas, fuese quien fuese, que de cuatro a muchos había topado y a nadie parado. No le hubo de seis mulas, mas llegó un gran señor muy entendido, que lo son continuamente todos, a pesar de la indómita vulgaridad que imagina a algunos señores no muy discretos. Y es la causa que, como el señor es el Sol de los demás luceros, el menor átomo opuesto a su esplendor le hace más notable que si a otro se le opusiera una nube entonces: a la grandeza ocasiona reparos un átomo leve, bien como el Sol, que teniéndole cada día delante no le miramos, y eclipsado le miramos; mas, adelgazando el discurso, no es causa de mirar al Sol el eclipse, sino necesidad, pues se niegan sus rayos hermosos a la vista sin él. No está muy tácita la aplicación, que a lo ínclito del señor no puede atreverse concepto vulgar, si ya no padece alguna imperfección.

No la tenía el ingenio deste príncipe: iba en un bridón,<sup>578</sup> tan alentado y brioso, y con tan poca<sup>579</sup> afectación y cuidado, que parecía iba a pie. Llegó al coche de doña Prisca a tiempo que abría las cortinas o su curiosidad o respeto, y con pasear<sup>580</sup> en el caballo, como una montaña fijo, desde que se resolvió a hablarla estuvo errante.<sup>581</sup> Llegó a su audiencia con que no había hasta entonces amanecido; que no quiso turbarla con alguna novedad, que le costase cuidados entenderla. Doña Prisca calló, severa. Volvió el señor:

—Más ciegan mis ojos para ver a uced lo hermoso de sus ardores que el estorbo de las cortinas.

Prisca no hablaba de apuesta. ¡Oh gran privilegio de la hermosa! Siempre parece quedas bien o callando o hablando<sup>582</sup> necedades, y algunas las hablan por parecerlo. Ésta calla-

574.— Partes, continentes.

575.— Disfraces, embelecós. El papel de estraza era el que se usaba para envolver.

576.— Suplo 'en' (77r, últ. lín.)

577.— Auto sacramental, obra de teatro religioso que se representaba el jueves del Corpus Christi.

578.— Caballo aparejado para la monta 'a la brida,' con estribos largos, de modo que el jinete iba con las piernas estiradas.

579.— Orig.: 'tampoca' (78r).

580.— Orig.: 'compasear' (78r).

581.— Orig.: 'entrante' (78v).

582.— Orig.: 'hablan' (78v).

ba en El Prado entonces más que en misa —otras veces, y aunque era mujer de poco fondo, llevaba tan hondas las palabras, que no las sacara un buzo—, hasta que el Duque la dijo:

—El silencio me echará de aquí, mi señora.

Una ententona de irse es la más sutil acción. Acudió presto doña Prisca:

—No sino la elección de usencia.<sup>583</sup>

El Duque que advirtió lo de la elección, se dijo a sí:<sup>584</sup> «Ésta<sup>585</sup> parece escucharme».

—A ucé, pues, me trae.

Díjole iba bizarro y gentil, a que respondió:

—Gentil mucho, pues adoro esa belleza.

Hablando estuvieron un rato, hasta disponer él de visitalla, cuando con sagacidad no pensada, entre doña Prisca, criada y dueña se confederaron a un<sup>586</sup> tiempo a pedirle, como sin pedírselos, quinientos escudos de oro representándole cierta o incierta ficción de tramoya en que propuso hallarse doña Prisca. Es la más penetrante astucia de una mujer discreta pedir con tal arte que pida con evidencia no pidiendo; y desta treta usan con el entendido que saben no se hará desentendido, porque al necio le dan y leen la cartilla.

No asintió mucho a los quinientos el Duque, antes apeló dellos con las mil y quinientas. Y no me admiro, que están más pobres que todos; fuera de que ya<sup>587</sup> los señores ni dan ni amagan, antes hacen gala de no dar, y después también. Volvió el Duque a un caballero, camarada suyo, que le perseguía con achaque de no haberle dado acaso lugar un cochero, y dijo:

—Basta, que he de inviar esta noche quinientos escudos a la casa de esta dama, y emplica contradicción que asombrándome con su hermosura quiera asolarme también.

Luego volvió a su estribo con el mismo despejo y desembarazo, sin mostrarla semblante desatento. Ya el día quería dormirse, que la noche le prevenía el silencio, y los caballeros mozos de la Corte habían anochecido de vestidos, mudados de gala; y una cuadrilla venía concitando<sup>588</sup> El Prado a silbos, y otros venían corriendo<sup>589</sup> en unos caballos una colación que traían unos pajes, cuando el Duque siguió el coche de doña Prisca, y le avisó la dueña el recato, porque estaba toda la casa a cuenta de un ginovés, tan melindroso que había votado sus enojos al primer celoso escrupulo. Entró, y dando cincuenta escudos en señal de los quinientos gozó a toda la señora doña Prisca de Sandoval y Rojas y Costilla; y quedando ya ella casada por sus arras y él arrepentido, que es lo mismo, dijo doña Prisca:

—¡Bueno, bueno! Ya está hecho. ¿Está contento usencia?

—No sino muy triste. Está contenta tú, que estás pagada —dijo el Duque.

Dispidiose, y al salir le pedía sus gajes la portera, y él se los libraba en su tesorero, que era lo mismo que no dárselos, pues ya no le tienen los señores sino para no dar nada li-

583.— Entre eclesiásticos, 'vuestra reverencia' Dona Prisca debió usar 'vuecencia': vuestra excelencia.

584.— Orig.: 'assi' (78v).

585.— Orig.: 'esto' (78v).

586.— Orig.: 'aun', no 'a vn' (79r).

587.— Orig.: 'de quexa' (79r).

588.— Escandalizando, alterando.

589.— Arrebatando.

brando letras en ellos. La dueña le exageraba el peligro tan grande que en aquella casa había, y, con todo, le había prestado espaldas.<sup>590</sup>

—Pues yo os las volveré —dijo el Duque diciendo y<sup>591</sup> haciendo—. Y otra vez no pres-téis espaldas, sino paciencia.

Era doña Prisca la más opulenta dama de la Corte, y aunque tenía muchos dineros parecía una santa, porque edificaba.<sup>592</sup> La dueña se mesaba y decía:

—¡Que no acabe de persuadirme cuán falibles son todos los hombres! ¡Al mejor se lo lleve el Diablo! En quien tenía confianza me había de sacar de mal año me mete en él. Si hubiera venido el ginovés en tanto, ¡quedara buena esta casa!, que es él los cimien-tos della, y faltándonos se nos cayera la casa a cuestras. No me sucederá otra en mi vida —y tenía razón, que no dejaría la otra la casa de doña Prisca aunque la atenaceasen—. Y ¿gran señor nos seamos?<sup>593</sup> No debía de ser sino algún embustero. ¡Miren qué bolsillo de doblones<sup>594</sup> nos dejaba —¡como si el otro fuera tan sencillo que había de darla doblones!, y proseguía— cuando no diera yo sus guantes por cien de a ocho!<sup>595</sup> ¡Hay tal desigualdad?

Que siendo hombre de importancia el que entra en casa de alguna dama, hasta la cocinera piensa luego ha resucitado la hacienda de Montezuma y como galeón de La India ha de embutir la casa de oro y plata. Continuamente las quejas de las mujeres son que no las dan. De milagro queda naide bien con ellas, y la causa es que no las dieron un serón de do-blones, sin considerar no hay ya sino tres o cuatro asentistas, y que casi todos no tenemos más asiento que el de esas piedras de San Felipe,<sup>596</sup> y que nos vamos allí a mentir porque no tenemos donde ir a comer, porque un novelero<sup>597</sup> con una mentira bien creída puede pasar un día sin comer bocado.

Nada desto miraba la dueña, sino gritaba:

—¡Negra<sup>598</sup> de mí, que no me dieron blanca!

Juró vengarse en el primer necio que hallase, y según quedó aquella casa,<sup>599</sup> de allí adelante en vano llamaba a la puerta quien no había llamado en el alma de la dueña; y si de una y otra no untaban los quicios gruñían y alborotaban la vecindad más que al que, ha-biendo llamado, le condenan una suerte larga de pintas.<sup>600</sup> Con todo, se fue compungida a doña Prisca contándole que el Conde no le había dado nada y que supliese ella la falta del otro. Doña Prisca no la creía, y la decía no hiciese burla de todos: del Duque, en negar lo

590.— Ayudado, favorecido. A continuación el Autor juega con 'volver espaldas': despedirse, y 'prestar paciencia': so-portar el infortunio.

591.— Orig.: 'ya' (80r).

592.— Llevaba vida edificante, ejemplar. El Autor parece aludir a los santos fundadores de órdenes religiosas que pros-peraron edificando multitud de monasterios.

593.— ¿Se presume gran señor?

594.— Escudos 'de a dos', equivalente a 32 reales.

595.— La dueña valora los guantes en más de cien reales 'de a ocho', es decir: 800 reales.

596.— Las escaleras y el paseo enlosado alrededor del monasterio de San Felipe el Real eran el 'mentidero' de Madrid, donde los desocupados acudían a conocer y comentar los rumores bélicos o ciudadanos.

597.— Fantasioso.

598.— Triste, desdichada.

599.— Orig.: 'cosa' (81r).

600.— Una buena mano en el juego de naipes llamado 'las pintas'. Pero también se llamaba 'pintas' al 'tabardillo' o tifus, muy contagioso.

que había dado; de ella, en pedirla, y de sí misma en dar a entender no merecía su cuidado recompensa. La dueña cada instante se endueñaba, y cada una presumía engañaba a la otra, hasta que, en resolución, doña Prisca se cerró de cascós y de bolsa y dijo:

—Un maravedí ni una blanca ha de salir de mi reino. Otra vez mire vusté lo que hace, que yo la perdono ésta lo que dice.

Hízolo así la dueña, hasta que le dio una enfermedad de que fue preciso la rayesen el cabello a navaja<sup>601</sup> que cortará el hilo al discurso del Prado.

## PELIGRO VIII

### DE LOS BAÑOS DE JULIO

**C**ON los baños, digo,<sup>602</sup> ¿no parece un rebaño de gente y son una multitud las que se bañan? Y no he de perdonarlas por multitud, ninfas<sup>603</sup> de la ribera de Manzanares; que andáis catándola,<sup>604</sup> pues de vosotras se dijo «catarriberas»:<sup>605</sup> pobres seréis siempre pareciendo poetas, no saliendo de orillas y cristales.<sup>606</sup> A estas damas amigas de baños conóceselas<sup>607</sup> porque son veraniegas,<sup>608</sup> conque el baño es instrumento para gastar en una merienda veinte<sup>609</sup> escudos. Y no se contentan con la moderación de la merienda, porque, como si hubieran sido cocineras, piden tortas,<sup>610</sup> y dicen luego: «Si no tortas, pastelillos de cañas<sup>611</sup> y jamón en pan dulce». Y saben el arte de cocina y los nombres de los platos, y se informan dellos como en conocer a los hijos segundos y la instrucción de portarse con ellos y estar en la síncope de visería, usencia, cual los pobres, que para pedir limosna tienen por circunstancia saberle el nombre o el estado a quien se le piden; y como los ciegos, que de santo nunca oído decir les manden rezar en su santa y bendita<sup>612</sup> víspera concurriendo en ellas

Estos requisitos parece otra tanta persuasión para que se les dé: platos piden nuevos al gasto, y en su casa no se ha puesto olla en quince días. Y sobre merienda darán por postre a un necio que don Fadrique de Castilla, Aragón y Toledo la daba un cupido de diamantes

601.— Por haber contraído alguna enfermedad venérea.

602.— Orig.: 'diga' (81v).

603.— Aquí con todo el doble sentido: divinidades femeninas de ríos y fuentes y busconas.

604.— Escudriñándola, registrándola.

605.— Buscavidas, diríamos hoy.

606.— Poéticamente, corrientes de agua.

607.— Orig.: 'conocellas' (81v).

608.— Actúan en verano.

609.— Orig.: '20' (82r).

610.— Debe referirse a las tortas 'de sartén', hechas de harina, mantequilla y azúcar.

611.— Cilindros de hojaldre rellenos de mermelada.

612.— Orig.: 'bandita' (82r).



y una águila en dos cuellos de esmeraldas, balajes<sup>613</sup> y rubíes —que como están tan trilladas<sup>614</sup> conocen todas las piedras—. Otra cuenta que don<sup>615</sup> Bela Girón —que no es éste su nombre propio, sino su ajeno— la dio mil escudos; y mienten, pues con lo mismo que pretenden dar ejemplar<sup>616</sup> dan asombro y ejemplo, porque al pobre que quiere gastar cien reales le da horror escuchar que otro gastó un Perú, y así, no gasta nada.

En mi vida me holgué no tener juicio sino ahora, por no perder la razón que tuviera de estar sin él. Perdiéndole, vileza es en un hombre no gastar, luego infamia ser miserable, mengua<sup>617</sup> la avaricia. Y hay alguno<sup>618</sup> en quien la prodigalidad ha desperdiciado un tesoro, y si la necesidad se arrima a su real<sup>619</sup> es lo mismo que al de un enemigo. Esto de gastar no son bizarrías corporales, ni ser liberal es ser fuerte, ni ágil, ni alentado, sino virtud del ánimo, que está tan deslucido sin ella el de una dama como el de un hombre. Y esto se verifica cuando dan un cuarterón<sup>620</sup> de lima, que no es favor ni damería, sino miseria. Y no se contenta la codicia con hacer burla en el río de lo que un hombre ha gastado, sino de lo que no gastó.

Era doña Pirene de Sotomayor —aunque ella se llamaba así, no era su apellido, sino de soto mayor; un año antes se había llamado de la Cueva, otro antecedente, Silva; otro antes, Figueroa y Córdoba. A mujer tan nombrada no es necesaria la certeza de su nombre; a mí me dijeron se llamaba su padre Martín Pelado, que para cualesquier progresos de la definición es casi preciso empezar por el nombre, que con eso se distinguen las personas— amiga de coches y meriendas, la capataz<sup>621</sup> del río. Pidiría su coche al Sol un día: no le halló, y por ir en figura de coche quiso meterse en un carro que limpiaba su calle.

Esta dama solía consumir a todos, como las otras, pidiendo, y añadía que era una niñería. A<sup>622</sup> cualquiera dama que pide y dice es niñería se ha de responder lo que Marcial a Cina:<sup>623</sup> «Si pides una niñería, niñería es lo que te niego»; y yo añado —que no lo dijo la epigrama— que no ha de darse nada si<sup>624</sup> a lo que pide llama niñería. Lo primero, por lo de Marcial; lo segundo, que si se les da dicen que fue niñería y no lo estiman en nada.

Vivía con dos hermanas suyas, que en esto de hermanas hay más peligro que en todos: con aquello de «Viene por mi hermana o por mi prima» le tapan a un hombre la boca en las comedias. Por ficción ya lo había desimulado tantas veces, aunque contra mi voluntad, mas querer que lo creamos en las veras no lo tengo de pasar, sino decir que con aquella

613.- Variedad morada del rubí.

614.- Trabajadas, manoseadas. Trillo es una plancha de madera con piedras de sílex incrustadas, que, puesto el agricultor en pie sobre él y arrastrado por un buey o mulo, se pasa sobre el cereal tendido para desgranar las espigas.

615.- Orig.: 'doña' (82v).

616.- Ejemplo, modelo a seguir.

617.- Defecto, tara.

618.- Orig.: 'alguna' (82v).

619.- En la milicia, campamento.

620.- Cuarta parte de una libra (100 gr., aprox).

621.- Orig.: 'capatar' (83r).

622.- Suplo 'A' (83r, últ. lín.)

623.- *Esse nihil dicis quidquid petis, improbe Cinna: / si nil, Cinna, petis, nil tibi, Cinna, nego* (III-LXI).

624.- Suplo 'si' (83v).

hermandad asaetean; y así en esto y en despreciar a los reyes con aquello de la desigualdad y el honor, no remediándose, buscarán en mi lugar otro oyente.<sup>625</sup>

Vivían en doña Pirene todos los cuidados de cuando venía la fruta nueva disfrutar a los amantes; en habiendo besugos o peces, los dejaba en la espina; en asomando los pavos, echaba luego por lo de Pavía.<sup>626</sup> Escribiría para dar estos avisos en un día cien billetes. Tenía una propiedad particular: que a nadie quiso bien de balde. Un día riñó con su valiente y le dijo:

—Esos cien escudos he menester, que ya es tiempo de caer en la cuenta. Y si piensa, por bravo, metello todo a barato se engaña, que el mundo no está para fiestas.

—Menos estará para sermones —replicó el valiente—. Y ya la he dicho que si quiere jugar al hombre no ha de robar;<sup>627</sup> que a mí basta que me tenga hasta el alma, sin que quiera hasta el dinero.

Decía doña Pirene ser recién venida de Sevilla, que a algunas las parece lo andaluz aumento, y siendo de Ribadavia<sup>628</sup> dicen que son de Sivilla. Pensaba doña Pirene había venido a hacer en la Corte raya,<sup>629</sup> y de verdad todas se señalan más con la esclavitud<sup>630</sup> en ofrecerse a la grandeza de Madrid que con la ostentación de sus hermosuras.

Vivía con doña Pirene una dueña de honor, por ser dama de boato, que ya pocas tienen terceras. Tan poco<sup>631</sup> dinero hay, que se dan las órdenes a boca; que como no hay cuartos no hay terceros, y a quien antes de memoria, se habla ya de voluntad. Era la dueña capaz del ejercicio, porque la habían muy bien diciplinado, y educaba a doña Pirene y doña Fausta,<sup>632</sup> su hermana, que con haber sólo dos meses que decía había llegado a Madrid, tenía todas las reglas y escribía sin ellas, porque estaba desarreglada sin estar encinta.

Salió del Prado Bajo doña Pirene, persuadida no tanto de dos mozos como de los impulsos de merendar en Manzanares dejando enamorado al cristal que había de bañar lo caluroso de su hermosura. Era el uno un mozo disfrazado: llevaba un hábito en el vestido. Fatiga a algunos espíritus nobles que el otro salga de sí y se meta a caballero; que el otro esté grave o sereno, esta gravedad afecta<sup>633</sup> no está en él, sino en ti que se la das o admirándole o venerándole. Si tú no le precias más de en lo que es no será lo que quiere ser, ni para con él ni contigo; antes menos, pues ni aun es lo que es, porque desea no serlo, ni lo que desea, porque en ti no lo es, ni en él.

625.— ‘¿Qué mayor disparate... que salir un niño en mantillas en la primera cena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo rectórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona?’ (*Quijote*, I-XLVIII).

626.— Comportarse desmesuradamente. Las tropas de Carlos V derrotaron y apresaron en Pavía al impetuoso rey Francisco I de Francia, que irreflexivamente se puso al frente de su caballería y la lanzó contra las compactas filas de arcabuceros imperiales.

627.— Tomar carta del mazo. El juego llamado ‘del hombre’ era similar al tresillo y se jugaba con la baraja española de 40 naipes.

628.— Prov. de Orense.

629.— Destacar sobre el resto, señalarse.

630.— Al esclavo se le marcaba el rostro con una ‘S’ atravesada por un clavo o raya.

631.— Orig.: ‘tampoco’ (84v).

632.— Orig.: ‘Faustra’ (84v).

633.— Afectada, fingida.

Considera este discurso y no te<sup>634</sup> molestarán tus pasiones —no quiero decir envidias, porque el noble no envidia, ni debe envidiar más de el serlo—: están muchos lamentando su fortuna por pobre y anhelando lo que posee el plebeyo: si el otro tiene dineros y es rico, y tú pobre, no fue la suya fortuna ni buena suerte, sino retribución de su trabajo: su dinero lo ganó<sup>635</sup> tratando, comerciando o cambiando, para llegar a que tú y los otros le estimen como a ti. Mira, si engañas su deseo desestimándole, cómo frustrarás<sup>636</sup> su intento y aquietarás tu ánimo. Bien que si le has menester no es preciso aconsejarte; que mejor sabrás tú poner tu negocio entonces que yo el consejo agora.

La que tiene el humilde no es fortuna; la del noble sí, que no la consiguió él, y para que en el instrumento del mundo se templen y consonen los sujetos suple el Hado las faltas del mérito con la hacienda. Todos los valores comenzaron que de ánimo en ánimo desde la inferioridad llegaron a la cumbre; mas que el que empieza con principios humildes solicite competir con las proezas antiguas se hace intolerable al aliento de muchos. Discierna las cosas el sabio, que tanto vivirá contento cuanto pudiere vencer las pasiones del ánimo; que aunque el vencerlas es pasión se<sup>637</sup> padece una vez, y si se sufren consintiéndolas, la<sup>638</sup> inquietud atormenta siempre. Y aquí clamaré, con Tulio,<sup>639</sup> que por qué como hay médicos para el cuerpo no los hay para curar las pasiones del ánimo, cuyas fatigas no las sana el julepe<sup>640</sup> ni la sangría,<sup>641</sup> sino el discurso con la razón.

Salió doña Pirene del Prado, cuya voluntad inclinaba don Marco<sup>642</sup> Marcelo Luis Garrido. Dijo salía disgustada del Prado porque aún no había gustado cosa, que quería irse a desahogar al río — novedad rara de Manzanares, que los otros ahogan y él desahoga— y por la Puerta de Guadalajara. Don Marco<sup>643</sup> Marcelo condescendió, pesaroso del repentino deseo de ir al río por hallarse sin prevención de merienda. Doña Pirene llamaba a la Puerta de Guadalajara y le daba con ella en los ojos con ser ella la que llamaba, no lo podían sacar del quicio. Llegaron a una tienda; Pirene no gustó sacasen nada al coche, porque quiso humanarse entrando en ella. Quería doce varas de tela pasada —pidió, digo, porque quería todas las tiendas—. El mercader, orgulloso, sacó dos o tres piezas y la descontentaron, y así, empezó luego, más activo, a jugar piezas en su tablero. Don Marco<sup>644</sup> Marcelo, como vio quería pieza de rey, la quiso enviar a Palacio. Una pieza le llevaron de calles, con que salió la Puerta afuera.

Un figón les dio merienda, y una confitera<sup>645</sup> —que este remate de dulces remata a los hombres—. Con el perdón de lo poco aparatoso que podía disponerse la merienda

634.– Orig.: 'le' (85r).

635.– Orig.: 'gastó' (85r).

636.– Orig.: 'fructaras' (85r).

637.– Orig.: 'si' (85v).

638.– Orig.: 'en la' (85v)

639.– Marco Tulio Cicerón.

640.– Jarabe, brebaje medicinal.

641.– Extracción de sangre.

642.– Orig.: 'Março' (85v).

643.– Orig.: 'Março' (86r).

644.– Orig.: 'Março' (86r).

645.– Bandeja de dulces.

fueron los dos coches al río. Iba con Pirene doña Fausta<sup>646</sup> su hermana, a quien persuadía don Joaquín Alfonso Lorenzo Ballesta. Algunos dan en esto y hacen bien, que no pueden hallar más ilustres apellidos que amontonar nombres. No se han visto inclinaciones más fáciles que las de algunos; temblando estoy cuando serán secuaces de los extranjeros llamándose don Fulano y don Citano «Mario». Por don<sup>647</sup> César ya he callado, mas no podré por don Mario ni don Scipiendo.

Mandáronles las damas adelantar su coche por escusar los escándalos de hablar por las calles, señalándoles parase en el río. Obedecieronlas yéndose delante, y sus ojos tras ellas. Llegaron a Manzanares don Marco<sup>648</sup> Marcelo y don Joaquín. Ensabanaron el río, con harto cuidado de no enjugarle. Vino el coche de doña Pirene y ellos discurrieron la ribera en el ínterin. Quedaron las damas solas, acusando al sol de no aprestar su curso. El sol, por no asolearse delante de las dos bellezas, quería irse; mas como había de bañarse también y no se habían puesto aquellas hermosuras, de vergonzoso estaba rojo. En fin, vestido fue a nadar, no sé si fue vergüenza o cuidado de guardar su ropa. Bañáronse estas damas. No lo sepan que hice memoria dellas desnudas sin pintarlas: modestia y compasión ha sido, más que descuido o autoridad, que fuera indecencia tener tanto tiempo a unas damas desnudas y en bosquejo hasta los colores del pincel de la pluma; demás que yo no vine a pintar, sino a amonestar.

El tercer cuarto de su argentado palacio edificaba la luna, sin atreverse a acabar el cuarto que halla en su esfera. Admiraba a los que edifican en el mundo, y decía que no podía labrar cuartos sino quien podía labrarlos, pero que llenaría su casa para hacerla; que si la dejaba comenzada, era la malicia<sup>649</sup> tanta, que presumiría era treta para dar a entender que no tenía dineros, supuesto empezaba las obras y no las acababa. Era la noche fresca, porque un poeta cierzo<sup>650</sup> no dejaba árboles, riberas, plantas ni hojas quedas. Sonaban mil acentos suavemente, ya la jácara, ya el romance.

Era la seña un silbo de cuándo llegaría don Marco<sup>651</sup> Marcelo, que todo este recato se guardaban a las nueve de la noche con el campo. No hay cosa que más acabe a un hombre, después de haberle empezado el dinero —que para quitarlo nunca hay escándalo ni qué dirán— como acordarle la modestia y la compostura: que no diga nada a nadie, no lo sepa don Fulano; que venga a las dos, de la noche una del enero y llovido —y dio su hacienda a las doce del día, con sol y en el coche—; que en verano vaya a las dos del día, por los caniculares —gastó la letra a las siete de la tarde en las tiendas, que le costó mil caminos a la casa del hombre de negocios, perdiendo diez por ciento por cobrarla luego.

Llegó don Marco<sup>652</sup> Marcelo. Preguntáronlas si estaba fría la agua. Dijeron que mucho, aunque no estaban de su temple. Sacose la cena, que la dilación la mudó el nombre. El don

646.- Orig.: 'Faustra' (86v).

647.- Orig.: 'Maria, por doña' (86v).

648.- Orig.: 'Março' (86v).

649.- En Madrid se solía edificar casas 'a la malicia', de una sola planta, para evitar la obligación de dar alojamiento a funcionarios.

650.- Viento del N., frío y fuerte. El Autor se burla de la ñoña poesía pastoril. Recuérdese aquel pasaje del Quijote: 'Árboles, yerbas y plantas / que en aqueste sitio estáis, / ... / escuchad mis quejas santas' (I-XXVI).

651.- Orig.: 'Março' (87v).

652.- Orig.: 'Março' (88r).

Marco<sup>653</sup> se sentó junto a doña Pirene, don Joaquín junto a Fausta, cuando a la ligera venía un coche como rodado hacia los suyos. Don Marco<sup>654</sup> se inquietó al instante, receloso no fuese una doña Tomasa de quien estaba enamorado y se le había lucido o deslucido en tres o cuatro ocasiones de tienda y confitería; y siendo ella no sentía perderla, sino lo que había perdido por ella. Y así, es menester no gastar nada, y si se ha gastado, con unos celos declarados se queda un hombre a oscuras. O por lo menos, si se sufren los celos, lo que se gastó no pasa plaza de dádiva; ya tratándose en lo adelantado, es menester gastar de nuevo.

Acercábase el coche forastero. Doña Pirene había ya conocido el desasosiego de don Marco,<sup>655</sup> porque a las luces confusas que dispensaba la luna advirtió don Joaquín — que no estaba enamorado y veía más — ser la doña Tomasa que recelaba su compañero. Díjosele para que discurriese salida al trance. Hallose perdido, pues por bien qué sucediese había de espantar a doña Pirene — que con ser ella y su hermana la caza hacían los tiros —. Dijo doña Fausta:

—Parece están ustedes con algún disgusto de ver aquel coche. ¡Caras son las nuestras para dejadas! Yo apostaré es mujer de alguno de los dos alguna dama de ese coche.

Íbanles cerrando los pasos, y salió doña Pirene:

—Serán primas destes caballeros.

Fuéronles atacando hasta que no supieron por dónde reventar la mina<sup>656</sup> y querían dejar la plaza: no querían alterar las damas del baño ni enojar a doña Tomasa. Don Marco<sup>657</sup> Marcelo no se resolvía negar a doña Pirene, porque quería tejer su tela, ni doña Tomasa, porque la satisfacción de los celos había de ser a peso de dinero. Maldecía a cuantos lances apretados había vido<sup>658</sup> en las comedias, porque no le daba alguno paso para salir. Fatigaba el discurso buscando el de los reyes cuando los hallan los maridos con sus mujeres; mas, como estaban escondidos, no los hallaba. Quiso decir a doña Tomasa eran cosas de un amigo o<sup>659</sup> otras disculpas semejantes. Últimamente, por ser cumplido con ambas no cumplió con ninguna. Igualó doña Tomasa su coche y dijo sonreándose:

—Beso a ucé la mano, señor don Marco Marcelo Luis Garrido.

Iba con ella otra dama, a quien don Joaquín servía, y dijo con la misma serenidad:

—Beso las<sup>660</sup> de uced, señor don Joaquín Alfonso Lorenzo Ballesta.

Las otras<sup>661</sup> que oyeron aquella lista de nombres, volvieron presurosas los ojos a ver<sup>662</sup> si estaban con otros invisibles. Una doncella acudió a la merienda, y dijo, afligida:

—¡En mi vida dilaté comida que no hubiese convidados!

En fin, determinaron dejar a doña Tomasa, porque era la dudosa, acudiendo a las del río, que después dineros y mentiras habían de sosegarla. Una breve distancia había pasado

653.– Orig.: 'Março' (88r).

654.– Orig.: 'Março' (88r).

655.– Orig.: 'Março' (88r).

656.– La galería que cavaban los sitiadores para volar los muros de la fortaleza.

657.– Orig.: 'Marçó' (88v).

658.– Orig.: 'apretados auído' (89r).

659.– Suplo 'o' (89r).

660.– Orig.: 'esolas' (89r).

661.– Orig.: 'ottas' (89r).

662.– Orig.: 'auer' (89r).

el coche doña Tomasa, y ella presumió la seguridad desdeñando a las otras y que la dieran disculpas diciendo eran sus primas o otras salidas; y como vio que don Marco y don Joaquín no hacían caso della mandó volver al cochero, picada no de lo que le quería, sino de que se hubiese quedado con las otras. Pirene y Fausta se iban persuadiendo a que doña Tomasa había sido cuidado de don Joaquín ya olvidado, y que el pasar entonces dándose por entendida había sido un acaso.

Volvió doña Tomasa con dos fines: por castigar su desprecio con el estorbo y dar a entender a don Marco con aquella demostración que le tenía amor. Llegó y dijo:

—Es mucha superchería que a mis ojos se prosigan esas villanías.

A que respondió doña Pirene:<sup>663</sup>

—¡Jesús, qué tierna señora! Llega, cochero, no disgustemos estas damas.

Don Marco se aspaba, y dijo a don Joaquín:

—No en vano os he dicho yo que esta mujer me quería.

Dijo Fausta:

—Mis señoras, con estos caballeros venimos al río. Dijeron eran solteros; no lo han sido con nosotras por ucedes, pero lo serán con ucedes por nosotras, que desde luego<sup>664</sup> los dejamos.

¿Quién creará que las unas y las otras se burlaban? Sólo don Marco Marcelo no le faltó sino llorar de ver cuán mal le sucedía, que la tela<sup>665</sup> la tenía en el corazón. Una criada comía más que tenían los otros. Don Joaquín calló, y no dijo esta boca es mía si no es a la merienda; que viendo la sedición de las damas dijo: «No me entrará la pesadumbre de los dientes adentro». Pero por no parecer insensible y que no sentía las cosas comía entre dientes.

Hallóse don Marco —o perdióse— tan embarazado y confuso, que después que no pudo hacer lo que quería no supo qué hacerse. Doña Pirene mandó<sup>666</sup> marchar a su cochero. Con mucho desahogo y priesa solicitaba don Marco los retoños<sup>667</sup> de las disculpas y satisfacciones, y doña Tomasa a pagarle<sup>668</sup> con aquello de que había de escucharle, porque oyéndole y no satisfaciéndose era mejor castigo y desdén que irse enojada sin oírle.

Doña Tomasa, en fin, quedó con los celos, como al principio. Y, sobre todo, en tanto que don Marco vengaba con su impaciencia su culpa reñía don Joaquín con unas empanadas y las iba venciendo. Aquello se deshizo y los dos se quedaron como unos ermitaños. Escuchaban los placeres de la ribera —que, adulada de las músicas, quería prorrogar sus términos la noche— y se estuvieron por irse a las Batuecas.<sup>669</sup>

663.— Orig.: 'Pirine' (89v).

664.— Ahora mismo.

665.— Se llamaba así a la nube o mancha en la niña del ojo. También se decía sentir en 'las telas del corazón' la tristeza profunda.

666.— Orig.: 'manda' (90r).

667.— Rebrotos, renuevos. En el orig.: 'retallos' (90v), por lo que otra posible enmienda sería 'retallos' con la misma acepción.

668.— Orig.: 'pegarle' (90v).

669.— Recóndito valle en la Sierra de Francia (Salamanca). En él se encuentra el Santo desierto de San José de las Batuecas, monasterio carmelita fundado a finales del s. XVI.

Los baños de julio son la perdición del dinero, y no satisfará las meriendas de julio cesar<sup>670</sup> las mañanas y noches de San Juan y San Pedro:<sup>671</sup> se necesita de gran vigilancia o de gran sueño, huir de una hueste de ninfas que dando el cabello al aire —si es que dan algo al viento, porque no suelen dar nada sino al dinero— madrugan a andarse en flores compitiendo con las selvas.

No he fatigado ni cansaré al discurso con lances inauditos ni con marañas, pues no era bien que quien intenta evitarlas las propusiese; que la chanza ni el chiste no puede ajustarse<sup>672</sup> a casos arduos. Mil veces los ingenios fingen argumentos y casos que nunca sucedieron, para maldecirlos, y sólo sirve de despertar al necio su necedad; y por enseñarle la malicia para que la repruebe se la enseñan para que la obre, tal como en la traza de la comedia y en el enredo de la novela.

Este peligro y todos es una palabra y un fin, que es quitar el dinero. El trato es quitarlo, la treta es no darlo, y es todo la tema de mi locura. Hay mil caminos de codicia, que todos paran en quitar el dinero; y así, se necesita, por huir estos caminos, ir a los atajos de todos. La mayor violencia es quitar la vida: quítala un médico, un balazo, un dolor de costado...; quítala un médico digo, no los doctos, sino aquel vulgar número dellos que desacreditan en el conceto de algunos<sup>673</sup> a la medicina sagrada. Todos los accidentes van a privar de la vida, y para todos hay remedios, sino que no se hallan. Así, para privar a los hombres del dinero hay mil diferencias de caminos, como en los baños de julio.

670.— Abstenerse de participar. No creo haya de leerse 'Julio César'.

671.— Festividades de la primera semana del estío (24 y 29 de junio). En muchos lugares se programan festejos populares en la noche previa.

672.— Orig.: 'asustarse' (91r).

673.— Orig.: 'algunas' (91v).

## PELIGRO X DE LA AUSENCIA

**R**IESGO grande es el que hay en gastar, pues hay peligros aun entre los ausentes. Son hechiceros los peligros de la ausencia, pues con facilidad más activa hacen a un pecador dejar su hacienda inútilmente; o, a lo menos, disponerle y ayudarle para cuando venga.<sup>674</sup> Pues aquellos llantos de cuando se despiden es cosa de risa. Quién experimenta la ausencia, juzga luego un menguado que aquello es morir. Y si lo piensa de sí solo no se engaña, mas ya tales somos nosotros como nosotras. Díjole un caballero soldado a doña Polibia de Toledo había un año deseaba servirla, aunque había cuatro días solos que la había visto y hablado. Treta es que, de vieja, no se usa hacer la primera vez a una dama, que la desconfianza de los méritos propios y las muchas partes suyas estorban declarar la voluntad hasta entonces. Todos engañamos, que los unos somos escuela de los otros.

Era doña Polibia de Toledo —en otro lugar tenía su nombre desde que nació, mas no se dice de industria, por no afrentarla; que nadie pierde nada por hablar bien—; digo era doña Polibia dama la pedigüeña más atroz que se había visto, tan amiga de pedir, que era uña y carne.<sup>675</sup> Toda la codicia de todas vivía en ella. Era tan voraz en pedir, que pedía aun donde sabía no habían de darla nada: una vez pidió un vestido a un estudiante. ¡Qué plebeya ignorancia, atribuir en los estudiantes la necesidad de los dineros a las intenciones del afecto! Estudiante avaro, o es hombre bajo o tiene sólo loba y manteo.<sup>676</sup> Más liberalidad enseña la necesidad que la riqueza, pues allí no hay tiempo en que crezca el deseo de aumentar lo que se tiene, y aquí sí.

Don Fernando, este caballero forastero soldado, poco cursado en las cortesanas disciplinas de Madrid, escribió a doña Polibia un billete recoleto,<sup>677</sup> que pudiera leerlo una doncella señora, que es quien<sup>678</sup> se sigue:

*Mi señora: si adorar a<sup>679</sup> vuesa merced es delito, yo lo he cometido. Por ser vulgaridad, no digo un año ha que la vi. Fuera crecerle continuarle, y para que no esté sin castigo quiero que vuesa merced lo sepa; no para que el contar mi pena me alivie, pues estoy tan bien hallado con su dolor, que no ha suspirado la más leve fatiga por que no cure sentirla la herida de padecerla.*

674.— Regrese a Madrid, se entiende.

675.— Inseparables. Quizá habría que enmendar 'eran' (92r), pero podría ser que el Autor jugase con el doble sentido.

676.— Vestidura talar de los estudiantes, como sotana, y sobre ella, si el tiempo lo requeria, se ponían una capa o manto hasta los pies, todo de color negro.

677.— Modesto, tímido.

678.— El que.

679.— Orig.: 'si adora' (92v).



Cerró el señor billete, y con un criado<sup>680</sup> para que le pusiese en propiedad.<sup>681</sup> El criado llevó el papel y le hizo lindamente.<sup>682</sup> Había que don Fernando estaba en la Corte cuatro días, recién venido de Flandes, donde era capitán de Infantería, pretendiendo un hábito y un tercio<sup>683</sup> de Castilla. Recibió el billete Polibia y admiró la novedad, porque no solían<sup>684</sup> hablarla por memorial. En fin, siguió el humor del<sup>685</sup> billete y respondió en su idioma al principio, mas no pudo acabarlo consigo al postre:

*Los recatos de ciertas<sup>686</sup> atenciones y obligaciones de mi sangre y honestidad no han podido vencer la curiosidad de leer un billete que me dieron de uced; ni todo para dejar de responderle, sólo por avisarle, soy doña Polibia de Toledo Moncada y Zúñiga, y que no se hallará cosa en mí repugnante a las buenas costumbres.<sup>687</sup> No obstante, si el amor que muestra es tan fino como la que dice el billete,<sup>688</sup> inclusa en éste va una para que, en su semejanza,<sup>689</sup> me envíe ducientas varas de galón de oro;<sup>690</sup> que por ser niñería no reparo en ella. Dios le guarde. En casa haré esta tarde favor. Polibia.<sup>691</sup>*

Recibido el papel, e abierto, quedó como él<sup>692</sup> don Fernando, bien que, con semblante igual,<sup>693</sup> pagó el porte a la estafeta. Era este caballero de natural heroico, bien intencionado, no como el de algunos en quien se hallan todas las vilezas de<sup>694</sup> los hombres bajos. Debe el corazón de un noble brillar con distintas luces que el de un plebeyo, venciendo siempre las ruindades del natural. Todos los hombres somos de una misma naturaleza,<sup>695</sup> mas en esa propia esfera se desigualan las inclinaciones de los dictámenes: a un ánimo le cultivaron las letras, a otro la experiencia, a otro el ejemplo; otro se quedó diamante bruto; otro, rústico, y cada uno va procediendo según su dictamen.

Otros conocen lo bueno y siguen lo malo: raro ánimo ilustra al que por propia inclinación se induce a lo recto sin costarle<sup>696</sup> las circunstancias del advertencia. Éstos son pocos: los más nos inclinamos a lo malo y aun a lo vil. Si me es lícito diré más, con esta diferencia: que el de buena sangre, aunque le cuesta trabajo, vence la inclinación; al contrario el po-

680.- Las notas solían doblarse y lacrarse. 'Cerrar con...' valía por 'arremeter/abalanzarse contra...' El Autor parece usar el zeugma por 'acordar con'.

681.- Lo entregase en mano, se entiende.

682.- Representó bien su papel.

683.- El mando de un regimiento de infantería, se entiende.

684.- Orig.: 'salian' (93r)

685.- Orig.: 'de' (93r).

686.- Orig.: 'ciencias' (93r).

687.- Como se solía leer en las censuras de libros de la época. Así en las *Aventuras del bachiller Trapaza, quintaesencia de embusteros y maestro de embelecadores*: 'Nada contiene repugnante a nuestra santa fe ni buenas costumbres' (Zaragoza, 1637).

688.- La fineza del billete, el buen estilo.

689.- Orig.: 'semjeança' (93v).

690.- Cinta de seda y bordada con hilo de oro que se empleaba para adornar el vestido femenino. La vara castellana tenía la longitud de tres pies.

691.- Orig.: 'Poilbia' (93v).

692.- Quedó blanco, palideció. Lo solicitado por doña Polibia venía a costar unos 90 reales de plata.

693.- Mostrando no alterarse.

694.- En el orig. la 'e' está insertada al revés.

695.- Orig.: 'naruraleza' (93v).

696.- Por 'constarle' como 'Constantinopla' etc.

pular: no le anima ya<sup>697</sup> la intención el afecto, cuando la ejecuta.<sup>698</sup> Y, sobre todo, la prenda de las prendas que ha de engastar<sup>699</sup> un caballero es la bondad, y la buena intención no importa la nobleza, la discreción, la gala, la valentía. Y no sé cómo alguno no se atemoriza de saber dice otro detrás dél: «es un embustero» y «esto no puede hacerlo»; dícelo porque lo dicen mil y, supuesto no hay más reputación en mí que la que me da en su opinión aquél o éste, sólo por la integridad della había de proceder el honrado con todas las consideraciones posibles. Muchos hay, de quien habla el mundo bien, buenos y cuerdos; así que sea un caballero bueno. Y, aunque esta palabra parece general, no lo es tanto ser bueno, ser liberal y no decir mal de ninguno, sino es en algún libro; que mormurando a ninguno se habla mal de todos, hasta de sí mismo; que el que corrige y propone a la luz defectos para reprobarlos, juzga la malicia que los ha cometido o ha andado entre quien los obra.

Y, en una palabra, un caballero será bueno cuando no hable ni haga nada mal; que villanas caballerías son las que algunos tienen por tales: mentir, hacer mal al desvalido, jurar, hacer con el semblante gestos, maltratar al inferior, hacer tramoyas... Pedir prestado y no volverlo no se distingue de hurtarlo hipócritamente. Quiero decir más verdades, que yo no hablo con comadres, sino con caballeros. Agradezca el que lo fuere el bien y no lo repita a quien se le hizo, si quisieredes obligarle. ¿Para qué le dotó, héroe, el cielo del valor? Para que le usase en lo arduo, que quien le ejerce en lo fácil se olvida de sí, y por falta de advertencia tiene de sobra el esfuerzo. Algunos consejos destes tendrán de nuevos el confesarlos yo por viejos; mas algunas cosas vulgares, pero útiles, es bien introducirlas en algún discurso deleitable, para que haya ocasión de acordarse dellas leyéndolas.

Era don Fernando buen caballero, y no abominó la respuesta de su billete ni la muestra del oro falso para sacarle lo fino, ni le debió cuidados comprallo, sino tibiezas, la acelerada codicia. Dio una librancilla<sup>700</sup> a la criada y despidiolo. De allí a dos días se publicó un bando que todos los caballeros fuesen sirviendo a Su Majestad Cesárea, porque<sup>701</sup> hacía jornada a Cataluña.<sup>702</sup> El día siguiente se vistió don Fernando plumas y botas, llevando a la presencia de su dama dos retratos: el de doña Polibia con trajes diversos, el suyo con sombrero y plumas azules y una banda verde. Entró a verla vestido de gala, que de camino no lo estaba, porque todos los caminos se estaban donde solían. Sólo del de de pedir se había vestido Polibia: antes que le dijese el otro se partía a la campaña tenía ella prevenido recado de pedir —liencecito y lágrimas—, y dandola<sup>703</sup> noticia del bando y de sus obligacio-

697.- Apenas le ha incitado. En el orig.: 'no le ama ya' (94r).

698.- 'A este aliento y esfuerzo de la voluntad ayudan mucho tres cosas... La tercera, y principal..., que se aplique la intención del ánimo al afecto y no al conocimiento..., porque... adonde la intención se arrima, allí arroja el alma toda su eficacia' (Fray Joseph del Espíritu Santo: *Cadena mística Carmelitana...*, Madrid-1678).

699.- Engastar en sí, como la piedra preciosa se engasta en el anillo.

700.- Orden a un pagador para que entregue al portador la cantidad indicada. El Autor usa el diminutivo sugiriendo una pequeña cantidad.

701.- Orig.: 'Magestad, porque Cesarea' (95r).

702.- Después del luctuoso *Corpus de sang* en Barcelona (1640), con el asesinato del Virrey, Felipe IV hubo de sofocar la sublevación del Principado de Cataluña. El visceral Pau Claris se apresuró a declarar una efímera república catalana (duró una semana), pero presionado por la entrada de las tropas de Felipe IV en el Principado lo entregó a Luis XIII como otra provincia francesa. Todo esto sucedió en medio de la gran Guerra de los Treinta años (1618-1648) y se cerró con el Tratado de los Pirineos (1659) entre Felipe IV y Luis XIV.

703.- Orig.: 'dado la' (95v).

nes sacó uno y otro, y lloraba como en día de pésame. Ya nadie llora descompuesta, sino asomando a las ventanas las lágrimas, por no arrojallas por ellas abajo; que esa mentira de desmayarse las gentes, desde que sucedió en Teruel,<sup>704</sup> no se ha visto otra vez. Desenvainó Fernando los retratos y no dejó Polibia vejez a vida:<sup>705</sup> «Pésame de haberte conocido para tan poco!» —y no quiero decir más, porque sería yo peor que ella—. De aquello de «firme» y «amor verdadero» y «que los hombres engañan» hubo gran cosecha.

Fuéronse en fin, y con el primer parte escribió doña Polibia así:

*Tu partida me ha dejado el alma partida, mas, a cuenta de mi esperanza, se suspenden tal vez mis males. Mil veces maldigo a Zaragoza, que me deja los empeños y se está con las prendas. Mi voluntad no ha de quebrar por fina. No siento estés ausente tanto como el temor de que lo esté yo en tus afectos. Nunca faltan enfados; por acá no hay cosa de nuevo, sino que anoche dieron una estocada a un caballero en esta calle y, como soy tan desgraciada, recelo algo. Quiero mudar casa, y el casero de la que vivo es un villano, porque me pide mil reales por justicia. Todo se hará bien viviendo tú; postas hay, si hay deseos.*

Este papel se condujo a Zaragoza y el que se sigue a Badajoz. ¡Notable cosa que para pedir mullan la cama primero a los últimos ringlones! Esto es como las que dicen: «yo te estimaré si me lo merecieras», «como me lo merecieras...». Mejor es hablar claro diciendo: «como me des dinero...», «si me das dinero te querré»..., y no andar honestando el embuste. El papel de Badajoz fue éste:

*Contra tantas penas a un alma —como si hubiera tantas almas como penas— tú te fuiste y yo quedé muriendo, O yente luego o avísame el cuando o el nunca, que con mis sentimientos el más presto cuándo será tarde o nunca. La confianza de cuán tuya soy te da alas para que me hagas sufrir lo que paso, y te las quita para venirte; mas todo no podrá hacerme otra de la que soy. Las disensiones con doña Agustina perseveran. Sabiendo la justicia que tiene mi hermano a aquella hacienda, con dos mil reales dice se apartará: será preciso para acabar con ello. Madrid. Tuya soy.*

Otro correspondiente estaba alojado en Mérida, y escribió así, a ver<sup>706</sup> si topaba:

*No crearás lo que sentí tu ausencia. En otros papeles te lo he<sup>707</sup> escrito, mas la lengua siempre va a lo que dicta el pensamiento. Tú eres falso: ya sabes lo que me debes y que nunca quise otra cosa. Hablando ayer de ti con doña Lesbia de Aragón, me dijo la había enviado un corte de vestido don Duarte. Enfademe con ella porque se dejó decir no sé qué de ti, de si habías parecido con amigo, bizarro o no... Yo hice lo que debía. El vestido de camelote que tú solías alabarme me hurtaron. Vive tú, no quiero otra cosa. Quien más que a sí te quiere, etc.*

Otro escribió a Ciudad Rodrigo, y otro a Galicia y otro a Flandes. El papel que escribió<sup>708</sup> a Mérida recibió el corresponsal, que era un soldado preso en la cárcel pública y le habían dado mal trato.

704.— Alude a la leyenda de los amantes de Teruel.

705.— Con vida, diríamos hoy. Entiéndase: 'le hizo todos los reproches de que toda la vida se ha usado en tales casos.' En el orig.: 'auida'

706.— Orig.: 'auer' (96v).

707.— Orig.: 'se lo' (96v).

708.— Orig.: 'escruiuo' (97r).

Abrió el pliego —y aguardaba uno de favor para el Maese de Campo General—; leyolo y respondió luego:

*Díceme en su papel que la lengua se va con el pensamiento. Es verdad: no dejará ella de pedirme si la piden, que es peor que asarla. Y que soy falso: no espere de mí otros cuartos. Que la dio un corte de vestido don Duarte: lo primero la diera yo de buena gana. Y que no he parecido con ella bizarro ni galán: con naide lo parezco. Que la falta del vestido de camelote: ¡ojalá se lo hubiera yo hurtado para no volvérselo! Y cuán hizo en mi ausencia lo que debía: si hiciera lo que debe la quemaran, porque me debe todo mi dinero. Encomiéndame que viva como si me enviara algún socorro: sepa que estoy cual no estén los perros<sup>709</sup> con sus cartas, y no digo más por que no diga soy caballero de la Tenaza<sup>710</sup> ni mona<sup>711</sup> de ninguno. Y agora y<sup>712</sup> siempre no se acuerde de mí sino para olvidarme.*

Recibió la carta doña Polibia. ¿Quién juzgara no hiciera mil estremos y la sintiese mucho? No se le dio della nada, antes se rió y se holgó muchísimo de leerla, porque algunas están habituadas a estos lances. Estaba hecha la otra a recibir destas al día tres o cuatro doce años había. ¡Miren si estaría hecha a las armas! Luego olvidó la carta, como si no hubiera pasado por ella. Consolábala la esperanza de una carta de don Fernando, donde aguardaba una letra sola entre las de su carta.

Diferentes pasiones alteraban a don Fernando; que, alborozado de la toma de Monzón,<sup>713</sup> templaban su contento unas cuartanas complicadas con otros accidentes que le forzaron a retirarse a Benabarre,<sup>714</sup> donde, en los asuetos o intermisiones de la cuartana, escribió esta carta a un caballero amigo suyo, perezoso en la jornada; y para desterrarle su desidia y exhortarle dejase las cortesanas delicias viniéndose a la campaña, dándole cuenta de la toma, escribió así:

*Amigo, ya sabréis por extenso la toma desta plaza, porque el castellano, viendo que las minas eran para él de fuego y de plata para nosotros, no impugnó más nuestro intento. Nunca tendré más ocasión de admirarme que, a la vista de tan dichosos progresos, os estéis en las casas de conversación;<sup>715</sup> cuando no por vos, por la gran felicidad de pelear delante de su Príncipe, contra quién se conspiró el poder de la Fortuna. Pues a su pesar y de su inestabilidad le triunfa:<sup>716</sup> no lo calla Monzón, victorioso vencimiento de su plaza, porque un glorioso dominio de señor grande hace activa y a sujeción. ¡Monarca a quien su magnanimidad vuelve contra sí misma! Que en vano los rebeldes lo fueran, si no hubiera derribado sus ya eclipsados blasones de su ínclita mano y de la de sus augustos progenitores. Árbol generoso, que aun su mismo fruto quiere quebrarle las ramas, a quien, pródigo, el Cielo ofreció peligros para que se ostentasen sus proe-*

709.— Es decir: más rabioso que lo pueda estar un perro.

710.— Alusión a la obra de Quevedo *Cartas del caballero de la Tenaza, donde se dan muchos y saludables consejos para guardar la mosca y gastar la prosa*. Todo está en forma de cartas entre un avariento caballero y su codiciosa amante.

711.— Diversión.

712.— Suplo 'y' (97v).

713.— Prov. de Huesca.

714.— Prov. de Huesca.

715.— Casas en que los caballeros se reunían para conversar, beber y jugar.

716.— Triunfa sobre él.

zas; que engrandecían a Su Majestad las felicísimas prendas, si no ocurría<sup>717</sup> el Hado ejercicios a su ardimiento. Pues por haber faltado a don Sebastián, sol de Portugal, los buscó para que le eclipsasen,<sup>718</sup> en las africanas lunas;<sup>719</sup> que a no haber empresas no conociéramos a los héroes. Hallose el invencible Carlos Manuel de Saboya en medio de cuatrocientos caballos corazas<sup>720</sup> asistido sólo de cuatro caballeros, sin perderse su corazón valiente. Así que el Cielo, en mérito del trabajo de padecerlas, da el premio de vencer las desdichas. No vive constante la inexpugnable roca sin experimentar su dureza las violencias del rayo; y entonces la parecerá<sup>721</sup> cuando muestre enterezas a sus golpes. Alteren el sosiego al Rey los rebeldes, que tantos triunfos le dará el Cielo cuantas oposiciones<sup>722</sup> tuviere su poderosa mano.

No me dilato, porque me decís os escribo despropósitos y que soy prolijo predicador; mas siempre os hallo desierto.<sup>723</sup> La lasciva cuartana debe incitarme a mirar una mujer de una ventana de mi casa. A ninguno confesara<sup>724</sup> más que a vos esa flaqueza agora, y menos la de haberla escrito ese romance. Dios os guarde. Benabarre. Don Fernando, etc.

Es de saber que don Fernando tenía un estante infinito de procesos,<sup>725</sup> de la multitud de papeles que Polibia había escrito, y en los últimos pedía con todo desembozo una letra<sup>726</sup> de quinientos reales. Era de tan sana intención don Fernando, que nunca escribía exasperándola, antes la decía esperaba dineros, y que ella tardaría a tenerlos lo que él, conque, enviándolos, enviaría letra. Y así, la esperaba por instantes doña Polibia.

La carta que escribió don Fernando a Madrid desde Benabarre sobrescribió, en vez de<sup>727</sup> a su amigo, a su enemiga Polibia, que aguardaba el libramiento. Recibió la carta, leyó luego lo que escribiría: piense el lector qué sintió. No se canse, porque no fue nada más de haberla engañado la esperanza de la letra; y se la aumentó viendo incluso en la carta un papelillo aparte, que era el romance de don Fernando: juzgó al principio ser la letra, y como la vio en traje de poeta,<sup>728</sup> sin leerla creyó luego no podía allí haber dineros. De mano ajena escribió a don Fernando la que se sigue:

Él<sup>729</sup> es como todos, y yo como todas las necias, pues no acabo de desengañarme. Por yerro sobrescribió para mí la carta de su amigo, y, a truco de conocerle, estimo sus engaños a inconstancia: ¡hombre al fin! El romancito de esa reina es muy malo, como el asumpto. Ni me vea ni oiga, ni se acuerde soy en el mundo; ni me escriba, que yo lo

717.- Cuando no ofrecía.

718.- El joven y ambicioso rey portugués pretendió conquistar el N. de África y murió en la batalla de Alcazarquivir.

719.- Símbolo del Islam.

720.- Coraceros, caballería pesada. Se refiere a Carlos Manuel I, duque de Saboya, que con el apoyo de España acorraló a Carlos, duque de Mantua, en la plaza de Casale Monferrato (Piamonte).

721.- Se parecerá a ella.

722.- Orig.: 'opiniones' (99r).

723.- De nada me vale con vos, como predicar en el desierto.

724.- Orig.: 'confessarà' (99r).

725.- Los legajos resultantes de la instrucción de un pleito. Aquí también pueden entenderse 'reclamaciones'

726.- Una letra de pago o pagaré.

727.- Orig.: 'en verde' (99v).

728.- En verso. 'Poeta' e 'insolvente' venían a ser lo mismo.

729.- Su merced, usted.

*hago de mano ajena por que no le deba a la mía letras. No pongo fecha por que no sepa dónde estoy.*

Tenía ya doña Polibia irritada la paciencia de don Fernando con otros papeles, y con éste le acabó de enfadar y darse causa para no escribirla otra vez. A éste respondió así:

*Vuesaced ha juzgado soy maestro de niños, pues por tantas diferencias me ha pedido letras; y, aunque soy auditor de descosidas, no lo quiero ser de rota,<sup>730</sup> si quiere dárme-la<sup>731</sup> con sus disparates. La carta sobrescribí a vuesa merced de malicia, por hacerla favor de darme a conocer. Agradezco la aprobación del romance, que lo mismo me han dicho otros. No verla ni oírla es lo que más siento estando tan cerca, que no son muchas ochenta leguas. Díceme no me acuerde que es en el mundo (eso no importa lo olvide yo, si los otros lo saben), y que me escribe de mano ajena (¡como si<sup>732</sup> pudiera desde once años de mano propia!) aunque sabe escribir. ¡Así otro la dé cuanto me ha pedido<sup>733</sup> a mí! No se canse, si no es no pudiendo,<sup>734</sup> en escribirme de aquí adelante, porque lo haré como de aquí atrás.*

*Dios la guarde como deseo. Benabarre y enero (no importa me calle la fecha, que ya sé que hasta que se muera no saldrá del lugar donde yo la dejé).*

Viendo doña Polibia no tenían virtud sus cartas, determinó hacer de allí adelante lo mismo, porque, aunque encontraba con quien la entendía, la vez<sup>735</sup> que caía alguno desquitaba el papel de los otros y ocupaba el tiempo en escribir cartas a los ausentes, que presumen en yéndose dejan la plaza vaca<sup>736</sup> y no queda bien.

Las inquietudes de algunas, si sospechan la venida<sup>737</sup> del ausente, es para pensado y no dicho — que, en fin, son cosas que consisten en hechos—: los desembarazos suyos y enemistades que logran, los trapos que se echan, los rincones que limpian... No parece sino que evacuan casa vacía, donde ha de ir alguno a mudarse. Los cuidados fingidos de cuando esperaban los soldados de Lérida eran infinitos: unas se mudaban a las casas de las otras y de los otros; otras dejaron sus barrios y se fueron a vivir una legua de allí, mudando a otro barrio sus nombres como las alhajas;<sup>738</sup> unas pedían de recién venido más que los soldados contando mentiras;<sup>739</sup> otras decían: «con otra ausencia no habrá<sup>740</sup> otra».

Todo es embeleco, lo de las ausentes y lo<sup>741</sup> de las presentes; que hay en esto y en todo una mentira irrefragable<sup>742</sup> en no estando los discursos alerta que desentrañen lo que

730.— Desde Sixto V, son doce los auditores que constituyen el tribunal apostólico de la Rota Romana.

731.— Darme rota, derrotarme, fastidiarme.

732.— Orig.: 'se' (100v)

733.— Orig.: 'padido' (100v).

734.— Entiéndase: 'a menos que sea de su mano.'

735.— Orig.: 'vee' (101r).

736.— Vacante.

737.— Orig.: 'verenda' (101r).

738.— El equipamiento de la casa.

739.— El Autor parece aludir a los memoriales que los soldados presentaban a la Corona solicitando ascensos en base a sus méritos o alguna pensión por sus heridas.

740.— Orig.: 'obra' (101r).

741.— Orig.: 'las' (101v).

742.— Que no se puede contrarrestar. En el orig.: 'y refragable' (101v).

pasa. Todas las cosas profanas del mundo hacen a dos sombras, por no decir luces, que el engaño no es claro. Hasta en las mismas palabras nuestras hay enredo y traición oculta, que llamamos «equivocos». Una razón hace a dos caras,<sup>743</sup> que parece las aprendimos de las respuestas de los diablos antiguos, oráculos de la gentilidad. Sepa la advertencia discernir las cosas para que tengan su lugar. Son tan fuertes casi los peligros de la ausencia como de la presencia, porque ausencia predice trato y comunicación, y, por no quebrar, el necio deja engañarse.

Sólo le resta, en suma, a quien ha propuesto en estos diez peligros tanta diversidad de dolencias para dar, diga algún remedio nuevo para no dar o se rinda, confesando no hallarle o no haber otro más que no dar. ¡Notable propuesta!

Es el más frágil remedio en el riesgo de pedir no dar. Más posible es no dar, no habiendo, que, teniendo, no querer dar: tanta es la violencia con que se sonsaca y el peligro tanto. Hay algunas damas, como doña Polibia, que piden sin tasa. Es tan incurable el mal de pedir, que se halla otro remedio apenas que no tener: tan desahuciado que, a mi parecer, la cura es la misma enfermedad.<sup>744</sup> Pero va de remedio: si fueres con alguna dama, el semblante pedigüeño se conoce con evidencia; y lo es que, en estando junto a dulces, han de pedirlos. Esto supuesto, y lo infalible de pedir, antes que nadie pida decir adelantadamente: «Buenas son las ciruelas de Génova»; y alabar los guantes y decir, con cuidado descuidado: «Por Dios que no traigo blanca». Y alabarlo todo y no dar nada; que, con esto, viendo alguna que quien habla lo que otros callan y trata de conversación de dar cuando otros la huyen, se persuaden ser aquello verdadero.

Otra invención<sup>745</sup> segunda, y si hay amigos y aprieta el lance: pedilles dinero prestado, y si el que los lleva lo da, no volvérselo en castigo de que lo prestó entonces. Y obrar con despejo y desembarazo en los acasos y, en fin, acordarse a sí<sup>746</sup> mismo el riesgo antes que la otra lo traiga, pues, como ha curado en salud, no empece<sup>747</sup> la herida. Y este remedio de traerse a sí<sup>748</sup> mismo el daño no parece muy frágil en los contingentes, que en lo pensado no hay sino gastar y morir. Y, sobre todo, habla a tiempo y calla<sup>749</sup> el pico y gasta poco; y dure lo que durare, como voluntad de pan.<sup>750</sup>

No hay duda que el despejo es el desempeño de todos los peligros, porque decir desnudamente a una dama «no quiero dar» o «no tengo qué dar» es tan gran disparate como dar; sino paliar la razón con gala, de modo que se quede bien en la salida no dando, si es posible ser.<sup>751</sup>

Por no saber hablar con despejo riñen muchos hallándose en las ocasiones, donde se apuntaron faltos de despejo en la razón, y, no hallando en la coyuntura al desembarazo, la

743.– Orig.: 'adorçaras' (101v).

744.– El Autor parece tener presente aquí una letrilla de Góngora: 'Cura que en la vecindad / vive con desenvoltura, / ¿para qué le llaman «cura», / si es la misma enfermedad?'

745.– Orig.: 'intencion' (102r).

746.– Orig.: 'assi' (102v).

747.– Empeora.

748.– Orig.: 'assi' (102v).

749.– Orig.: 'callar' (102v).

750.– Quizá habría que editar 'Pan', cuya descontrolada lascivia le llevaba a perseguir a todas las ninfas.

751.– Si ello fuese posible.

buscan en el campo con la espada. Una salida galante deja bien al que la dice y al otro también. ¡Cuántas veces buscaron dos caballeros una dama diferente y, encontrándose en un puesto, por no saberse satisfacer encomendaron la falta de la lengua a los aceros! ¡Cuántas en la conversación se apuntaron y no se supieron dejar bien, debiendo conseguirlo el arte y el discurso, sin rozar<sup>752</sup> un escrúpulo al duelo! Así que en esto y con la dama, el desahogo es arte en el peligro. Mas todo esto es sofistería, porque para satisfacer el peligro de gastar, a uno basta el dinero.

Esta varia<sup>753</sup> de ausentes y compuesto casi de cartas ha<sup>754</sup> sido necesidad, porque una ausencia no pudiera corresponderse sino con ellas. Con que cesaré mis discursos, que el tiempo es poco, y el ingenio, mas no he podido honestar más sus asuntos ni hablar con más decoro. Si leyeres chanza que hayas oído, ten paciencia, que como la dejó el otro podré yo hallarla. El consejo en que resuelvo de que no des, aunque viejo, no es malo. Y advierte se acabaron aquellas damas ignoradas, sabidas sólo de la advertencia política, a quienes era menester buscallas modo para recibir la joya o la cadena, pues si se las daba sin arte era enojarlas y agraviarlas. ¡Ya, ya no hay alguna de aquéllas! Las más piden lo más, que es contento: por ver si hay dulces`, o que haya ocasión de haberlos, piden agua; y un médico me dijo que se había muerto un millón dellas por sangrarse y dar ocasión de que las diesen sangría.<sup>755</sup> Algo desto te servirá acaso de escarmiento, para que no andes continuamente como si las hubieras menester, mirándolas a la cara.

Mucho hallarás superfluo, mas no puede ser igual todo, algo ha de haber para llenar y hacer hora:<sup>756</sup> la calle Mayor día de feria, los enredos de güertas y jardines, los pactos de las criadas, otros días de la Corte memorables, las salidas y güelgas,<sup>757</sup> los coches, los días de toros, los baños de entre año, las visitas de unas y otras cuando piden licencia de vista nos dejan enfermos; las transmigraciones<sup>758</sup> de sillas y coches y vestidos es la de Babilonia.<sup>759</sup> Faltaba parafrasear que lo dicho es sólo una línea de la codicia de algunas, y su vida, que de<sup>760</sup> sus milagros no hallo nada.

Quizás con esto se abstendrán de pedir y tomar; que, de no hacello, escribiré más tomos contra la codicia que átomos<sup>761</sup> juegan con los rayos del Sol. Pues aquellos celos que se mienten tener las unas de las otras es arte para persuadir al necio a que lo crea, y no hay traza más astuta para los lindos y bobos que mostrarlos se tiene celos dellos; que con eso el lindo se presume más galán que Adonis, y el bobo se remata de parecerle que la otra siente sus divirtimientos. Ya no hay en el mundo celos, que es mentira, y la verdad es que la que los muestra tener no se le da nada de que el otro divida su voluntad, sino su dinero; que todo cuanto diere a la otra ha de faltarle a ella.

752.- Orig.: 'son-|roçar' (103r).

753.- Variedad, mezcla. El Autor parece usarlo como 'ensalada' en línea con 'compuesto'.

754.- Orig.: 'ya' (103r).

755.- Aparte de la acción de sangrar, se llamaba así al regalo apetitoso que se hacía a quien se le había practicado.

756.- Ocupar el tiempo, entretenerse.

757.- Recreación en fincas o jardines. fuera del ambiente urbano.

758.- Movimiento, ajeteo.

759.- O 'la de Troya', por confusión, desorden.

760.- Suplo 'de' que pudo perderse en el salto de línea (104r).

761.- Briznas de polvo.



Para tener sobre<sup>762</sup> qué cayesen estos consejos y discursos propuse estos peligros. Si tú te enmiendas, son otros tantos dineros, y eso te habré enriquecido sin poner nada de mi casa.

Estos son los peligros, que cualquiera que los amare perecerá en ellos; que aun yo, si mi intención no me libra, habré también perecido Y nada con mayor propiedad debe en el mundo llamarse riesgo sino los que he propuesto; no los militar, rondar, embarcarse, pretender, gobernar y todo lo que no digo en comparación suya, porque éstos se libran muchos, y pocos de aquéllos. En todos los peligros estraños deste mundo<sup>763</sup> no hay el riesgo que en los dél:<sup>764</sup> aquí suelen perderse la conciencia, el honor, la vida y la hacienda. Delito parece referir los de Madrid; mas, como cabeza del mundo, refiriendo los de la Corte por causa de ejemplo, hará<sup>765</sup> que en su nombre haya sido lo mismo escribir *Los peligros de Madrid* que los del orbe.

## FIN

762.– Orig.: ‘sobra’ (104v). Entiéndase: ‘Para que no malgastes...’

763.– Orig.: ‘assunto’ (104v).

764.– De la vida mundana, se entiende. O quizá ‘de Madrid’

765.– Orig.: ‘para’

